

CRISTERO Y JESUITA :

HERIBERTO NAVARRETE Y SUS MEMORIAS

SOBRE LA GUERRA CRISTERA

Tesis que presenta

Luis Romo Cedano

para obtener el título de

Maestro en Historia de México

Asesora: Doctora Evelia María Trejo Estrada

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

Ciudad de México, Marzo de 2011



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A los muertos:

a esos ancestros desconocidos que nos dejaron la fe; a mi padre, Jesús Romo Armería, y mi abuela, Guadalupe Grijalva Ibarra; a Dolores Ibarra, Héctor Cedano y Guillermo Turnbull; a Dunaí.

A los vivos:

mi madre, Elva Cedano Grijalva, y mi tía, Eleonora Cedano Grijalva; mis maestros Evelia Trejo y Álvaro Matute, y, por supuesto, mi esposa Lucrecia.

Agradecimientos

En primer lugar menciono a mis maestros historiadores, a quienes les debo el incorporarme formalmente al gremio. Con dos de ellos en particular, Evelia Trejo Estrada y Álvaro Matute Aguirre, mi agradecimiento nunca será bastante. Por ellos entré a estudiar la maestría en Historia de México y por ellos logro terminarla con éxito. En momentos en que di por perdido el proyecto de hacerme historiador, ellos tuvieron más confianza en mí que yo mismo. Su dedicación como maestros ha rebasado con creces el trabajo exigido por las aulas.

Tengo también una deuda grande con los otros tres maestros que aceptaron formar parte de mi sínodo: Jean Meyer, Andrea Mutolo y Javier Rico Moreno. No había muchos motivos para hacerlo: mi trabajo está un tanto fuera de sus áreas de interés, no fui su alumno directo, me conocían poco o nada y leer una tesis, además de ser casi siempre una tarea aburridísima, quita muchas horas; en suma, era mucho mayor el costo que el beneficio de leer y comentar este texto. Y, sin embargo, se animaron. Gracias.

Mi agradecimiento va igualmente a las instituciones que me brindaron becas durante mis estudios: la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la Universidad Nacional Autónoma de México, y el entonces Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, hoy de las revoluciones de México (INEHRM). Algunas de las investigaciones hechas con aquellos apoyos han dado fruto en esta tesis.

Otra institución que debo nombrar aquí es la Compañía de Jesús, que sin pedirme siquiera el oficio de rigor me abrió las puertas de su Archivo Histórico de la Provincia de México. Agradezco especialmente al Padre Rafael Ignacio Rodríguez Jiménez S.J., de la Universidad Iberoamericana, el Padre Luis Octavio Solís Lozano S.J., director del archivo, y Andrés Pérez García, jefe de acervo del mismo archivo, por su orientación y gentileza.

En un ámbito más personal agradezco aquí a familiares, amigos y conocidos que de una forma u otra me acompañaron mientras hice la maestría en Historia de México. Sobre todo les doy las gracias a los pocos que estuvieron con nosotros durante los difíciles años de la agonía de Dunaí.

Y, desde luego, por su compañía y todo lo que ésta ha significado, agradezco a Lucrecia. Con ella, la historia y mi historia son definitivamente luminosas.

I.- INTRODUCCIÓN :

PROPÓSITO Y PLAN DE ESTA TESIS

Una soleada mañana de mayo de 1927, el cañonero *Bravo* de la Armada de México, tras navegar hacia el noroeste desde el puerto de Manzanillo llegaba a su destino en medio de las agitadas aguas del océano Pacífico: el fondeadero El Vallete, en la costa oriental de la Isla María Madre. Para la mayoría de los lectores no hace falta decir que ésta es una de las Islas Marías y que la carga principal del barco era una *cuerda* de unos 150 prisioneros.

Mientras se desarrollaban las lentas maniobras de desembarco tuvo lugar una conversación en la cubierta de la nave:

- ¿Eres ratero?
- No, señor.
- ¿Qué eres?
- Estudiante.
- No vendrás por eso al penal.
- No me preguntó por qué vengo sino qué soy.
- ¿Por qué te mandan?
- Porque soy católico.
- Yo también soy y no estoy preso.
- Habrá alguna diferencia entre ser y ser...

El que hacía las preguntas era un general del gobierno del Presidente Plutarco Elías Calles. El que con ironía y fe contundente daba las respuestas era un joven de 24 años, Heriberto Navarrete Flores, de quien se ocupa la presente tesis.

Durante los meses anteriores Navarrete había participado activamente en las movilizaciones antigubernamentales, había hecho trabajo de enlace y espionaje para la incipiente rebelión católica en Jalisco y se había ocupado de la compra y envío de municiones a los guerrilleros cristeros.

La terrible experiencia en las Islas Marías duró sólo dos meses, tras de los cuales volvió a las andadas, aunque en un plan más arriesgado. Se incorporó a las filas cristeras de Los Altos de Jalisco y durante los dos años siguientes y hasta el fin de la Guerra Cristera en junio de 1929 peleó contra el ejército federal. Volvió a la vida civil; pero no conforme con su próspera vida de ingeniero en la ciudad de México ingresó a la Compañía de Jesús en 1933. Sus aventuras serían material más que suficiente para armar la tesis, sólo que él ya

nos las contó y, además, nos las contó en un estilo conciso, ágil y lleno de buen humor en sus varios libros de memorias¹.

Más bien, lo que pretendo hacer en esta tesis es un breve examen, muy académico, de tales libros, en especial de los que hablan de su participación en la Guerra Cristera. Y a partir de ese objetivo general quiero alcanzar también dos metas secundarias. La primera es presentar la obra de Heriberto Navarrete y esbozar una guía de ella. La segunda es tomar tal obra como un ejemplo de la memoria de la Guerra Cristera que permita comparar el valor historiográfico de ésta y el de la novela del mismo tema. Por supuesto, para hacer un ejercicio sólido de este tipo sería necesario contar con un *corpus* representativo de obras de ambos géneros, pero como por ahora no lo tendremos, la comparación será meramente exploratoria.

El examen de las memorias de Heriberto Navarrete lo hago de cara a una hipótesis que busco demostrar en estas páginas: la carga ideológica de la obra de Heriberto Navarrete no opaca su valor historiográfico y resulta, además, mucho menor que la que encontramos habitualmente en la novela de la Guerra Cristera. Esta hipótesis puede sonar modesta y en cierto sentido lo es. Pero las densas sospechas e ideas preconcebidas que se tienen sobre los testimonios de los cristeros suelen traducirse en el mundo académico en su descalificación automática como fuentes, memorias, trabajos historiográficos o simplemente como libros dignos de leerse. Yo más bien creo que este sacerdote jesuita ex soldado cristero, que nos cuenta sobre sus experiencias durante la Persecución Religiosa y La Cristiada y que, por si fuera poco, ve con orgullo este pasado antigubernista y rebelde, nos ofrece uno de los mejores recuentos históricos de aquellos acontecimientos. O en todo caso, un recuento más rico, vivaz y creíble que el que podemos encontrar en la gran mayoría de las novelas de la Guerra Cristera y aun en otros muchos libros de distinto género sobre el mismo tema, incluyendo varios estudios académicos recientes.

A continuación esbozo el plan que pretendo seguir en esta tesis. El presente capítulo no es más que una declaración de principios: objetivos, hipótesis, línea de contenidos y justificaciones. El siguiente capítulo viene a ser un estado de la cuestión, que además de servir a los propósitos de la obra de

¹ La anécdota del desembarco en El Vallete aparece en Heriberto Navarrete S.J., *En las Islas Marías*, México, Jus, 1965, p. 56-58.

Heriberto Navarrete, creo que puede serle útil a quien esté interesado en el tema general de las memorias de la Guerra Cristera. Esto, porque los pocos autores que han comentado los libros del jesuita también se han ocupado de otras memorias de la Cristiada.

El capítulo III es una semblanza breve y más bien esquemática de Heriberto Navarrete, pero funciona para que el lector pueda ubicar sus hechos principales y sus libros. Aprovechando el viaje, incluyo aquí algunos apuntes generales sobre su obra en relación a la corriente a la que pertenece, de modo que el lector pueda también situarla dentro del panorama de las memorias de la Guerra Cristera.

El capítulo IV pasa revista a la obra de nuestro autor. La idea ahí no es sólo responder a las preguntas de qué libros escribió Navarrete y de qué tratan. Para que esta tesis tenga utilidad adicional dedico una reseña completa e independiente a cada uno de los libros principales de Navarrete. Cuatro son sus obras fundamentales por la información que contienen sobre el conflicto entre el Estado y la Iglesia de los años veinte y sus temas subalternos, es decir, la Persecución Religiosa y la Guerra Cristera. Tales obras son, por su orden de publicación, *“Por Dios y por la patria”*², *El voto de Chema Rodríguez*³, *En las Islas Marías*⁴ y *Los cristeros eran así...*⁵. Las cuatro fueron publicadas en la década de los sesenta. Luego vinieron otros libros, algunos también de memorias, pero ya no centrados en el violento trienio 1926-1929. De ellos procuramos entresacar y revisar las partes relativas al Conflicto Estado-Iglesia. Por cierto, para el lector que desconoce el tema de la Guerra Cristera puede ser aconsejable leer primero este capítulo y luego pasar al II y seguir en el orden de la tesis, o bien, pasar al III, luego al II, al IV, etc. Esta receta, tipo *Rayuela* de Julio Cortázar, podría ayudarle al lector a captar mejor el tema que se discute. Por otra parte, debo reconocer que al incluir reseñas, esta tesis se vuelve un poco obesa y redundante. Al tratar de ser comprensiva, la reseña

² *“Por Dios y por la patria”*. *Memorias de mi participación en la defensa de la libertad de conciencia y culto durante la Persecución Religiosa en México de 1926 a 1929*, México, Jus, 1961, 276 p. (Figuras y episodios de la historia de México 99). En adelante me referiré a ella en forma abreviada: *“Por Dios...”*, y lo mismo haré con los demás libros del autor.

³ *El voto de Chema Rodríguez. Relato de ambiente cristero*, México, Jus, 1964, 117 p. (Colección Voces Nuevas 22).

⁴ *Op. cit.*

⁵ *Los cristeros eran así...*, México, Jus, 1968, 105 p. (Colección México Heroico 76).

aborda elementos que vuelven a tratarse de manera más particular y analítica en el siguiente capítulo. Me disculpo si se repiten demasiadas ideas y citas, pero es un riesgo que vale la pena asumir.

El capítulo V es propiamente el análisis de la obra de Navarrete. Tal análisis está centrado en sus cuatro libros principales y aborda diversos niveles. Por una parte, busca responder a la pregunta específica de cuál es la principal aportación historiográfica de las memorias de nuestro autor. Adelanto la respuesta que el lector encontrará desarrollada en los primeros dos apartados del capítulo: el detalle con el que Navarrete retrata situaciones y personajes. En otro nivel cuestiono la veracidad de Navarrete. El enfoque aquí es simplemente atisbar en lo que ha sido el tendón de Aquiles de sus memorias: su versión del juicio y muerte de Victoriano Ramírez “El Catorce”, que desde que la publicó en *“Por Dios y por la patria”* ha estado sujeta a múltiples impugnaciones. En otro nivel más se revisan algunas de las estrategias que pueden servir como portadoras del mensaje ideológico dentro de la narración y finalmente se indaga también en las definiciones explícitas que el autor ofrece sobre los cristeros y sus motivaciones.

Este análisis es ciertamente una aproximación de tiro de escopeta, que deriva menos de un plan preestablecido que de lo que estas memorias ofrecen como sus rasgos más asequibles. Sin embargo, a pesar de su apariencia caprichosa, de algún modo cubre todas las operaciones de la historiografía planteadas por José Gaos⁶. Virtudes y problemas de las memorias de Navarrete parecen concentrados en heurística y crítica, respectivamente, es decir en los datos que Navarrete recogió y en la manera como los discernió. Los vehículos de carga ideológica hay que buscarlos en la arquitectónica y estilística, mientras que sus consideraciones sobre los rebeldes, la guerra, los enemigos y las motivaciones corresponden a hermenéutica y etiología. El análisis no se referirá explícitamente a estas operaciones, pero el lector puede hacer por su cuenta el cotejo. Finalmente, los resultados del análisis y otros comentarios, así como algunas propuestas de hipótesis para investigaciones futuras, se reúnen a modo de conclusiones en el capítulo VI.

⁶ “Notas sobre Historiografía”, en José Gaos, *Obras Completas*, T. XV *Discurso de filosofía, De antropología e historiografía y El siglo de esplendor en México*, Prólogo de Álvaro Matute, Coordinador de la edición Antonio Zirión Q., México, UNAM, 2009 (Nueva Biblioteca Mexicana), p. 361.

Antes de entrar en materia es preciso hablar un poco del sentido de esta tesis. ¿Por qué una tesis sobre estas memorias? Para los temas del Conflicto Estado-Iglesia y la Guerra Cristera, la obra de Navarrete es fundamental como fuente y como versión interpretativa. En primer lugar, por la cercanía del autor a dos grandes líderes de la militancia católica: el dirigente de la Unión Popular, Anacleto González Flores, y el General en Jefe del ejército cristero, Enrique Gorostieta Velarde. De ambos fue su secretario y hombre de confianza en los momentos cruciales de cada organización: de González Flores hasta el inicio de la guerra, y de Gorostieta, los últimos dos años de la guerra.

La obra de Navarrete es, además, valiosa por su calidad y sus dimensiones. Sus páginas son lúcidas, bien escritas y aportan mucha información sobre diversos asuntos del conflicto entre el Estado y la Iglesia de los años veinte. De hecho son fuente imprescindible en muchos renglones, sobre todo de la Guerra Cristera, como el combate de Tepatitlán, la vida cotidiana de los soldados cristeros o la muerte de Gorostieta. En cuanto a la envergadura, le anticipo al lector algunos datos del capítulo III: Navarrete fue uno de los autores más prolíficos de memorias de la Guerra Cristera y también uno de los que manejan el tema con mayor diversidad de enfoques temporal-temáticos y de géneros literarios.

Y por otra parte, Heriberto Navarrete es un autor que ha despertado un gran interés entre los historiadores—profesionales y aficionados—dedicados al tema de La Cristiada. Quizá soy el primero en dejar por escrito un recuento amplio del valor de su obra, pero definitivamente no soy el primero en descubrirlo. Como podrá confirmarlo el lector en el siguiente capítulo, David Bailey, Jean Meyer, Moisés González Navarro, entre otros muchos, han recurrido una y otra vez a los libros del jesuita para documentar sus propias investigaciones y con frecuencia también han elogiado su riqueza.

Sin embargo, la obra de Navarrete, como la de otros muchos autores de memorias de la Guerra Cristera, se ha leído y se ha utilizado como fuente, pero muy poco se ha estudiado⁷. Que esta tesis sea, pues, una cabeza de playa en el estudio de las memorias de dicho periodo.

⁷ *Vid Infra*, capítulo II.

II.- LOS ESTUDIOS SOBRE LAS MEMORIAS CRISTERAS

(O LA FALTA DE ELLOS)

(ESTADO DE LA CUESTIÓN)

¿Qué es lo que se ha escrito respecto a la obra de Heriberto Navarrete? Muy poco, en realidad; como poco ha sido también lo que se ha escrito sobre las memorias de la Guerra Cristera en general. El género, sin duda, se ha leído y consultado intensamente. Los historiadores profesionales han recurrido a las memorias, entre ellas las de Navarrete, para documentar sus estudios, pero sólo algunos de tales investigadores se han animado, además, a escribir comentarios sobre la obra del jesuita. Curiosamente es más bien en el territorio de la crítica literaria donde podemos encontrar los estudios y apuntes más desarrollados respecto a los libros de nuestro autor.

II.1.- TRAYECTORIA DE UNA FUENTE

Comencemos situando la obra de Navarrete como fuente historiográfica. ¿Cuánto se le ha utilizado en la historiografía académica? Bastante, cuando menos en relación al número de investigaciones dedicadas a los asuntos de la Persecución Religiosa, la Guerra Cristera y, en general, el Conflicto Estado-Iglesia de la primera mitad del siglo XX. Los libros de Navarrete salieron a la luz más o menos al mismo tiempo que nacían los primeros trabajos académicos sobre estos temas. Alicia Olivera Sedano, la pionera en la investigación académica, todavía no consulta las obras de Navarrete porque su libro *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929*⁸ se publica en 1966, que es quizá una fecha demasiado temprana. Pero el trabajo clásico de Meyer, *La Cristiada*⁹, aparecido en 1973 y 74, ya apunta en su bibliografía “*Por Dios y por la patria*”, *Los cristeros eran así...* y *El voto de Chema Rodríguez*. Por esas mismas fechas, David C. Bailey publica su versión del conflicto de 1926 con una veintena de citas de “*Por Dios y por la patria*”¹⁰. En adelante, infinidad de

⁸ Alicia Olivera Sedano, *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y consecuencias*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1966, 292 p. (Serie Historia XVI). Tampoco la obra de Robert E. Quirk, *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1910-1929*, Bloomington (Indiana) and London, Indiana University Press, 1973, 276 p. acude a Heriberto Navarrete y creemos que por la misma razón. Aunque su fecha de publicación es 1973 proviene de la tesis doctoral de Quirk en Harvard concluida en 1950.

⁹ Jean Meyer, *La Cristiada*, trad. de Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo Veintiuno Editores, t. I, *La guerra de los cristeros*, 1973, 411 p.; t. II, *El conflicto entre la Iglesia y el Estado*, 1973, 411 p.; t. III, *Los cristeros*, 1974, 330 p.

¹⁰ David C. Bailey, *¡Viva Cristo Rey! The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico*, Austin, University of Texas Press, 1974, 346 p. (Texas Pan American Series s/n).

autores que publican libros de historia sobre la Guerra Cristera y el Conflicto Religioso de 1926-1929 citan las obras de Navarrete, o al menos las mencionan en su bibliografía: Francis Patrick Dooley¹¹, José Díaz y Román Rodríguez¹², Marta Elena Negrete¹³, Víctor Ceja Reyes¹⁴, Jim Tuck¹⁵, Lourdes Celina Vázquez¹⁶, María Alicia Puente¹⁷ y Moisés González Navarro¹⁸, entre otros.

La forma de citarlo es variable. Algunos autores como Jean Meyer, Marta Elena Negrete y Víctor Ceja recurren más a entrevistas hechas directamente al autor, que a sus libros. Unos usan uno o dos libros del jesuita; casi siempre “*Por Dios y por la patria*” y en segundo término *Los cristeros eran así...* o *El voto de Chema Rodríguez*. Y sólo Moisés González Navarro en *Cristeros y Agraristas en Jalisco* cita, además de los cuatro libros de memorias sobre el periodo 1926-1929, otros dos libros de Navarrete—*Etzatlán* y *Jesuita Rebelde*¹⁹—, aunque con errores notables²⁰.

Llama la atención que los periodistas convertidos en autores de libros sobre la Guerra Cristera citan profusamente a Heriberto Navarrete. Jim Tuck,

¹¹ Francis Patrick Dooley, *Los cristeros, Calles y el catolicismo mexicano*, trad. de María Emilia Martínez Negrete Deffis, México, Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Divulgación, 1976, 216 p. (SepSetentas, # 307).

¹² José Díaz y Román Rodríguez, *El movimiento cristero. Sociedad y conflicto en Los Altos de Jalisco*, estudio introductorio “Los Altos de Jalisco: características generales” de Andrés Fábregas, México, Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Editorial Nueva Imagen, 1979, 243 p.

¹³ Marta Elena Negrete, *Enrique Gorostieta. Cristero Agnóstico*, presentación de Moisés González Navarro, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, Ediciones El Caballito, 1981, 190 p. (Fragua Mexicana N° 44).

¹⁴ Víctor Ceja Reyes, *Los cristeros, crónica de los que perdieron*, México, Grijalbo, 1981, 2 v. y *El Catorce y la guerra cristera*, México, Universo, 1983, 190 p.

¹⁵ Jim Tuck, *The Holy War in Los Altos. A Regional Analysis of Mexico's Cristero Rebellion*, Tucson (Arizona), The University of Arizona Press, 1982, XI + 230 p.

¹⁶ Lourdes Celina Vázquez Parada, *Testimonios sobre la revolución cristera: hacia una hermenéutica de la conciencia histórica*, México, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario del Norte, El Colegio de Jalisco, 2001, 306 p.

¹⁷ María Alicia Puente Lutteroth, *Movimiento cristero: una pluralidad desconocida*, México, Editorial Progreso, 2002, 208 p.

¹⁸ Tanto en su breve libro, *Masones y cristeros en Jalisco*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2000, 115 p. (Jornadas 131), como en su larguísima obra *Cristeros y agraristas en Jalisco*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos; v. 1, 2000, 347 p.; v. 2, 2001, 659 p.; v. 3, 2003, 402 p.; v. 4, 2003, 431 p.; y v. 5, 2003, 301 p.

¹⁹ [Heriberto Navarrete, S.J.,] *Etzatlán*, s.p.i., 97 p. y Heriberto Navarrete, S.J., *Jesuita rebelde*, Guadalajara, Ediciones Kéigma, 1972, 117 p.

²⁰ Por ejemplo, omite que fue el General Figueroa, del ejército federal, quien le aconsejó a Navarrete que tras el licenciamiento dejara Guadalajara para librarse de las venganzas. Su cita del episodio en v. 2, p. 467 hace pensar que fue idea del propio Navarrete durante su entrevista con un sacerdote de la mitra de Guadalajara. Igualmente, Moisés González Navarro confunde a Heriberto Navarrete con el autor Félix Navarrete en v. 4, p. 51 y 216.

quien en los años setenta fue jefe de las guías de viaje *Fodor's* para México, apela múltiples veces al jesuita y dos capítulos de su obra *The Holy War in Los Altos* tienen como referencia fundamental sus relatos²¹. Por su parte, el reportero de la revista *Impacto*, Víctor Ceja Reyes, discute en todo un capítulo de *Los cristeros, crónica de los que perdieron* si al General Enrique Gorostieta le tendieron una emboscada para acabar con su vida, y ahí su relato de base es el de Navarrete sobre la muerte del militar regiomontano en la hacienda del Valle²². Su otro libro sobre la Cristiada, *El Catorce y la guerra cristera*²³ tiene como objetivo indagar quién fue el responsable de la muerte de Victoriano Ramírez “El Catorce”²⁴, uno de los líderes cristeros más famosos y queridos de Los Altos de Jalisco. Para tal fin, usa las páginas que Navarrete dedica al personaje en “*Por Dios y por la patria*” como columna vertebral de sus alegatos.

II.2.- COMENTARIOS DE LOS HISTORIADORES

La importancia de la obra de Navarrete como fuente historiográfica salta, pues, a la vista, cuando se detecta la larga lista de sus deudores. Sin embargo, no es mucho lo que se ha dicho respecto a ella. De hecho es difícil encontrar historiadores que traten de valorar o al menos situar en el horizonte de la historiografía mexicana del siglo XX, ya no se diga los libros de Navarrete, sino en general las memorias de los participantes en la Guerra Cristera y la extensa bibliografía aledaña²⁵.

El acercamiento de los historiadores académicos a las obras escritas por participantes y simpatizantes en los años posteriores al conflicto—sean

²¹ Uno de ellos es “The Maestro and His Pupils” y se refiere a Anacleto González Flores y el activismo de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) y de la Unión Popular (UP) previo al inicio de la guerra. En Jim Tuck, *op. cit.*, p. 17-27. El otro es “The Catorce Affair”, que está en las páginas 125 a 147 del mismo libro.

²² El capítulo se llama “La muerte de Gorostieta” (Sic), Víctor Ceja Reyes, *op. cit.*, p. 311-381. Ahí mismo también cita fragmentos de la entrevista que Ceja sostuvo con Navarrete.

²³ *Op. cit.*

²⁴ En adelante omito las comillas de este apodo y me refiero al personaje indistintamente por sus nombres o su apodo.

²⁵ Por ejemplo, no hay reseñas de historiadores sobre memorias de la Guerra Cristera. La única agradable excepción que hemos encontrado es la que escribió Enrique Guerra Manzo sobre Carlos Blanco Ribera, *Mi contribución a la epopeya cristera. Una época terrible y tormentosa*, Guadalajara, Asociación Pro-Cultura Occidental, 2002, 345 p., en *Historia Mexicana*, v. 54, N° 4 (216), abril-junio 2005, p. 1250-1255.

memorias, o bien, ensayos, historias institucionales, biografías, colecciones documentales, etc.—ha tenido una doble cara. Por una parte, como se puede ver a partir del ejemplo de Navarrete, este corpus bibliográfico ha sido usado reiteradamente como fuente. Pero por la otra, se le descalifica una y otra vez por tratarse de historia de partido. Cuando Moisés González Navarro en el prólogo de *Cristeros y agraristas en Jalisco* afirma que “buena parte de la historiografía de la época, de ambos bandos, está teñida de hagiografía, e incluso con frecuencia es hagiografía a secas”²⁶, no hace sino expresar el sentir de toda o casi toda la academia y repetir a su modo lo que otros historiadores profesionales de la Cristiada ya han escrito al respecto en prólogos y notas bibliográficas desde los años setenta²⁷. Y el problema de este menosprecio es que ha justificado y propiciado la desatención sobre el asunto.

De cualquier manera, y a pesar de ser, pues, un tema soslayado, se pueden hallar algunos apuntes y comentarios interesantes de los historiadores académicos respecto a las obras en cuestión. Y aquí hacemos un breve recuento de ellos.

El primer historiador en prestar atención a la obra de Navarrete es su hermano de orden, José Bravo Ugarte, quien publica en *Historia Mexicana* hace casi medio siglo un artículo llamado “Historia Religiosa”²⁸, donde enlista los libros aparecidos desde 1940 hasta 1965 que se han ocupado de tal asunto. Ahí, en el apartado sobre biografías de los contemporáneos con intervención en el conflicto religioso de 1926 anota “*Por Dios y por la patria*”, con lo que le concede a la obra cierta dignidad historiográfica.

Más tarde, Jean Meyer, en *La Cristiada* agrega algunos comentarios a su bibliografía²⁹ y varios de ellos se refieren a los libros de Navarrete, a quien el

²⁶ *Op. cit.*, v. 1, p. 12.

²⁷ Este problema se inscribe en otro aún mayor: el modo en que con tanta frecuencia la academia descalifica la historia escrita por autores católicos, tildándola de militante. Respecto a esta cuestión, véase, por ejemplo, Evelia Trejo, “El asunto religioso: tema de la historiografía contemporánea de México”, *Fuentes Humanísticas*, Revista del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, año 7, Num. 12, I semestre de 1996, pp. 115-127, en donde la autora hace notar las descalificaciones hechas por Roberto Blancarte en 1988 a los especialistas católicos (en p. 118).

²⁸ *Historia Mexicana*, v. XV, N° 2-3 (58-60), octubre 1965-marzo 1966, p. 379-398

²⁹ *La Cristiada*, trad. de Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo Veintiuno Editores, 14ª edición, t. I, *La guerra de los cristeros*, 1994, p. 393-410. En adelante, las citas al primer tomo de *La Cristiada* serán de esta edición.

historiador franco-mexicano llama “testigo privilegiado... dotado de ojo clínico... favorecido con una excelente memoria y una pluma alerta”³⁰.

David Bailey tiene un rico ensayo bibliográfico en *¡Viva Cristo Rey! The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico*³¹ en el que discute el valor de todo tipo de fuentes valiosas para la Guerra Cristera y el Conflicto Estado-Iglesia de 1926-1929. Entre las fuentes publicadas comienza por señalar las memorias y recuentos de testigos, “los cuales deben ser usados con precaución”, dice. Sobre “*Por Dios y por la patria*”, que es el único libro de Navarrete que aborda, subraya que es una aproximación al fenómeno cristero con los pies más en la tierra que otras memorias. Señala que “trata a los cristeros como hombres mortales”. Y agrega, “Navarrete relata también en un estilo vivaz y con frecuencia humorístico sus experiencias juveniles en la ACJM, cuyos miembros jugaron un papel predominante en la insurrección”³².

En *Los cristeros, Calles y el catolicismo mexicano* de 1976, Francis Patrick Dooley añade en su bibliografía una breve nota bajo la ficha de “*Por Dios y por la patria*”: “crónica valiosísima de uno de los cristeros más importantes”³³. Hay que subrayar que la nota aparece en un listado bibliográfico carente por lo demás de comentarios.

Por su parte, Jim Tuck en su libro ya citado ofrece una bibliografía anotada en donde señala respecto a los cuatro libros de memorias de Navarrete: “El autor, un jesuita y ex-cristero, ha preparado un material que está refrescantemente libre de hagiografía o alegatos particulares.”³⁴

Y finalmente, el abogado e historiador Jaime del Arenal Fenochio, en un artículo relativamente reciente ubica a Heriberto Navarrete dentro de la constelación de los historiadores mexicanos del siglo XX de orientación hispanista-católica-conservadora³⁵. Sin embargo, omite las explicaciones sobre los vínculos del jesuita con los demás autores estudiados.

³⁰ *Ibid.*, p. 398.

³¹ *Op. cit.*, p. 313-323.

³² *Ibid.*, p. 315; la traducción es mía.

³³ *Op. cit.*, p. 212.

³⁴ *Op. cit.*, p. 216; la traducción es mía.

³⁵ “‘La otra historia’: la historiografía conservadora”, en Conrado Hernández, coordinador, *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*, México, El Colegio de Michoacán, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 63-90. Vuelvo sobre este texto y los planteamientos de Del Arenal en las conclusiones, *vid infra*, capítulo VI.

Aunque muy breves estos comentarios, hay que destacar que casi todos encomian la obra de Navarrete y le otorgan adjetivos favorables. No obstante, para hallar comentarios más amplios y profundos sobre nuestro autor, debemos volver la mirada hacia la crítica literaria.

II.3.- DESDE LA CRÍTICA LITERARIA

Los críticos abordaron la literatura de la Guerra Cristera—sobre todo la novela—desde fecha muy temprana y con mucha diligencia, cuando menos si se compara con el escaso interés que el resto de la bibliografía del tema ha despertado entre historiadores y otros académicos.

Sin contar prólogos, que de algún modo podrían considerarse “estudios” literarios, a tan solo 13 años de firmados los Arreglos ya encontramos una primera reseña de novelas de la Guerra Cristera: es Ermilo Abreu Gómez con unas breves líneas sobre *Los Cristeros* y *Los Bragados* de José Guadalupe de Anda en la revista *Letras de México*³⁶. Luego, en 1949, José Luis Martínez presenta su panorámica de las letras mexicanas en lo que va del siglo XX³⁷ y apunta ahí algunos autores y novelas del tema. Dos años más tarde, Manuel Pedro González inaugura las revisiones de conjunto sobre la “novela cristera” al dedicarle al asunto un capítulo de su *Trayectoria de la novela en México*³⁸. Y en las décadas siguientes siguen apareciendo ensayos, revisiones, historias y obras panorámicas de la literatura mexicana o hispanoamericana que le prestan cierta atención a esta corriente novelística. Unas veces comentan autores u obras separadamente³⁹, otras veces los revisan como grupo⁴⁰.

³⁶ “J. Guadalupe de Anda”, en *Letras de México*, Año V, Vol. III, N° 15, 15 de abril de 1942, p. 6.

³⁷ *Literatura Mexicana. Siglo XX. 1910-1949*, México, Antigua Librería Robredo, 2 t.; T. I, *Primera Parte*, 1949, (Clásicos y modernos. Creación y crítica literaria, N° 3,) 360 p.; T. II, *Segunda Parte. Guías Bibliográficas*, 1950, (Clásicos y modernos. Creación y crítica literaria, N° 4,) 202 p.

³⁸ México, Ediciones Botas, 1951, 418 p. El capítulo en cuestión es el XVIII en p. 296-311.

³⁹ Por ejemplo, Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución mexicana*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, (Colección popular, N° 117,) 477 p.; John S. Brushwood, *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, trad. de Francisco González Aramburo, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, 437 p.; o Adolfo Castañón, *Arbitrario de Literatura Mexicana. Paseos I*, México, Vuelta, 1993, (La reflexión s/n,) 607 p.

⁴⁰ Por ejemplo, Max Aub, *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 143 p., que les dedica dos capítulos. Christopher Domínguez Michael incluye cuatro textos con tema de la Guerra Cristera en su *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 2 v.; v. I, 1410 p.; v. II, 1393 p., y les otorga amplios comentarios

Aparte se escriben estudios específicos sobre este *corpus*, que van desde tesis⁴¹, hasta investigaciones formales publicadas como artículos⁴² o libros⁴³. Así pues, cuando se dice que la novelas de la Guerra Cristera forman un capítulo negado, silenciado o ignorado de la literatura mexicana hay que tomarlo con calma y aclarar que tal omisión es muy relativa. Posiblemente no han sido tan comentadas, leídas, estudiadas, reseñadas o criticadas como las novelas de la Revolución mexicana o las novelas de otro gran asunto histórico. Pero en relación a la totalidad de la bibliografía de la Guerra Cristera (y de los asuntos aledaños como la Persecución Religiosa o el tema mayor del Conflicto Estado-Iglesia), la novela ha acaparado todos los reflectores. Ha sido la estrella y casi diríamos, el único género realmente estudiado a fondo.

Esta crítica literaria que tantas páginas ha dedicado a la novela de la Guerra Cristera se vuelve, sin embargo, relevante para los libros de Heriberto Navarrete por dos razones. La primera es que uno de tales libros, *El voto de Chema Rodríguez*, es una novela. Ciertamente, yo lo considero un libro de memorias y más adelante discutiré el problema de su doble personalidad, literaria e historiográfica. Pero por ahora hay que establecer que varios críticos literarios la han visto como novela y como tal la analizan.

La segunda razón radica en las ambiciones imperialistas de la crítica literaria o, si se quiere ver esto de otra manera, en la ambigüedad de sus fronteras disciplinarias. No siempre la crítica se ha limitado estrictamente a analizar la *novela*, sino como los títulos de muchos de sus trabajos lo anuncian, se ha lanzado sobre la *literatura* o la *narrativa* en general, de modo que ha incluido cuentos, obras de teatro y ciertamente algunas memorias de

(en v. I, p. 50-53). Este crítico y José Luis Martínez también dedican un capítulo a la “novela cristera” en su obra conjunta *La literatura mexicana del siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, (Colección Cultura Contemporánea de México s/n.) 283 p. El capítulo en cuestión es el X y está en p. 96-99.

⁴¹ Por ejemplo, las de Frank Leon Gelskey Beier: *Las novelas cristeras de Jorge Gram*, tesis para obtener el título de Maestro en Artes (especializado en lengua y literatura españolas), Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela de Verano, 1957, 104 p.; y *Narraciones cristeras, después de Jorge Gram*, tesis para obtener el Grado de Doctor en Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1958, 115 p.

⁴² Por ejemplo, Juan Hernández Luna, “Dos novelas del neotomismo en México (la filosofía de los cristeros)”, en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México*, tomo XXI, México, enero-junio de 1951, Núms. 41-42, p. 65-86; o José Luis Martínez, “La novela cristera”, en *Estudios Jaliscienses*, N° 13, agosto de 1993, p. 60-67.

⁴³ Por ejemplo, los dos libros que comentamos un poco más adelante: Ángel Arias Urrutia, *Cruzados de novela: las novelas de la Guerra Cristera*, Pamplona, España, Universidad de Navarra, 2002, 246 p. (Anejos de Rilce N° 41); y Álvaro Ruiz Abreu, *La cristera, una literatura negada (1928-1992)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2003, 484 p.

protagonistas de la Rebelión Cristera. Quizá los críticos han preferido usar como guía principal de su trabajo la temática del objeto de análisis y en consecuencia le han asignado un puesto secundario al género literario. Pero poco importan aquí los motivos; el asunto es que tal descuido nos permite encontrar en este territorio algunos comentarios interesantes sobre los otros libros de Heriberto Navarrete.

Así pues, tras este preámbulo ya puedo señalar que he encontrado seis autores que desde la plataforma de la crítica literaria han abordado la obra de Heriberto Navarrete. Sobre algunos de ellos volveremos más adelante, porque sus aportaciones nos resultan útiles en nuestras reflexiones. Los presento a continuación en el orden cronológico de sus trabajos.

II.3.A.- Alberto Valenzuela Rodarte

Jesuita también, como Navarrete⁴⁴, este crítico literario escribió en 1961 una *Historia de la literatura en México*⁴⁵ con cuatro capítulos enteros dedicados a todo tipo de textos del bando católico relativos a la Guerra Cristera, la Persecución Religiosa y el Conflicto Estado-Iglesia de la primera mitad del siglo XX⁴⁶. Creo que esos cuatro capítulos son la revisión más amplia y rica que se pueda encontrar hasta la fecha sobre tal bibliografía⁴⁷.

En el tercero de tales capítulos titulado “Un poco de bibliografía cristera”, Valenzuela Rodarte comenta, entre otros libros, cinco relatos de memorias. Uno de ellos es “el escrito de 130 pp., tamaño carta, fechado en agosto de 1945 en Ysleta, Tex., por su autor, *Heriberto Navarrete*, y que él tituló: *Por Dios y por la Patria. Memoria personal del período de la persecución religiosa en México, bajo el gobierno del general Plutarco Elías Calles. 1926-1929.*”⁴⁸ Ser hermano de orden religiosa tiene sus ventajas, de modo que Valenzuela Rodarte pudo, por una parte, ver el manuscrito de “*Por Dios y por la patria*”, antes de que Navarrete lo llevara a la Editorial Jus, y por la otra, publicar su

⁴⁴ El nombre de este crítico no suele aparecer con el S.I. o el S.J. de rigor, pero en varios sitios lo identifican como jesuita. Así lo encontramos en una consulta hecha el 18 de julio de 2010 en el sitio web <http://rubenaguilarvalenzuela.files.wordpress.com/2008/12/1968-1969-el-juniorado.pdf>.

⁴⁵ México, Jus, 1961, 623 p.

⁴⁶ *Ibid.*, capítulos LIV a LVII, en p. 511-547.

⁴⁷ Ni el ensayo bibliográfico de Bailey (*Op. cit.*), ni los comentarios de Meyer en *La Cristiada*, ni el libro de Alicia Olivera, *La literatura cristera*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970, (Serie Historia XXIII,) 115 p. alcanzan tal amplitud.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 533. Las cursivas son de Valenzuela.

comentario al mismo tiempo que veía la luz el libro del ex cristero. Por eso, Valenzuela no pudo ser un comentarista más oportuno.

De entrada, este apunte es valioso, porque nos indica que el título fue modificado para la imprenta y que el manuscrito llevaba fecha de 1945⁴⁹. Las dos páginas siguientes, el padre Valenzuela las convierte en una excelente reseña de la obra. Empieza por destacar la cercanía de Navarrete con Anacleto González Flores y la riqueza de los capítulos dedicados a la acción cívico-católica previa a la guerra. Luego desmenuza un poco las partes dedicadas a la participación militar y destaca la honestidad con que se describe a los combatientes. Resume con la frase: “todo ello es la más linda novela y la más tonificante aventura”. Y agrega:

Las memorias de Navarrete están completamente a la altura de los *Cristeros del Volcán de Colima*⁵⁰ y de las *Memorias de Degollado Guízar*⁵¹. Tienen la ventaja sobre la primera de ampliar el panorama, por haber sido escrita ya un poco lejos del tiempo de los sucesos, dando tiempo a que las especies, los juicios y las demasías se asentaran; sobre las segundas, una cultura bastante más amplia, sin mengua de la inmediatez de las experiencias. A las dos gana en espíritu crítico, aunque comparta el entusiasmo por idénticos ideales. La sinceridad y la nobleza pone a los tres al ras.⁵²

Y si bien, Valenzuela no pierde la oportunidad de criticar al ejército callista y exaltar a Anacleto González Flores sobre la base de los testimonios de Navarrete, las pinceladas que nos ofrece sobre el libro son bastante completas.

Seis años más tarde, Valenzuela Rodarte publica su *Historia de la literatura en México e Hispanoamérica*⁵³ en la que incluye también un apéndice con “Material épico cristero”⁵⁴. Ahí vuelve a comentar “*Por Dios y por la patria*”⁵⁵, pero mucho más brevemente que en su primera historia. Igualmente, en 1965 publica en la revista *Ábside* una reseña de un par de párrafos sobre *El*

⁴⁹ En la obra, Navarrete se limita a señalar que comenzó a escribir sus memorias en 1939. *Vid Infra*, capítulo IV, con la reseña correspondiente a este libro.

⁵⁰ Se refiere a la obra de Spectator (seudónimo del padre Enrique Ochoa), *Los cristeros del volcán de Colima. Escenas de la lucha por la libertad religiosa en México, 1926-1929*, México, “Veritas”, s.f. [1942], 376 p.

⁵¹ Acá se refiere a Jesús Degollado Guízar, *Memorias de Jesús Degollado Guízar, último general en jefe del Ejército Cristero*, México, Editorial Jus, 1957, 320 p.

⁵² *Op. cit.*, p. 534.

⁵³ México, Jus, 1967, 327 p.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 294-308.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 298.

voto de Chema Rodríguez⁵⁶, de la que apenas comenta “la narración se escucha más que se lee; tan natural es y de tan alteña frescura”. Poco, como puede parecer todo esto, es no obstante el mayor número de renglones dedicados por un solo crítico o académico a nuestro autor.

II.3.B.- Elena Sánchez Mora

Esta autora presentó en 1989 su tesis doctoral en la Universidad de Minnesota bajo el título “*Máscaras femeninas y cultura nacional en los relatos de la Rebelión Cristera. México, 1930-1976*”⁵⁷. Sánchez Mora, que se autodefine como mexicana, historiadora, crítica literaria y feminista⁵⁸, se acerca al tema de la literatura cristera desde la perspectiva de los estudios de género. Su interés es desenmascarar los personajes femeninos de la narrativa del tema. Y al hacerlo, descubre estos personajes minimizados y perfectamente articulados dentro del “sistema patriarcal que sujeta a las mujeres a su papel de guardianas del orden social que las oprime”⁵⁹.

Este estudio es el que más obras de Navarrete ha abarcado. Al abordar la “narrativa” de la Guerra Cristera en general, ve con igual interés novela y memorias. Por eso, de los 17 libros que Sánchez Mora analiza, tres son de Heriberto Navarrete: dentro de los de “narrativa ficcional” está *El voto de Chema Rodríguez*, y dentro de los de “narrativa histórica”, *Por Dios y por la patria* y *Los cristeros eran así....* Sin embargo, esta investigación es demasiado clara en sus objetivos: sólo revisa los personajes femeninos de cada obra. Del primer libro entresaca a Mariana, la novia y esposa del protagonista, que es “pasiva” por no involucrarse en la guerra. Del tercero, menciona a Ana María Carmona, la traidora a la causa cristera (por fugarse con un oficial callista), y a las madres “instigadoras” de la Cristiada que envían a sus hijos a pelear contra el gobierno. Como la evaluación está basada en

⁵⁶ En *Ábside, revista de cultura mejicana*, Méjico, v. XXIX, N° 4, 1965, octubre-diciembre, p. 483-484. En la misma revista, pero once años más tarde (v. XL, N° 1, 1976, enero-marzo, p. 82-87) publicará otra reseña, algo más extensa, sobre las memorias de José G. Gutiérrez Gutiérrez, *Mis recuerdos de la gesta cristera*, aunque Valenzuela sólo aborda ahí los dos primeros volúmenes de esta obra.

⁵⁷ La ficha oficial de esta tesis es *Feminine Masks and National Culture in the Narrative of Mexico's Cristero Rebellion, 1930-1976*, a thesis submitted to the Faculty of the Graduate School of the University of Minnesota in partial fulfillment of the requirements for the Degree of Doctor of Philosophy, 1989, 260 p. El texto que consultamos es una versión en español que probablemente fue el original escrito por la autora, de nacionalidad mexicana.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 1.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 230.

parámetros feministas, la conclusión no depara sorpresas: “la mayoría de ellos (los relatos cristeros) cuentan con pocos personajes femeninos y... estos personajes tienden a jugar papeles menores”⁶⁰. El valor histórico de los textos y la relación de los personajes con su época son un telón de fondo que verdaderamente queda muy, muy atrás.

II.3.C.- Jean Meyer y Juan José Doñán

A Jean Meyer ya lo habíamos considerado en el territorio de los historiadores, pero acá nos lo volvemos a encontrar en el papel de divulgador de la literatura de la Guerra Cristera. En 1993, él y Juan José Doñán se hacen cargo de la selección y el prólogo de una *Antología del cuento cristero*⁶¹ que es la primera y, hasta donde podemos saber, la única en su tipo. El libro es muy valioso y en lo que respecta a nuestro estudio, interesante por varios motivos. En primer lugar, porque la antología, que presuntamente está basada en la calidad literaria de los textos, incluye un capítulo de *Los cristeros eran así...* Se trata de “Media carta de amor” que no es un cuento⁶². Sin embargo, Meyer y Doñán hacen la aclaración correspondiente: “Tres de los textos seleccionados forman parte de trabajos más extensos pero debido a su unidad dramática y sus cualidades intrínsecas, decidimos incluirlos”⁶³.

El libro es atendible también por su prólogo. En éste se nos ofrece una comentario general en torno a las obras de ficción sobre la Guerra Cristera:

El número de obras tributarias del tema es bastante alto; lamentablemente, en su gran mayoría, se trata de una literatura de tesis. La historia que se cuenta o se canta no es tan importante en sí misma, ya que más bien es el vehículo, el medio para ilustrar la opinión del autor sobre el conflicto y sus consecuencias.⁶⁴

También nos plantea una evaluación somera, pero incisiva, de la novela de la Guerra Cristera a la que compara desfavorablemente con los testimonios y otros géneros que abordan el mismo tema. E igualmente agrega comentarios

⁶⁰ *Ibid.*, p. 2.

⁶¹ Guadalajara, Secretaría de Cultura de Jalisco, 1993, 191 p. (Colección Novedad de la Patria S/N.).

⁶² *Vid Infra* el capítulo IV, con la reseña correspondiente a este libro. Entre otros autores con textos en esta antología se encuentran algunos famosos como José Emilio Pacheco, José Revueltas y Antonio Estrada.

⁶³ *Op. cit.*, p. 17.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 15.

sobre cada uno de los textos de la antología, de modo que hay también un balance correspondiente al de Heriberto Navarrete, sobre el que vuelvo más adelante. Por último hay que tomar en cuenta que al final, esta antología tiene un apéndice con “notas sobre los autores” en donde por única vez nos hallamos una semblanza biográfica de nuestro autor⁶⁵.

II.3.D.- Ángel Arias Urrutia

Como estudiante de letras en la Universidad de Navarra, este crítico trabajó su tesis de doctorado sobre las novelas de la Guerra Cristera. Fruto de tal tesis fue su primer libro titulado *Cruzados de novela: las novelas de la Guerra Cristera*⁶⁶, del año 2002. Este libro es un análisis de dichas novelas, pero centrado en el papel del narrador. De todos los estudios que se le han dedicado a la novela, creo que éste es el más claro e inteligente. Arias Urrutia aborda aquí 24 obras que conforman el *corpus* de la novela de la Guerra Cristera, y tangencialmente comenta otras muchas más⁶⁷. Comienza por hacer una distinción en el título de esta corriente temática que por décadas ha sido llamada equivocadamente “novela cristera”, cuando en realidad un gran número de obras de este corpus son más bien anti-cristeras. Él propone el título de “novela de la Guerra Cristera”⁶⁸, membrete que aplaudo y sigo. El asunto no es menor. Uno de los rasgos distintivos de este corpus es su fuerte carga ideológica. De hecho el análisis de Arias Urrutia se encamina a aclararnos este punto. Y aunque en tal propósito no es el primer crítico en hacerlo⁶⁹, sí lo es al examinar en detalle las estrategias narrativas utilizadas como medio de conducción de tal carga. El telón de fondo de este análisis es la tensión entre ficción y realidad, entre literatura e historia. Y la luz que arroja va más allá de la novela. Por eso más adelante regresaré a este autor.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 175-176.

⁶⁶ *Op. cit.*

⁶⁷ En su siguiente libro, el autor continúa su análisis de la novela de la Guerra Cristera, pero aborda la obra de “autores canónicos”: Juan Rulfo, José Revueltas y Agustín Yáñez. *Entre la cruz y la sospecha*, Madrid, Iberoamericana, 2005, 223 p.

⁶⁸ *Cruzados de novela...*, p. 94 y 233.

⁶⁹ La cuestión de la ideología de la novela de la Guerra Cristera ya la había discutido antes Guy Thiebaut (*La contre-révolution mexicaine à travers sa littérature*, París, L'Harmattan, 1997; citado por Arias Urrutia en *Op. cit.*), además de historiadores como Jean Meyer (en *La Cristiada*, y *Antología del cuento cristero*).

Dentro del corpus delimitado se encuentra *El voto de Chema Rodríguez*, aunque está lejos de ser la estrella del análisis. Arias Urrutia no aborda las novelas de una en una, sino en paquete. Conforme avanza en la discusión va tomando elementos de las novelas para ilustrar sus argumentos. Y en ese sentido, aunque *El voto de Chema Rodríguez* no es de las novelas más citadas, sí recibe algunos comentarios específicos. Por ejemplo, el autor destaca que dentro de la novela a favor de los cristeros es excepcional por dos motivos. Uno es que no se centra en la oposición urbana al gobierno callista. Sólo ella y *Rescoldo*⁷⁰, dice, “otorgan a los campesinos y rancheros cristeros todo el protagonismo e intentan rescatar su peculiar idiosincrasia”⁷¹. El otro es que sí habla abiertamente de la participación activa de los sacerdotes en la guerra⁷². Sobra decir, además que las conclusiones generales a las que llega Arias Urrutia, y sobre las que volveré después, son también aplicables a esta obra.

II.3.E.- Álvaro Ruiz Abreu

En 2003, es decir, apenas un año después de *Cruzados de novela...* se publica en México *La cristera, una literatura negada (1928-1991)*, de Álvaro Ruiz Abreu⁷³. Es también una obra muy extensa de historia y crítica literaria, cuyo problema y virtud quedan sugeridos en el título. El autor se lanza de lleno sobre la “literatura” de la Guerra Cristera, un ámbito cuyas fronteras todavía nadie se ha atrevido a delimitar con mediana precisión. La novela es ciertamente su interés principal, de manera que comenta también el *corpus* que ya antes había estudiado Arias Urrutia; pero el crítico mexicano va mucho más allá. En un andar arrebatado, Ruiz Abreu logra presentarnos el comentario más copioso que uno pueda encontrar sobre textos de todo género con algún tipo de contenido sobre la Guerra Cristera y los temas aledaños. Vemos además de las novelas clásicas, cuentos, novelas que tangencialmente tocan el tema (como *José Trigo* de Fernando del Paso), obras de teatro y hasta los libros de aquellos legendarios escritores ingleses como D. H. Lawrence y Graham

⁷⁰ Antonio Estrada, *Rescoldo. Los últimos cristeros*, México, Jus, 1961, 231 p. (Colección Voces Nuevas N° 17).

⁷¹ *Cruzados de novela...*, p. 106.

⁷² *Ibid.*, p. 115.

⁷³ *Op. cit.*

Greene. Y este panorama variopinto nos recuerda que así como el tema mismo es profundamente complejo, también lo es la literatura que ha querido abordarlo desde los años veinte del siglo pasado. Sin embargo, aquí no hay una directriz nítida sobre propósitos y método del análisis. Los saltos entre géneros, y la falta de distinción entre los conceptos de literatura, relatos y novelas crea una atmósfera sofisticada y culta, pero nebulosa.

Como sea, este libro también aborda la obra de Heriberto Navarrete, aunque en forma fragmentaria. En la bibliografía, Ruiz Abreu anota tres de los libros de Navarrete⁷⁴, pero en el texto sólo comenta *Los cristeros eran así...*⁷⁵. Y de hecho, al glosarlo, sólo aborda un único capítulo: "Media carta de amor"⁷⁶. A Navarrete lo incluye en el capítulo titulado "La Cristiada nacionalista", explica, "por el sentido nacionalista y la vocación por lo propio" que se desprende de dicho capítulo⁷⁷. Destaca el valor de los cuadros de costumbres, la vida cotidiana de los soldados y las estampas alteñas que retrata Navarrete, pero cuando se trata de establecer un juicio sobre su texto, Ruiz Abreu se vuelve por momentos lapidario:

Navarrete ve con más objetividad la realidad que se decidió a rescatar. Su escritura es limitada y sin embargo interesante. Cuando la palabra no revela ni indaga o cuestiona a las cosas, y no provoca a la imaginación, su eco es limitado, como en estas memorias de Navarrete. Sirve entonces como complemento de la historia social y política a que alude. *Los cristeros eran así...* es un relato de cuadros que une la voz del narrador que usa un lenguaje objetivo cuya misión es mostrar seres y realidades absolutas, en vez de estar al servicio de una realidad relativa que a cada instante se pone en duda y se cuestiona, a fin de cuentas la especificidad del lenguaje literario.⁷⁸

Creemos que aquí pesa, pues, mucho más la perspectiva de la crítica literaria que la reflexión sobre el valor testimonial de los textos o la relación entre historia y literatura. Por eso es una obra de poca utilidad para este estudio.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 483.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 200-204.

⁷⁶ Da la impresión de que Ruiz Abreu no leyó *Los cristeros eran así...* o no quiso meterse en el trabajo de comentarlo completo. Al parecer se contentó con leer la *Antología del cuento cristero* de Meyer y Doñán, que es donde aparece también el capítulo en cuestión y de donde tomó otros cuentos que comenta en su libro.

⁷⁷ *La cristera, una literatura negada...*, p. 180.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 201.

III.- DE LA MILICIA CRISTERA A LA MILICIA IGNACIANA :

VIDA Y OBRA DE HERIBERTO NAVARRETE⁷⁹

⁷⁹ Este perfil bío-bibliográfico está construido principalmente sobre la base de la propia obra del autor.

III.1.- LA VIDA

Heriberto Navarrete Flores nace en Etzatlán, Jalisco, el 16 de marzo de 1903⁸⁰, pero a los siete años su familia se muda a Guadalajara⁸¹. Ahí hace sus estudios hasta cursar la carrera de Ingeniería Civil. En 1918 comienza a militar dentro de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, la famosa ACJM que apenas tenía dos años de fundada en la capital jalisciense⁸² y que por entonces dirige Anacleto González Flores, “El Maestro”. El activismo del autor dentro de esta organización es apasionado y de múltiples facetas, según lo cuenta en *“Por Dios y por la patria”*, y va en aumento conforme a lo largo de la tercera década del siglo XX crece también la tensión entre el gobierno y la Iglesia. Unas veces se vuelve guardaespaldas voluntario del Arzobispo Francisco Orozco y Jiménez; otras enfrenta a golpes o a gritos a sindicalistas y sicarios del gobernador José Guadalupe Zuno, otras más se dedica a hacer proselitismo casa por casa.

Con el ascenso a la Presidencia de la República del General Plutarco Elías Calles arrecia el acoso contra la Iglesia y en 1925 varias organizaciones de católicos laicos cierran filas para hacer frente al gobierno. En Jalisco, Anacleto González Flores establece la Unión Popular (UP), una suerte de organismo que integra a otras agrupaciones laicas (entre ellas la ACJM), para darles un mayor alcance sociopolítico que el que tienen por separado. A raíz de esta maniobra, Heriberto Navarrete con apenas 22 años pasa a ser Secretario General de la nueva organización⁸³, que preside el propio González Flores.

Cuando en 1926 el gobierno impone la Ley Calles y la Iglesia decide suspender el culto público la tensión alcanza su clímax. Entonces, la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDLR), la organización cupular de los católicos laicos a nivel nacional llama a la insurrección general para 1927. La UP la sigue y con ella va, entusiasta, Navarrete. A partir de enero de ese año, se dedica al aprovisionamiento de los grupos rebeldes armados.

⁸⁰ Carlos Velasco, S.J., Socio. Circular 87/21 del 24 de agosto de 1987 de la Compañía de Jesús. Archivo Histórico de la Provincia de México de la Compañía de Jesús.

⁸¹ *“Por Dios...”*, p. 13.

⁸² *Jesuita Rebelde*, p. 76 y 78. En *“Por Dios...”*, p. 13 apunta: “en 1920 ingresé al Centro Local de la ACJM”. Pero parece que el primer dato es más confiable en cuanto a su militancia general dentro de la organización.

⁸³ *“Por Dios...”*, p. 13, 87-101 y 119-125.

Primero lo hace en la región poniente de Jalisco, pero en marzo se traslada a la ciudad de México donde se encarga de adquirir y hacer envíos de municiones⁸⁴.

El 2 de abril de 1927 la policía lo arresta tras una delación involuntaria que también conduce a la captura y ejecución de Anacleto González Flores. Según cuenta por extenso en su obra *En las Islas Marías*, de abril a mayo está en la cárcel de la Inspección de Policía de la Ciudad de México y de mayo a julio lo pasa en la Colonia Penal de las Islas Marías. A fines de julio es liberado y devuelto a la ciudad de México; pero Navarrete no olvida sus intenciones originales y mientras otros amigos suyos dejan a un lado el conflicto armado, él se vuelve a poner en contacto con los insurrectos.

El 4 de octubre de 1927 Heriberto Navarrete se incorpora a las filas cristeras comandadas por Lauro Rocha en los Altos de Jalisco⁸⁵. Lo que sabemos de su carrera militar está mejor contado por él mismo en "*Por Dios y por la patria*" y en menor medida en *Los cristeros eran así...* Baste decir por ahora que muy pronto alcanza el grado de mayor⁸⁶ y se convierte en ayudante de Enrique Gorostieta, General en Jefe del ejército cristero. Su alta posición no lo exime de los combates. Sus hechos de armas son muy numerosos e incluyen la batalla de Tepatitlán—la más concurrida de la Guerra Cristera—en abril de 1929.

Un dato curioso que no menciona en sus libros principales sobre la Guerra Cristera, pero que sí apunta más tarde en *Jesuita Rebelde* es que durante la guerra sostiene un romance de algunos meses con una estudiante de Guadalajara llamada Luz María Machuca, quien tristemente muere en octubre de 1928. Él manda grabar el epitafio en su tumba: "Luz María Machuca 24 de octubre de 1928. En plena juventud y llena de ilusiones, ofreció su vida por el triunfo de una causa justa. Su muerte es una promesa del Señor. Recuerdo de Heriberto Navarrete"⁸⁷.

⁸⁴ "*Por Dios...*", p. 126-131.

⁸⁵ *En las Islas...*, p. 93.

⁸⁶ En sus libros, Navarrete no menciona que haya alcanzado otro grado superior. Sin embargo, sus compañeros jesuitas más tarde lo apodaron "el coronel", quizá porque finalmente llegó a serlo. A su vez, Manuel Acevez Araiza, S.J., lo menciona con ese grado en "P. Heriberto Navarrete Flores, S.J.", en *Noticias de la Provincia de México*, N° 116, Noviembre de 1987, p. 13 y 15.

⁸⁷ *Jesuita Rebelde*, p. 11-17. Navarrete no menciona de qué murió Luz María. Esta cita, como todas las siguientes de la obra de Navarrete es textual. Hago la aclaración para ahorrarnos el uso del *sic*, que por cuestiones de ortografía sería necesario con mucha frecuencia.

El 21 de junio de 1929 representantes del gobierno y la Iglesia firman los llamados “Arreglos” que conducen al cese de las hostilidades. Días después, como otros muchos cristeros, Navarrete depone las armas. Dicen que en esa ocasión, acompañado de su padre, acudió ante un general federal, quizá Eulogio Ortiz, y éste quiso retratarse con él. Su padre le insistió que aceptara, pero él contestó indignado: “yo no me retrato con un bandido”⁸⁸.

Regresa, entonces, a la vida civil, pero en la ciudad de México. En 1926 había interrumpido sus estudios de Ingeniería Civil en Guadalajara que estaba a punto de completar⁸⁹, de modo que termina la carrera y en abril de 1931 obtiene su título. Entra a trabajar como Ingeniero de Campo en la Dirección de Estudios Geográficos y Climatológicos de la Secretaría de Agricultura y Fomento y ahí permanece hasta el 30 de septiembre de 1933⁹⁰. Mientras tanto ocupa la presidencia del Comité Arquidiocesano de la ACJM en la ciudad de México. Sobre ese periodo, Navarrete comenta: “vivo en paz y holgura económica”⁹¹. Pero no le basta y se decide por la vida religiosa.

El 2 de octubre de 1933 ingresa a la Compañía de Jesús. Por entonces, la Provincia de México tenía sus casas de formación fuera del país, de modo que Navarrete hace su noviciado en el Ysleta College, de El Paso, Texas⁹². Dos años más tarde hace sus votos perpetuos. Continúa sus estudios de filosofía en la misma escuela. En 1941 se hacen gestiones para enviarlo a estudiar teología a la Universidad de Lovaina, Bélgica, pero con la Segunda Guerra Mundial en pleno se cancela el proyecto. Inicia entonces estos estudios en el Ysleta College⁹³.

En 1943 es enviado al Colegio Máximo de la Provincia de Chicago de la Compañía de Jesús, el West Baden College, en West Baden, Indiana, para concluir sus estudios de teología. Ahí, el 13 de junio de 1945 es ordenado sacerdote⁹⁴. Sus actividades iniciales como presbítero las lleva a cabo en Estados Unidos. Empieza en el mismo poblado de West Baden. Más tarde, en 1946 es designado Prefecto del teologado del Seminario de Montezuma, la

⁸⁸ Manuel Acevez, *op. cit.*, p. 15.

⁸⁹ “*Por Dios...*”, p. 13.

⁹⁰ *Idem.*

⁹¹ *Jesuita Rebelde*, p. 19.

⁹² Carlos Velasco, *op. cit.*; *Jesuita Rebelde*, p. 37.

⁹³ *Ibid.*, p. 60-61.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 64-66; Carlos Velasco, *op. cit.*

casa de formación sacerdotal que tiene la Iglesia Católica mexicana en el exilio de Nuevo México⁹⁵.

Vuelve a México a finales de la década de los cuarenta. En 1949 es asignado a la Iglesia de la Votiva en las calles de Reforma y Génova de la ciudad de México. Su trabajo pastoral lo involucra de nuevo con la ACJM. También asesora a movimientos campesinos de la Acción Católica y agrupaciones de estudiantes del Instituto Politécnico Nacional, entre otras organizaciones⁹⁶. Sus últimos votos, los de la Tercera Probación, los pronuncia en ese mismo templo el 2 de febrero de 1951⁹⁷.

En 1951, el Arzobispo de México Luis María Martínez lo nombra Asistente Nacional de la ACJM, pero su labor en ese puesto no prospera. Ya tiene 48 años y sus diferencias con las nuevas generaciones de acjotaemeros son insalvables. “Fracaso”, reconoce. “Llegué a comprender en cuatro años que mi tiempo había pasado”⁹⁸.

En adelante, por tanto, trabaja en el ámbito académico. Entre 1954 y 1960 dirige la Escuela Carlos Pereyra de Torreón, Coahuila. Y en 1961 pasa a Guadalajara, donde en los años posteriores tiene varios cargos dentro del Instituto de Ciencias de esa ciudad⁹⁹.

Es ya en este periodo en Guadalajara, cuando Heriberto Navarrete comienza a publicar sus libros. En 1961 viene la primera edición de “*Por Dios y por la patria*” con Editorial Jus. Digo publicar y no escribir, porque esta obra ya la tenía lista desde muchos años antes. En la misma “Nota Preliminar” del libro advierte que comenzó a escribirlo el 3 de octubre de 1939¹⁰⁰. Y como ya mencionamos, su compañero de orden, Alberto Valenzuela Rodarte, señala que el manuscrito está fechado en Ysleta en 1945¹⁰¹. de modo que la publicación de este libro demoró al menos 16 años. No hay documentos al respecto, pero podemos suponer que sus superiores en la Compañía de Jesús,

⁹⁵ *Jesuita Rebelde*, p. 66 y 69.

⁹⁶ *Ibid.*, capítulo XII, p. 69-80.

⁹⁷ Carlos Velasco, *op. cit.*

⁹⁸ *Jesuita Rebelde*, p. 76-78.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 85-87; Manuel Acevez, *op. cit.*, p. 18-19.

¹⁰⁰ “*Por Dios...*”, p. 13: “hoy, 3 de octubre de 1939, en la fiesta de Sta. Teresita del Niño Jesús, al cumplir seis años de vivir en Religión y cuatro de mis votos perpetuos, en los días en que curso tercer año de Filosofía, comienzo con el favor de Dios estas notas rememorativas”. Más adelante, en el colofón, p. 273, agrega: “Estas memorias fueron escritas hace 22 años. Se ha usado el original de entonces”.

¹⁰¹ *Vid Supra*, capítulo II.

él mismo o todos ellos consideraron en los años cuarenta y cincuenta que aún era prematuro y riesgoso dar a la luz tales memorias. Como sea, “*Por Dios y por la patria*” tiene una buena acogida¹⁰² y muy pronto es reeditada¹⁰³.

Todavía disfruta del éxito de su primer libro, cuando a los sesenta años sufre una grave crisis de salud. Un problema vascular le provoca primero amnesia y pulmonía y más tarde hemianopsia, una enfermedad que le reduce permanentemente gran parte del campo visual. Una tormenta de amargura lo sacude, pero él reencuentra su vocación. Llama a esta etapa “la encrucijada de Dios”¹⁰⁴. Medio ciego, en adelante dedica buena parte de su tiempo a impartir ejercicios espirituales, pero no abandona su trabajo literario.

En los siguientes cinco años, publica sus otros tres libros relativos al periodo 1926-1929, a través de Editorial Jus: *El voto de Chema Rodríguez* (1964), *En las Islas Marías* (1965) y *Los cristeros eran así...* (1968). En 1968 publica también un libro dedicado a su pueblo natal, con algunas memorias de su infancia. Se trata de *Etzatlán*¹⁰⁵, pero que ya sale en Ediciones Kérigma de Guadalajara. Completa su ciclo de libros de memorias con *Jesuita rebelde*, centrado en su vida dentro de la Compañía de Jesús a partir de 1933. Este libro sale a la luz en 1972 también con Kérigma.

En 1972, en el Instituto de Ciencias de Guadalajara imprime en mimeografo un opúsculo titulado *Lecciones de Historia de México*¹⁰⁶ que sirve como libro de texto de la materia que él imparte. Tengo igualmente noticia de otra obra más del jesuita cristero publicada en 1977 bajo el título de *Nociones sobre la teoría de la historia*¹⁰⁷. Finalmente, hacia 1981 concluye el manuscrito de un último libro: *Jesuitas de mi tiempo*. Se lo da a Manuel Acevez Araiza, S.J., para su publicación, pero éste ya nunca lo lleva a la imprenta¹⁰⁸.

¹⁰² *Jesuita Rebelde*, p. 94.

¹⁰³ Nunca he encontrado un ejemplar de la segunda edición, pero sí he visto en varias bibliotecas de la ciudad de México ejemplares de una tercera edición del año 1968. Por cierto, la primera edición fue de tres mil ejemplares.

¹⁰⁴ *Jesuita Rebelde*, capítulo XIX, p. 97-112.

¹⁰⁵ *Etzatlán*, s.p.i., 97 p. Por un comentario en su siguiente libro sabemos que esta obra fue publicada por Ediciones Kérigma.

¹⁰⁶ 1ª edición en mimeógrafo, Guadalajara, Instituto de Ciencias, 1972, 118 p.

¹⁰⁷ La mencionan Jean Meyer y Juan José Doñán en *Antología del Cuento Cristero*, p. 176. Desafortunadamente no la pudimos encontrar en la ciudad de México. Como no tengo más datos sobre su edición, no lo apunto en la bibliografía final.

¹⁰⁸ Manuel Acevez, *op. cit.*, p. 17.

Heriberto Navarrete Flores muere el sábado 22 de agosto de 1987 en el Asilo Alberione de Guadalajara, a los 84 años de edad. Al día siguiente es enterrado en el cementerio de Puente Grande, Jalisco¹⁰⁹.

III.2.- LA OBRA DE NAVARRETE Y LAS MEMORIAS DE LA CRISTIADA

Las de Heriberto Navarrete no fueron ni las primeras ni las últimas memorias de la Guerra Cristera en ser publicadas. De hecho, en cuanto a ciertos elementos formales como fecha de aparición, dimensiones, género y orientación temática general parecen encontrarse cerca del promedio.

Desde luego no hay forma de afirmar esto de manera tajante, puesto que el asunto de tales memorias como conjunto parahistoriográfico o aun meramente literario no está estudiado. Sin embargo, sobre la base de un recuento a vuelo de pájaro es posible hacer un primer mapa general del asunto.

Para empezar, del amplio grupo de los testimonios de la Guerra Cristera hay que tomar aquellos discursos grandes publicados como libros individuales¹¹⁰. Éstos forman un conjunto de más de una docena de títulos, quizá dos docenas, entre los que podemos distinguir tres grandes series o subconjuntos. En primer lugar están las memorias noveladas, donde el testimonio genuino origina todo el contenido de la novela o al menos una parte importante de él. Entre éstas podemos anotar *Rescoldo* de Antonio Estrada¹¹¹, que cuenta con pluma magistral la historia de su padre, Florencio Estada, durante la Segunda Guerra Cristera en Durango; *Entre las patas de los*

¹⁰⁹ Carlos Velasco, S.J., *op. cit.*

¹¹⁰ Los testimonios breves, incluidos aquellos que llegaron a las imprentas, son incontables. Ahí están, por ejemplo, los publicados en los periódicos cristeros *Peoesnada* y *David*. Estos periódicos, por cierto, recientemente fueron publicados como libros: Alicia Olivera De Bonfil y Víctor Manuel Ruiz Naufal, editores, *Peoesnada: periodico cristero Julio de 1927 a abril de 1929*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2005, 284 p. Y Aurelio Acevedo, editor, *David. Organó oficial de la legión de Cristo Rey*, 1ª Edición facsimilar, México, EPPESA, 2000, 8 v.

Jean Meyer también editó un libro con una interesante colección de testimonios cristeros. Se trata de *El Coraje Cristero. Testimonios*, prefacio y edición de Jean Meyer, México, Fondo Nacional para Actividades Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana, 1981, (Colección Cultura Universitaria, N° 4,) 160 p. (+ 24 p. de fotografías).

¹¹¹ *Op. cit.*

caballos de Luis Rivero del Val¹¹², que al parecer sigue los diarios de acejotaemeros que se lanzan a la guerrilla al sur de la ciudad de México, y *La sangre llegó hasta el río* de Luis Sandoval Godoy¹¹³, basada en la autobiografía de la cristera zacatecana Jovita Valdovinos. Todas ellas son por su presentación genérica hermanas de *El voto de Chema Rodríguez* y han sido comentadas con cierta amplitud por la crítica literaria que se ha ocupado de la novela de la Guerra Cristera.

El segundo grupo corresponde a las memorias de testigos no combatientes. La lista es encabezada por una obra de renombre, *Los cristeros del Volcán de Colima*¹¹⁴, sobre cuya complicada historia editorial vale la pena hacer algunos comentarios. Fue escrita a meses de distancia de los Arreglos; el prólogo tiene fecha del 12 de diciembre de 1930, pero salió a la luz por vez primera en Italia en 1933 ó 1934 bajo el título *Fede di popolo, fiore di eroi*, traducida por el jesuita Giulio Monetti¹¹⁵. La primera edición en español fue de 1942 y tuvo una segunda edición con Jus en 1961¹¹⁶. El autor es *Spectator*, seudónimo apropiado del padre Enrique de Jesús Ochoa, capellán castrense de los cristeros del volcán y hermano del jefe cristero de Colima Dionisio Ochoa¹¹⁷. Evidentemente tantas precauciones al momento de publicar estas memorias indican grandes riesgos o cuando menos grandes miedos. Y esto a su vez sirve también para entender por qué Heriberto Navarrete y la Compañía de Jesús esperaron tanto tiempo para lanzar la primera edición de “*Por Dios y por la patria*”.

Junto a *Los cristeros del Volcán de Colima* hay otras varias obras como las *Reminiscencias de la Persecución Religiosa en Calvillo, Aguascalientes, 1926-1929*, del pacífico Emigdio Urrutia Carrera¹¹⁸, o *Prisionero de callistas y*

¹¹² Luis, Rivero del Val, *Entre las patas de los caballos (Diario de un Cristero)*, México, Editorial Jus, 1953, 301 p.

¹¹³ Luis Sandoval Godoy, *La sangre llegó hasta el río*, Guadalajara, Edigonvill, 1990, 155 p.

¹¹⁴ *Spectator*, *Op. cit.*

¹¹⁵ El prólogo del Padre Monetti a la edición italiana aparece en la edición en español citada y tiene fecha de la fiesta de San José (19 de marzo) de 1933, *Op. cit.*, p. 6. Jean Meyer, sin embargo, la ubica en 1934, en *La Cristiada*, *op. cit.*, tomo I, p. 396.

¹¹⁶ Es en esa segunda edición en español, publicada en dos volúmenes, donde se menciona que la primera apareció en 1942 (p. 6). Jean Meyer confirma este dato en *op. cit.*, t. I, p. 396.

¹¹⁷ *Ibid.*; Alberto Valenzuela Rodarte, *Historia de la literatura en México*, p. 531.

¹¹⁸ El libro apareció bajo el nombre del hijo del autor, quien se encargó de la transcripción de las memorias: Gonzalo Urrutia Figueroa, *Reminiscencias de la Persecución Religiosa en Calvillo, Aguascalientes, 1926-1929*, s.l., Instituto Cultural de Aguascalientes, Programa de Apoyo a las Culturas

cristeros del jesuita Andrés Lara, quien efectivamente siendo sacerdote es apresado primero en Chihuahua por el general federal Eulogio Ortiz y cuando éste lo envía de emisario ante los *cristeros* colimenses, los rebeldes no le creen y lo mantienen preso por semanas¹¹⁹. La lista se podría prolongar en la medida en que incluimos otras memorias que tienen que ver con episodios no tanto de la Guerra Cristera, sino más bien de la Persecución Religiosa. Un ejemplo de este tipo sería *El indio Gabriel*, donde el autor nos presenta un relato—tan breve como sobrecogedor—sobre como el gobernador de Tabasco, Tomás Garrido Canabal, hostiga y persigue a su hermano, un católico laico, hasta que finalmente lo ejecuta en Chiapas en octubre de 1930¹²⁰.

Finalmente está el tercer grupo de grandes testimonios sobre la Guerra Cristera: el de las memorias de combatientes. Además de tres de los cuatro libros principales de Heriberto Navarrete¹²¹, destacan aquí por lo menos otros seis libros que menciono en seguida por orden de aparición. En 1957, se imprimen las *Memorias de Jesús Degollado Guízar, último general en jefe del Ejército Cristero*, quien fue el jefe de los *cristeros* del sur de Jalisco antes de suceder en junio de 1929 a Enrique Gorostieta en el mando absoluto de la rebelión¹²². A su vez, el sucesor de Degollado en la División del Sur de Jalisco, José G. Gutiérrez Gutiérrez, publica en Guadalajara sus memorias en tres tomos bajo el título *Mis recuerdos de la gesta cristera* a lo largo de la década de los setenta¹²³. En esos mismos años, José Guízar Ocegüera, de quien con tal apellido casi no hace falta decir que es oriundo de Cotija, Michoacán, escribe *Episodios de la guerra cristera*¹²⁴. Luego, en 1990 Jean Meyer se encarga de organizar y publicar *Testimonio cristero*, que son las memorias de

Municipales y Comunitarias, s.f., 110 p. Un texto introductorio de Víctor M. Solís Medina lleva fecha de abril del 2000.

¹¹⁹ J. Andrés Lara, S.J., *Prisionero de callistas y cristeros*, prólogo de Manuel Ocampo, S.J., México, Jus, 1954, 117 p.

¹²⁰ Severo García, *El indio Gabriel (la matanza de San Carlos)*, prólogo de Luis Islas García, México, Editorial Jus, 1957, (Colección Figuras y episodios de la historia de México, N° 45,) 61 p.

¹²¹ “Por Dios...”, *En las Islas... y Los cristeros...*

¹²² *Op. cit.*

¹²³ Primera parte, [Talleres Linotipográficos—J. Trinidad Elizondo G.], 1972, 137 p.; Segunda parte, [Editorial DELI], 1975, 197 p.; Tercera parte, [Impresiones Comerciales], 1976, 165 p. La primera parte tuvo en 1975 una “segunda edición mejorada”: [Impresiones Comerciales], 137 p.

¹²⁴ José Guízar Ocegüera, *Episodios de la guerra cristera y... [recuerdos de un combatiente]*, prólogo de Carlos Alvear Acevedo, México, B. Costa-Amic, 1976, 174 p. Esta obra tuvo una segunda edición en 1979 y otra tercera en 1983.

Ezequiel Mendoza, líder cristero del suroeste de Michoacán¹²⁵. Ese mismo año, según el testimonio del historiador Agustín Vaca, aparece *Una historia viviente*, que es la autobiografía de Jovita Valdovinos, la guerrillera cristera de Jalpa, Zacatecas¹²⁶. Finalmente, la serie concluye con *Mi contribución a la epopeya cristera*, las memorias del general jalisciense Carlos Blanco Ribera publicadas apenas en 2002¹²⁷. Joaquina Margarita Blanco Rueda, hija del autor y quien tuvo a su cargo la publicación, aclara que su padre había escrito estas memorias a principios de 1960, pero que decidió no llevarlas a la imprenta para “dejar que el tiempo pusiera las cosas en su debida perspectiva, y diera su debido valor a los hechos”¹²⁸. Hay que notar que esta obra casi no aborda los hechos de armas, sino más bien el activismo previo a la Guerra Cristera.

Sé que esta división dentro del conjunto de los grandes testimonios de la Guerra Cristera puede ser controversial; y no insistiré en hacerla definitiva. Pero por ahora, y dado que nadie más ha intentado hacer una taxonomía de este conjunto, la uso para entender el sitio de las obras de Heriberto Navarrete.

En general, los libros de memorias de la Guerra Cristera se publican entre 1933 y 2002; o sea, que los cuatro libros principales de Navarrete, publicados entre 1961 y 1968, se localizan justo a la mitad del periodo. Si sólo nos atenemos a las memorias de combatientes, los años de publicación son 1957 a 2002; es decir, que las de Navarrete están entre las primeras. ¿Hay que decir que su publicación en los años sesenta animó a otros veteranos a escribir y publicar las suyas? Es posible, puesto que José G. Gutiérrez y José Guízar Ocegüera hicieron lo propio en la década siguiente. Pero no es una verdad contundente.

Por otra parte, hay grandes testimonios de muy distintos rumbos del ámbito geográfico de la Guerra Cristera, pero las memorias de combatientes se centran en Michoacán y Jalisco. También podemos ver que los autores

¹²⁵ Ezequiel Mendoza Barragán, *Testimonio Cristero. Memorias del autor*, presentación de Jean Meyer, prólogo de Juan Landerreche Obregón, México, Jus, 1990, 427 p. Hubo una segunda edición en 1992. En 2001, Jean Meyer editó otra obra del mismo autor: *Confesiones de un cristero*, prólogo de Jean Meyer, México, Breve Fondo Editorial, 2001, 182 p., que también son memorias, pero ya no corresponden a la Guerra Cristera, sino a las décadas posteriores.

¹²⁶ Vaca menciona esto en *Los silencios de la historia: las cristeras*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 1998, p. 91-92. Del libro de Jovita Valdovinos apunta que fue edición de la propia autora en la misma Jalpa y que incluso tuvo una segunda edición con el nuevo título de *Jovita Valdovinos. Una historia viviente* en 1995. No nos ha sido posible ver la obra en ninguna de sus ediciones.

¹²⁷ *Op. cit.*

¹²⁸ *Ibid.*, p. 7.

combatientes son jefes u oficiales: Degollado, Gutiérrez y Blanco alcanzaron el grado de general; Mendoza y Guízar, el de coronel, y Navarrete, por lo menos el de mayor. Aunque, claro, hay que reconocer que esta observación es bastante ociosa; ni entonces ni ahora han abundado los letrados entre la tropa (rebelde o gobiernista...).

Pero en estos grandes elementos formales de los testimonios, sí hay dos cosas en las que Heriberto Navarrete sobresale. La primera es la envergadura de su obra. Las cuatro obras principales de Navarrete suman casi 600 páginas¹²⁹, bastante más que las de sus competidores más cercanos. Los tres tomos de los recuerdos de José G. Gutiérrez alcanzan un total de 500¹³⁰; *Los cristeros del Volcán de Colima* tiene 376 y el libro de Carlos Blanco, 347. Desde luego no es válido comparar páginas, puesto que los elementos de diseño (tipo y tamaño de la tipografía, dimensiones de las hojas, interlineado, etcétera) pueden ser mucho más importantes al momento de medir el tamaño de un texto, sin embargo, esta comparación sí me permite afirmar al menos que Heriberto Navarrete es uno de los autores de memorias de la Guerra Cristera más prolíficos, si no el que más.

La segunda cosa en la que destaca Navarrete es en el manejo de diversos géneros o tipos de abordajes temáticos. Navarrete no sólo escribe mucho, sino en formas variadas. *“Por Dios y por la patria”* son memorias de amplio espectro: abarca unos diez años de su vida. *En las Islas Marias*, en cambio, es una narración particular sobre una experiencia de cuatro o cinco meses. *Los cristeros eran así...* podemos llamarlo anecdótico; consta de una colección de retratos e incidentes aislados, pero que comparten su común origen en la Cristiada. Y *El voto de Chema Rodríguez*, aunque inspirado parcial o totalmente en hechos reales, es un relato con forma de novela. Entre los veteranos de la Guerra Cristera que fueron autores de libros no hay quien se compare en esta versatilidad literaria con el jesuita.

¹²⁹ 593, para ser exactos, sin contar ilustraciones.

¹³⁰ Exactamente 499 las registradas con números arábigos y otras 30, aproximadamente con números romanos.

IV.- SIETE LIBROS :

RESEÑAS Y COMENTARIOS

Presento aquí revisiones de siete de los ocho libros publicados del autor (todos ellos son primeras ediciones). En el caso de los primeros cuatro—“*Por Dios y por la patria*”, *El voto de Chema Rodríguez*, *En las Islas Marías* y *Los cristeros eran así...*—se trata de reseñas, porque tales revisiones hacen un análisis completo de cada uno de ellos. Son o pretenden ser, además, textos autónomos que resulten útiles al lector interesado en darse una primera idea sobre el valor y contenido de tales libros.

En los últimos tres libros—*Etzatlán*, *Jesuita Rebelde* y *Lecciones de Historia de México*—, los asuntos de la Persecución Religiosa, la Guerra Cristera y aun las primeras obras del autor apenas aparecen como tópicos secundarios. Por esa razón, las revisiones de estos libros no son generales, sino más bien comentarios y resúmenes breves sobre lo que abordan con respecto a tales temas.

III.1.- EN ARMAS POR DIOS Y POR LA PATRIA

“*Por Dios y por la patria*” es justo lo que se anuncia en el subtítulo, es decir, las memorias de Heriberto Navarrete sobre su participación en la defensa de la libertad de conciencia y culto, pero no sólo durante el trienio señalado, es decir, 1926 a 1929, sino durante casi toda la tercera década del siglo XX. Y como Heriberto Navarrete tuvo altos puestos, primero en las organizaciones civiles de católicos jaliscienses y, más tarde, en el ejército cristero, estas memorias son de gran valor histórico.

Más allá de los propósitos explícitos de escribir estas memorias por “orden expresa” del Padre Rafael Ramírez, su Superior en la Compañía de Jesús, y de que “sea dicha la verdad sobre acontecimientos que indudablemente jugaron papel importante en los destinos” de México, según lo asienta en la Noticia Preliminar (P. 11-12)¹³¹, el autor tiene como intención subyacente dar al lector las razones de la lucha armada cristera y describirla. Afirma el carácter heroico del levantamiento en la medida en que no fue obligatorio para todos los católicos. Como motivos históricos da cuenta del

¹³¹ Para reducir el número de llamados a notas a pie de página, he preferido en este capítulo incorporar las referencias a las páginas de los libros dentro del texto principal.

creciente hostigamiento gubernamental contra la Iglesia y desde el punto de vista ético señala que fue una opción lícita y viable impulsada por la LNDLR. En un segundo plano, no obstante, el autor también se sumerge en el debate sobre las posibilidades reales—que no ve especialmente claras—de una victoria militar de los sublevados.

Por supuesto, estos alegatos moldean la idiosincrasia del libro; sin embargo, sus páginas están dedicadas sobre todo a narrar las experiencias del autor. Y es ahí, en el recuento apasionado de la rebelión y en sus múltiples y vívidas descripciones de figuras y situaciones, más que en la argumentación formal, donde se localiza la principal riqueza de la obra.

El libro tiene dos partes dedicadas cada una a una etapa de la lucha. La primera abarca aproximadamente un tercio de las páginas y se ocupa de los primeros años del activismo del autor hasta 1925 (capítulos I al XIII). Comienza en un momento indeterminado de la segunda década del siglo en que su madre lo lleva de visita a la cárcel en Guadalajara para conocer a un hombre notable: Anacleto González Flores, fundador y líder de la ACJM. Luego describe el modo en que el maestro Anacleto lo convence de ingresar a dicha organización; y ya como militante “acejotaemero”, sus primeras experiencias de lucha cívica contra la persecución religiosa en Guadalajara: los enfrentamientos con el gobernador anticatólico José Guadalupe Zuno y los sindicatos gobiernistas, las manifestaciones de apoyo al seminario y al arzobispo Francisco Orozco y Jiménez, el proselitismo casa por casa y otras aventuras que todavía en los primeros años de la década de los veinte no suelen teñirse de sangre.

Al paso de los años, en tanto que la persecución se agrava, la militancia de Heriberto Navarrete se vuelve más intensa. De la ACJM pasa a la UP, un organismo cupular creado también por Anacleto González Flores que, como ya dije, articula a diversos grupos locales de católicos laicos en la lucha contra las políticas antirreligiosas del gobierno del presidente Plutarco Elías Calles. En 1926, Navarrete se convierte en Secretario General de la UP en Jalisco. El proselitismo se vuelve más amplio y ahora es pueblo por pueblo en diversos rumbos del estado. La UP edita el semanario *Gladium*, que por momentos se convierte en una de las mayores publicaciones periódicas del país (con un

tiraje de cien mil ejemplares). Con algunas reflexiones sobre los propósitos y alcances de la UP concluye la primera parte de la obra.

La segunda parte abarca 24 capítulos más entre las páginas 95 y 270. Inicia con el surgimiento de la LNDLR, una organización semejante a la UP, pero de escala nacional. Es ahí donde Navarrete agrega comentarios sobre la decisión de lanzarse a la rebelión: “fuimos a la montaña... convencidos de que era un medio lícito de defensa” (p. 101). Pero esta parte no inicia en realidad con la guerra. Primero pasa revista a los antecedentes más inmediatos que tuvieron lugar en Jalisco: la suspensión del culto público a partir del 1° de agosto de 1926, la trifulca en el Santuario de Guadalupe de Guadalajara, las primeras defensas de los templos, el boicoteo económico y finalmente la asamblea de jefes en diciembre del mismo año donde la UP decide seguir los lineamientos de la LNDLR y unirse a la rebelión.

Heriberto Navarrete, no obstante, queda inicialmente al margen de la violencia porque se le encomiendan tareas de enlace con las tropas rebeldes del suroeste de Jalisco y con la LNDLR en la ciudad de México. Ahí, en la primavera de 1927 es aprehendido por la policía y junto con otros activistas católicos es enviado a la colonia penal de las Islas Marías. El encierro insular dura un par de meses. De vuelta a la ciudad de México conoce al admirado Padre Miguel Agustín Pro. Luego recibe una invitación de Enrique Gorostieta, el nuevo general de los cristeros, para enrolarse. Sin pensarlo dos veces se incorpora con Lauro Rocha, uno de los líderes de los cristeros de Los Altos de Jalisco y ahí sí, ya en la página 145, recibe su bautismo de fuego. Muy pronto Gorostieta le otorga el grado de mayor y lo nombra su ayudante. Una porción importante de estas páginas se ocupa de los líderes cristeros de los Altos, sus relaciones y conflictos. Victoriano Ramírez, El Catorce, que fue quizá el cristero alteño más famoso, se lleva varios capítulos (p. 183-212) y Navarrete cuenta que los propios cristeros se encargaron de ejecutarlo debido a su insubordinación. La versión es muy polémica y ha levantado serias dudas de varios historiadores¹³². Luego viene el turbulento primer semestre de 1929, cuando los Cristeros logran sus principales victorias—como la de Tepatlán contra los agraristas de Saturnino Cedillo—, pero sufren la muerte de varios de

¹³² Abundamos en la discusión de este punto en V.3, “El asunto de El Catorce, ¿Memorias mentirosas?”.

sus principales líderes, como el Padre Reyes Vega, y Gorostieta, además de El Catorce.

Finalmente los rumores de los arreglos entre la Iglesia y el gobierno hacen que su nuevo superior, el padre Aristeo Pedroza lo envíe a la ciudad de México para recibir instrucciones de la Liga. Ahí efectivamente confirma la noticia y con ella viene el fin de la guerra. El general gobiernista Andrés Figueroa, Jefe de Operaciones Militares en Jalisco le advierte a Navarrete que deje el estado para evitar venganzas tras el licenciamiento y él prudentemente sigue su consejo. Algunas últimas reflexiones sobre la conveniencia de pactar con el gobierno y poner fin a la lucha armada acompañan los capítulos finales.

El texto central cuenta, además, con la ya mencionada Noticia Preliminar que es una suerte de introducción planteada en forma casi de cuestionario (como el catecismo del Padre Ripalda): *Qué voy a escribir, por qué voy a escribir, para qué voy a escribir*, etc. Ahí explica que escribe las memorias en 1939, justo a los seis años de haber ingresado a la Compañía de Jesús. Y al cierre del libro aparecen una Invocación Final—con una oración dedicada a Anacleto González Flores—y un Colofón donde reitera lo anunciado en la Noticia Preliminar: las memorias fueron escritas 22 años atrás pero al momento de su publicación “se ha usado el original de entonces” (p. 273). Repartidas a lo largo de las páginas del libro hay varias láminas con 35 espléndidas fotografías de personajes de estas memorias.

Tomado como un texto historiográfico, se trata de una obra bastante simple. El autor sólo recurre a sus recuerdos y no ofrece más: “No dispongo de documentos algunos para confrontar fechas ni rehacer con perfección episodios. Lo que mi medida capacidad de memoria me dicte, escribiré. Mucho tiene que dictarme.” (p. 13-14). El relato es plenamente lineal y la discusión de ideas, cuando aparece, es de gran sencillez. Heriberto Navarrete deja en claro que sus acciones, como las de los demás activistas y cristeros, fueron una aventura heroica. El carácter ético es el que resuelve la serie de sucesos. Y sí, aunque hay una intención épica de fondo, resulta bastante sutil en el tratamiento, porque la prosa del autor es muy fluida, poco pretenciosa y con frecuentes toques de humor.

La carencia de una investigación aledaña sumada a la versión controversial que da el autor sobre la muerte de El Catorce pueden sembrar

dudas en el lector respecto al valor historiográfico y la credibilidad general de esta obra. Ciertamente, pueden hallarse narraciones más precisas sobre el desarrollo de la Cristiada en otros libros. No obstante, como ya lo advertimos antes, el peso de *Por Dios y por la Patria* reside fundamentalmente en el color intenso y el gran vigor con que Heriberto Navarrete nos presenta actitudes, situaciones, personajes y dilemas de los años de la Persecución Religiosa y la lucha cristera de 1926 a 1929. Por ello y por su extensa visión es que merece ser considerada como una de las obras señeras de la bibliografía de estos periodos.

III.2.- PROMESA DE UN CRISTERO

El voto de Chema Rodríguez también presenta lo que indica en el subtítulo: el relato de la participación del protagonista, Chema Rodríguez, un ranchero de los Altos de Jalisco, en la rebelión cristera. Luego de que la tropa federal mata a sangre fría a su padre, el personaje jura vengarlo quitándole la vida a 50 soldados callistas—de ahí el “voto” del título—y se une a los sublevados.

Hay aquí una ambigüedad fundamental con el término *relato*, porque no se distingue claramente su trasfondo real; digamos, su contenido de verdad. El autor afirma en la Introducción: “el relato consignado en este libro es totalmente histórico”. Y agrega que es “una de tantas aventuras que recuerdo de la campaña cristera” (p. 7). Pero en seguida aclara que pudo haber cambiado nombres de personas “que en el relato son segundas figuras”, fechas, lugares y otros datos. Tal aviso, junto a una estructura un tanto enredada y a un persistente estilo melodramático, vuelve indistinguibles los límites entre los hechos reales y la ficción.

Los sucesos narrados en la obra ocurren en los Altos de Jalisco y son los siguientes. Por ser hijo único y para ayudar a su padre que recientemente ha enviudado, Chema no se ha unido a los cristeros, aunque simpatiza con su causa. En octubre de 1927 se corre la voz de que habrá misa en el cercano Cerro Chico (junto al Cerro Gordo) para celebrar la fiesta de Cristo Rey. Chema no asiste, porque ese día debe buscar en los bosques del Cerro Gordo una

lanza para su arado; pero sí lo hace su padre, José María. La misa, a la que asisten cristeros y pacíficos¹³³, termina con un alegre convivio que se ve interrumpido por la llegada repentina de las tropas gobiernistas y el llamado combate de San Francisco de Asís. Cuando don José María regresa a su humilde rancho, lo encuentra ocupado por soldados federales que de inmediato lo hostigan. Él admite haber estado en la misa, pero aclara que es pacífico. Los soldados de cualquier modo lo golpean y terminan por asesinarlo de un tiro en la cabeza. Por la noche, Chema regresa y encuentra el sangriento escenario. Como puede vela él solo a su padre y al día siguiente, ayudado por los vecinos, le da sepultura. Poco a poco deja atrás la confusión inicial para abrazar un intenso deseo de venganza. Desentierra la pistola 38 especial que su padre había escondido junto con 50 balas y frente a la tumba recién cerrada pronuncia su voto: “Padre, cada uno de los cartuchos de esta carrillera será una vida segada en las filas de ese odioso ejército que oprime al país y que te quitó la vida”. (p. 67)

Tan pronto como deja su solar para unirse al ejército cristero, oye las primeras advertencias de que el desquite no debe animarlo en la guerra. “No es ese el espíritu” (sic), le advierte el padre Casas, que atiende la ranchería y que un par de días antes había oficiado la misa de Cristo Rey. Sin el menor remordimiento se da de alta en la partida de Chon Ibarra, capitán bajo las órdenes del legendario Victoriano Ramírez, El Catorce. Poco a poco va cumpliendo su voto: la 38 especial la usa sólo para ajusticiar enemigos. Con frecuencia pide permiso a sus superiores para encargarse de ejecutar a los federales cautivos que son condenados a muerte, a quienes despacha fríamente con un tiro en la nuca. Y en una ocasión llega incluso a matar a un sargento callista sin esperar a que lo juzguen, porque se había dado cuenta de que fue uno de los que golpearon a su padre antes de asesinarlo.

Chema lleva ya 13 ajusticiados cuando sufre una grave herida en batalla. Mientras se debate entre la vida y la muerte, se horroriza de sus crímenes. La oportuna visita del padre Casas lo impulsa a aceptar finalmente el arrepentimiento. Termina su convalecencia en Guadalajara, donde luego participa en un intento de extorsión a un rico. En tal evento mata a otro oficial

¹³³ Los “pacíficos” era la gente que no participaba con las armas en la sublevación cristera, como el personaje y su padre.

federal, lo cual lo vuelve a sumir en el remordimiento y en una nueva crisis ética. Vuelve a los Altos y tras otros hechos de armas captura a un teniente que resulta ser el asesino de su padre. Chema acaricia su 38 y está a punto de pegarle un tiro, pero recapacita y decide perdonarlo.

El relato termina con el amargo fin de la guerra. Chema vuelve a su rancho, se casa con su novia Mariana y en la fiesta de Cristo Rey de 1937 su hijo, que también se llama José María, hace su primera comunión. En esa ocasión, Chema aprovecha para contarle al niño la historia de su voto; le regala la pistola 38 con los 36 cartuchos restantes y le dice: “Conserva esa arma como un símbolo. Hace ocho años que yo perdoné al asesino de tu abuelo. Ojalá que no tengas que usarla nunca.” (p. 115).

¿De dónde viene este relato? Difícil decirlo. No se puede aceptar que sea “totalmente histórico” como alega Navarrete. Ni siquiera concediendo que nombres, fechas y lugares están modificados. El problema yace en la trama, que es demasiado coherente: el tema de la venganza y el perdón se resuelven con tanta corrección que uno sospecha de inmediato de un afán didáctico en el autor. A primera vista, parece más admisible que Heriberto Navarrete tomó anécdotas, estampas y situaciones y las hilvanó en esta narración de corte novelesco. Y bien puede ser que todas ellas sean recuerdos suyos o relatos que él oyó y que da por ciertos; pero que son verídicas por separado. Un elemento apoya esta hipótesis: el episodio del intento de extorsión en Guadalajara. Casi textualmente este episodio lo repite Navarrete en otra obra posterior, *Los cristeros eran así*, sólo que allá se lo adjudica a otro cristero, Barbarito Serrano¹³⁴, y allá viene más a cuento, puesto que forma parte de una serie de anécdotas y retratos curiosos y aislados. Como que aquí Navarrete ajustó la trama para poder darse el gusto de contar la escena—a la vez espeluznante y cómica—de una muerte violenta.

No hay gran complejidad en los mensajes de fondo de este libro. El relato es una lección de perdón. Y dicha lección se fundamenta en una visión más general: la rebelión cristera fue un movimiento justo, legítimo y libertario. En una palabra, cristiano. Y de hecho, por este carácter de la rebelión es que el voto de Chema Rodríguez resulta disonante. Pero, atención, si bien el tema del

¹³⁴ *Los cristeros...*, p. 32-38. Ver también reseña de esta obra en páginas siguientes.

perdón guía la narración, no resulta demasiado oneroso. Está presente y es claramente distinguible, pero hasta ahí. Lo mismo ocurre con el pensamiento de fondo. A veces sus afirmaciones pueden ser tajantes, como cuando dice que “en la conciencia de todos estaba que aquella guerra era una guerra de liberación” (p. 20). Sin embargo, como en otras obras del mismo autor, este tipo de aclaraciones son más una excepción que una regla.

Si hay que buscar un elemento definitorio de esta obra, éste es más bien su forma de novela. Heriberto Navarrete quiso dejarnos aquí una narración larga que nace de una estructura planificada, con muchos detalles decorativos, un lenguaje artístico y una moraleja inconfundible; es decir, una obra de pretensiones literarias. Pero tristemente, aquí estas pretensiones corren con poca fortuna. Para empezar, la arquitectura del libro es complicada sin necesidad. Los 15 capítulos del libro hacen saltos en retrospectiva, de modo que en el tiempo del relato, el capítulo III es anterior al II, y éste a su vez es anterior al I. Luego todo regresa a la normalidad. También, el cambio en la voz del narrador de la primera a la tercera persona resulta un tanto superfluo¹³⁵; confunde más de lo que ayuda. El planteamiento de la situación de Chema—o sea, como llega a hacer su voto—se lleva dos tercios del libro, y el tercio restante queda para lo que uno pensaría que es lo más relevante: su conflicto interior, la ejecución de su venganza, su arrepentimiento y el desenlace. El texto abunda en adjetivos y descripciones que buscan acentuar el lado emotivo de la historia, pero que también salen sobrando.

Navarrete hizo aquí algo único en su obra. Dejó atrás el discurso sobrio de sus otros textos de tema cristero, para incursionar en la literatura. El resultado es relativamente pobre, sobre todo en cuanto a las aportaciones historiográficas. Realidad y ficción se entremezclan y se desdibujan, de modo que lo rescatable son finalmente ambientes, colores, segundos planos y situaciones generales, más que contornos inmediatos.

¹³⁵ Volveremos sobre este asunto en el apartado 4.A del capítulo siguiente.

III.3.- PRESO EN LAS ISLAS MARÍAS

En las Islas Marías es un libro de memorias, pero centradas en los cuatro meses de 1927 que el autor vivió prisionero, primero en la Inspección de Policía de la Ciudad de México y después en la Colonia Penal de las Islas Marías. Navarrete se mantiene en la línea temática y narrativa de su primera obra, *“Por Dios y por la patria”*, pero aquí detalla en gran escala este episodio de cautiverio que antes apenas había mencionado escuetamente¹³⁶. Su valor testimonial y anecdótico es enorme.

De manera implícita, en la Introducción (p. 6) Navarrete plantea este libro como ampliación de aquél, de modo que sigue enarbolando aquí el propósito de contar su verdad y expresar las razones de la lucha de los católicos contra el gobierno de Plutarco Elías Calles. No hay contradicción con los motivos planteados anteriormente: la rebelión armada era una opción perfectamente legítima en aquellos años. Y ciertamente, el haber apoyado esta opción es lo que llevó al autor a la cárcel y dio pie al tema de estas páginas.

La obra consta de doce capítulos. Desde la Introducción Navarrete explica que tan pronto como la UP—organización católica militante de la que él era Secretario General—acepta el decreto de la LNDLR de levantarse en armas, se entrega a la tarea de “provocar sublevaciones y organizar el aprovisionamiento de la incipiente fuerza militar” rebelde (p. 6). El primer capítulo está dedicado a sus actividades en la compra y distribución de municiones y el segundo narra cómo la policía secreta lo aprehende el 2 de abril de 1927 en la ciudad de México, mientras en Guadalajara la misma corporación da muerte a Anacleto González Flores (el líder de la UP).

Las siguientes páginas hasta más allá de la mitad del libro se ocupan de los dos meses que pasa Navarrete en los sótanos de la Inspección de Policía, abajo precisamente de las oficinas del General Roberto Cruz (el Inspector General de la Policía). Docenas de incidentes se presentan aquí, unos chuscos, otros siniestros; algunos de gran valía como testimonios de la historia de la Persecución Religiosa, otros inestimables para la historia de la policía y las cárceles mexicanas. En uno de sus primeros días comparte celda con José

¹³⁶ *“Por Dios...”*, p. 134 y 135.

de Jesús Manríquez y Zárate, obispo de Huejutla, quien pasa la noche en la cárcel antes de ser expulsado a Estados Unidos (otros obispos también son aprehendidos en esa misma ocasión, pero pasan la noche en “salas de considerados”¹³⁷). Otro día llega Salvador Álvarez Patrón, joven activista católico amigo del autor, quien imprudentemente había dado la información que llevó a la captura de Navarrete y al asesinato de Anacleto González Flores (el capítulo III, p. 30-37 narra este episodio). No faltan personajes casi novelescos que pertenecen a los “bajos fondos”. Navarrete expone el caso de Perugino Vincenzo, un astuto asesino italiano que está a la espera de su extradición a Europa y en el ínterin planea una fuga en la que lo involucra.

El autor confiesa: “hacía broma de todo para no irritarme o llorar” (p. 38-39); lo cierto es que por su carácter, sus afición a cantar o su juventud (tenía 24 años en esa época), logra volverse el prisionero de confianza de los carceleros y en algunos casos su gran amigo. Incluso uno de ellos, Álvaro Basáil (sic), trata de convencerlo ahí y más adelante de hacerse detective. “A mí me daba mucha risa su insistencia”, comenta, “pues cuando eso sucedía, yo estaba a punto de irme a Jalisco para incorporarme en las filas de los cristeros” (p. 24-25). Su cercanía a los carceleros le permite enterarse de historias escalofrantes, como la de dos criminales que por haber asesinado a un comandante de la Policía Montada son torturados y ejecutados extrajudicialmente dentro de la prisión. También le da oportunidad de hacerle un pequeño favor a otro obispo (de quien no dice el nombre; sólo indica que lo habían detenido en una ciudad del Istmo y que también iba camino al destierro). Como prisionero de nuevo ingreso, al obispo le tocaba hacer la limpieza de las letrinas; cuando Navarrete se entera de quien es le evita el inmundado trabajo.

Finalmente, a finales de mayo, cuando él y otros presos están a punto de seguir el plan de fuga de Vincenzo, salen deportados a las Islas Marías. El traslado y la estancia en las islas se lleva casi el resto del libro a partir de la página 54. Son 150 los presos de la “cuerda” y de ellos 13 son activistas católicos que habían estado prisioneros en la ciudad de México: Antonio

¹³⁷ Esto ocurrió a los pocos días de haber sido hecho prisionero Navarrete de modo que corresponde al destierro de los obispos decretado por el Presidente Calles tras el espectacular ataque cristero al tren en La Barca, Jalisco, del 19 de abril de 1927. Cfr. Jean Meyer, *La Cristiada*, t. I, p. 172-175 y David C. Bailey, *op. cit.*, p. 141-144.

Pompa y Pompa y su ya anciano padre, León Ávalos Vez (compañero de cárcel en la Inspección de Policía y futuro primer director del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey) y Salvador Álvarez, entre otros.

La narración sobre los dos meses que pasa Navarrete en la colonia penal mantiene el estilo descriptivo de la primera parte. Hay mención de situaciones tétricas como la muerte de algún preso en la “Cuadrilla Relámpago” (la rutina de trabajos de castigo) o el abandono de dos prófugos españoles en alta mar para que sean devorados por tiburones. Pero también se presentan episodios menos terribles—y hasta con cierto toque cómico—como cuando su compañero Salvador Álvarez se hiere a propósito para que lo exenten de trabajar (y no lo consigue) o cuando el general Barranco, gobernador del archipiélago, manda levantar de sus camas a los prisioneros católicos para que contemplen el espectáculo de las islas iluminado por la luz de la luna, que al militar le parecía “fantástico”. “Y así era”, agrega Navarrete, “pero nosotros habíamos trabajado todo el día y hubiéramos preferido mil veces el sueño y el descanso” (p. 70). Hay una espléndida descripción de personajes en el capítulo IX, “Habitantes del presidio” (p. 71-85), donde el autor pasa revista al general Barranco, a los prisioneros homosexuales (los “invertidos”), a los prisioneros católicos y a un ladrón de la ciudad de México conocido como “El Cura”, un “filósofo de la cleptomanía” cuyo retrato alcanza alturas de verdadera genialidad.

Intempestivamente a fines de julio de 1927, la Secretaría de Gobernación manda liberar a los activistas católicos (el autor no da comentarios sobre los motivos). El anuncio de su libertad, su vuelta a la ciudad de México y las fiestas con las que otros católicos agasajan a los trece ex reos en la capital se llevan los últimos tres capítulos de la obra (p. 86 a 93). Pero en realidad el relato termina en la discusión que tienen varios católicos jaliscienses miembros de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) sobre qué camino tomar en ese momento de mediados de 1927. Aunque la mayoría de ellos, como Antonio Gómez Robledo y Vicente Camberos Vizcaíno, optan por la vía pacífica, Navarrete y Salvador Torres González sin pensarlo mucho regresan a Jalisco y se incorporan a las filas cristeras en octubre de ese mismo año.

En su estructura, este libro es muy semejante a *“Por Dios y por la patria”*. Su base informativa son exclusivamente los recuerdos del autor. Acontecimientos y personajes están articulados en una clara línea cronológica (salvo el episodio de cómo la policía lo localizó a él y a Anacleto González Flores, que se cuenta en retrospectiva). Y el fundamento de fondo es simple: todos estos eventos de persecución, cárcel y maltrato son la respuesta del gobierno a la lucha justa y libertaria de los activistas católicos. Pero, ojo, acá Navarrete tampoco hace grandes visajes ni se extiende más allá de un par de renglones en plantear sus ideas; más bien las da por sentadas, se mueve en ellas como suponiendo que sus lectores también las entienden y las aceptan. Vuelve a ser muy sutil en cuanto a este mensaje profundo; incluso bastante más que en su primer libro. Y finalmente en lo que toca a estilo y arquitectónica es una obra con un planteamiento diáfano y un lenguaje sencillo, salpicado de muchos momentos jocosos.

Esta obra es subsidiaria de *“Por Dios y por la patria”*, a pesar de que los episodios narrados tienen su propio principio y fin y de que todo el relato se puede leer y entender sin aquélla. Y es que son la Persecución Religiosa y la Guerra Cristera, es decir, los temas que Navarrete ya había abordado ampliamente en aquel libro y que aquí no detalla, pero sí asume, los que proveen el marco de coherencia a dicho relato. Por eso y por sus reducidas dimensiones (un tercio de las páginas del primer libro) es que sus aportaciones historiográficas son más limitadas y están un tanto más desconectadas de la Guerra Cristera como tal. Sin embargo, esto se compensa con la intensidad y agilidad con que otra vez nos presenta personajes y situaciones de la época.

III.4.- ANECDOTARIO DE CRISTEROS

Los cristeros eran así... presenta una colección de pequeños textos con anécdotas y retratos de variados personajes, todos ellos vinculados a la rebelión cristera en Jalisco. Son en su mayoría memorias del autor, aunque algunos de los textos son relatos que él simplemente recoge y da por verdaderos. Suman estos textos algo menos de cien páginas efectivas, pero muchas de ellas son de las más ricas tanto en términos literarios como en

términos historiográficos que uno pueda encontrar jamás relativas al movimiento cristero.

La obra inicia con una explicación previa donde señala que tras la publicación de *“Por Dios y por la patria”* (siete años antes), muchos amigos le pidieron una relación más completa de la crisis de 1926 a 1929. Agrega que no se siente capaz de elaborar una historia completa de aquellos eventos, pero que aquí escribe sus testimonios.

Diez capítulos conforman este libro. Cada uno de ellos es totalmente independiente de los demás y, de hecho se puede leer en forma separada. El primero, “Ana María”, se refiere a las hermanas Carmona, Ana María y Josefina, del pueblo de San Esteban, en los Altos. Ana María es “madrina de guerra” y prácticamente novia de Heriberto Navarrete. Pero la protagonista de esta historia es Josefina, la mayor de las dos, que está tan perdidamente enamorada del general Gorostieta que le confiesa que se quiere ir con él. Por estar casado, el líder cristero la rechaza y entonces ocurre el hecho escandaloso: la hermosa muchacha se va con el jefe de la columna callista que al día siguiente pasa por San Esteban. La vergüenza se apodera de la familia Carmona y de muchos cristeros. Las mujeres alteñas se deshacen en reproches contra Josefina—“si tantas ganas tenía de hombre, siquiera se hubiera ido con uno de nuestro lado” (p. 14)—hasta que el General Gorostieta impone la calma y el silencio.

El capítulo II, “Media carta de amor”, cuenta cómo José Padilla, un joven cristero, está enamorado de Julia. Padilla le pide a su amigo Navarrete que utilice sus dotes de literato para escribirle una carta de amor a Julia. Van a la mitad de la carta cuando comienza una batalla. Al rato, un tercer amigo le da la mala noticia al autor: Padilla está muerto con una bala en la frente. “Es que ahí estaba su raya... y no la podía pasar” (p. 26). La carta, por supuesto, nunca se termina.

“La última voluntad del sentenciado”, el capítulo III, lleva bien puesto el título. Trata del teniente coronel Gabino Álvarez, que como otros muchos cristeros, es sorprendido mientras está de visita en su pueblo. Lo condenan a muerte. Su último deseo es un jarro de agua. Cuando se lo dan, se lo arroja en la cara al oficial callista. Lanza una blasfemia, da el grito cristero y cae fusilado.

El capítulo IV se refiere al personaje de su título: “Barbarito Serrano”, que “en su nombre llevaba la fama” (p. 32). Para ayudar a la causa cristera, los familiares del padre José Reyes Vega planean extorsionar a varios ricos de Guadalajara. Para ello recurren a Barbarito, un soldado que por ser alteño no despierta sospechas en la capital de Jalisco. La tarea encomendada es entrar a una casa y sacar a un rico a punta de pistola. El comando ejecuta su plan, pero cuando Barbarito entra a la casa del rico con el pretexto de usar el teléfono para una llamada de emergencia, el dueño sospecha y pide auxilio a un soldado que va pasando por ahí. El resto del comando huye. Barbarito toma su pistola y sin pensarlo dos veces mata al soldado. Le recoge la pistola al muerto y sale corriendo, de modo que va por la calle con una pistola 45 en cada mano. Por supuesto, toda la gente en la calle huye espantada al verlo. Y ahí es cuando Barbarito hace su comentario oportuno: “esos catrines de Guadalajara se asustan mucho” (p. 38). Es interesante que este episodio ya lo había relatado Heriberto Navarrete en *El Voto de Chema Rodríguez*¹³⁸. Ahí se lo había atribuido al protagonista de aquella historia.

El capítulo V cuenta como el teniente Lupe Martín del Regimiento San Julián estuvo a punto de ser fusilado, acusado de raptar a una muchacha alteña. Por la intervención de varios oficiales, entre ellos el propio autor, se hace una investigación y se averigua que en realidad Lupe y Mercedes habían celebrado su boda a la cristera: consentimiento mutuo frente a testigos. Por supuesto, Lupe Martín es liberado y sigue siendo un excelente oficial cristero.

El siguiente capítulo, “¡Aprenda a morir!” es verdaderamente escalofriante (p. 46-53). Cuenta Navarrete como en una batalla en el cañón de Jalpa (Jalisco), los gritos de dolor de un herido grave están haciendo bajar la moral de la tropa. Navarrete no logra callar al herido, hasta que lo encañona: “¡Cállate o disparo!”. Ganan la batalla, pero el agonizante está muerto. Navarrete se llena de remordimientos.

Un contraste interesante aparece en el capítulo VII, “Firpo”, que no trata de un cristero, sino que se refiere a un viejo compañero de la preparatoria de Navarrete. No recuerda su nombre, pero lo llaman *Firpo*, por su parecido con el boxeador argentino así apodado. Son enemigos cordiales, porque Firpo es

¹³⁸ En p. 98-107.

izquierdista. Una vez, incluso, se lían a golpes. Nunca más se hablan. Pero en plena guerra cristera, Navarrete se da una vuelta a Guadalajara y sin querer se topa con el personaje, quien ya es concejal del ayuntamiento. Navarrete piensa que lo va a delatar. Un amigo del autor corre a ver qué va a pasar, le pregunta al izquierdista y éste, sin negar la antigua rivalidad, lo tranquiliza: “Fuimos compañeros de escuela... esto crea una especie de hermandad” (p. 61).

El capítulo VIII, “Tipos alteños”, es ciertamente un mosaico de personajes a los que Navarrete describe con maestría. Está Jesús El Ciego (p. 62-70), su asistente, un rancharo contrahecho y codicioso que un día que lo ve a él guardarse diez mil pesos en monedas de oro, no se le despega en toda la batalla; “en un caso dado, yo era mano”, dice el asistente. Está el temerario capitán Jesús Márquez que muere en una balacera en Tepatitlán, luego de provocar, como es su costumbre, a los federales de la plaza. Y aparece también “La Mama”, un soldado especialmente malhablado, que “resultó un experto en el arte de tortear” (p. 78).

El penúltimo capítulo, “De incógnito”, narra la ocasión en que el autor acompaña al General Lauro Rocha a Atotonilco el Alto a comprar municiones y por poco se enfrentan a tiros con soldados federales. Lo curioso es que el vendedor de las municiones es un general callista. Por último, el capítulo X está dedicado a los “Cristeros en Teocaltiche” (p. 89-104). Navarrete dice que son en realidad relatos que le cuenta su amigo el coronel, también ex cristero, Manuel Ramírez Oliva. Se presentan aquí varios personajes. Uno es el cura Carranza, de Tlachichila, Zacatecas, quien se incorpora a las fuerzas cristeras en una rara expedición del General Gorostieta por el cañón de Calvillo y termina apresado y muerto a pedradas por los federales. Otros más son los soldados adolescentes, como Toñito, un chico de 15 años que quiere entrar a la Cristiada para vengar a su padre—cristero ejecutado por los federales. El oficial que lo atiende le dice que sin caballo, sin arma y sin permiso de su madre no puede darse de alta. Entonces Toñito regresa a la semana siguiente con los tres requisitos cubiertos. Es un excelente soldado y participa en varias victorias cristeras antes de morir en combate.

Los diez capítulos son memorias, pero recolectadas desde diferentes distancias de los eventos. En algunos casos, como en “Media carta de amor” o en “¡Aprenda a morirse!”, Navarrete es el protagonista de los sucesos. En otros

es un testigo presencial y muy cercano, como en “Ana María”. Y en otros más son memorias de terceras personas, relatos que Navarrete escuchó alguna vez y a los que sólo les presta su pluma; así, “Cristeros en Teocaltiche”, “Barbarito Serrano” y “La última voluntad del sentenciado”. En todos los casos son textos que en una primera lectura pueden admitirse como verídicos. Sólo “Barbarito Serrano” puede dejar cierta duda, porque como ya lo advertimos, aparece en un libro anterior de Navarrete atribuido a otro personaje; sin embargo, en la medida en que aquí no desentona, más bien las dudas estarían cargadas hacia *El Voto de Chema Rodríguez*. Es decir, parece que el episodio fue efectivamente protagonizado por Barbarito, pero en 1964 cuando trabajaba en la preparación de *El Voto...* le pareció adecuado a Navarrete incorporarlo en aquella otra narración novelesca.

Otros dos rasgos notables refuerzan la verosimilitud de todos estos relatos: los pormenores con los que el autor expone la psicología de los personajes y la imparcialidad con la que los describe. Uno tal vez esperaría que un buen cristero que escribe sobre otros buenos cristeros los cubriría de incontables elogios y largos recuentos de glorias y virtudes. Lo cierto es que aquí aparecen arrebatados por las pasiones, llenos de miedo y crueldad en la batalla, temerarios y blasfemos, aficionados a los licores, sucios, etc.; o sea, tan llenos de defectos como toda la gente que no combate por Cristo Rey. Y lo completo de los perfiles de estos personajes lleva naturalmente a pensar que fueron reales y los conoció el autor a cabalidad.

Lo anterior se articula perfectamente con la serenidad del autor en cuanto a sus planteamientos ideológicos. Como en sus tres libros previos, Navarrete plantea que la rebelión cristera fue una guerra de liberación plenamente justificada, pero el asunto no agobia ni al guerrillero ni al escritor: “Para el cristero no había ya problema de licitud. Ni pensaba nadie en él. Vivíamos nuestra aventura felices.” (p. 33) Aparte, las razones de la guerra están en un segundo plano. Cada anécdota se guía por su lógica interna, de acuerdo a las circunstancias del suceso, los demonios de los personajes y, a veces, una suerte de destino impersonal que se cierne en Los Altos.

Finalmente, hay que destacar el estilo de la obra. No se percibe una gran preocupación por encontrar expresiones artísticas o por explayarse en descripciones que apoyen el dramatismo de las escenas. Más bien, los relatos

fluyen escuetos, rápidos, desaliñados, sin rigidez. En ocasiones, surgen cambios temáticos un tanto bruscos para explicar asuntos que parecen indispensables, o bien hay demoras en algunos detalles de la historia. Pero es que Heriberto Navarrete está más interesado aquí en la fidelidad a las imágenes de su memoria, que en la calidad estética del texto. Y sin embargo, alcanza lo que no busca deliberadamente: una narración casi oral, llena de vitalidad, sabrosa, ágil y divertida.

Éste es, pues, un libro sin desperdicio. Al renunciar a las grandes alturas del arte y a las explicaciones profundas sobre la historia de la Guerra Cristera nos da uno de los mejores libros sobre los cristeros de Jalisco, lleno de detalles sobre su vida cotidiana y su mentalidad. Es, en resumidas cuentas, una obra excelente como mera literatura, e insoslayable para quien quiera acercarse a la historia de los defensores de la libertad religiosa.

III.5.- LOS CRISTEROS DE ETZATLÁN, JALISCO

Etzatlán rompe con la escuela establecida por Navarrete en sus cuatro obras anteriores. Ya no tiene a la Persecución Religiosa o a la Guerra Cristera como su tema principal. Es una historia de pueblo natal del autor (el del título) en el centro occidente del estado de Jalisco. El nombre de Navarrete no aparece en portadas. De todos modos sabemos bien que es suyo porque así está consignado en el Archivo Histórico de la Provincia de México de la Compañía de Jesús y porque buena parte de la información presentada en la obra (sobre todo a partir del capítulo XIII) se refiere a él, sus familiares y vivencias.

Tampoco aparecen nombre de la editorial ni fecha de edición. Sin embargo, sabemos que Heriberto Navarrete comenzó a trabajar en este libro—o probablemente lo escribió en su totalidad—en 1968, según lo menciona al inicio del mismo (p. 1-2). En cuanto a la editorial, se trata de Ediciones Kérigma, de Guadalajara, puesto que así lo consigna el propio autor en su siguiente obra¹³⁹.

¹³⁹ *Jesuita Rebelde*, p. 9. Vid. *Infra*.

Quizá más que una “historia” de Etzatlán, debemos llamarla “apuntes para una historia” de ese pueblo. Navarrete quiso escribir algunos recuerdos de su infancia en los primeros años del siglo XX, pero le agregó larguísimos antecedentes. El resultado final es disparajeo. Los primeros seis capítulos (hasta la p. 33) se refieren a la historia antigua de Etzatlán, básicamente a sus orígenes virreinales y a los inicios de la Evangelización. Los capítulos VII a XII (p. 34-60) se ocupan de algunos temas de la historia moderna del poblado, es decir, desde el siglo XIX hasta fines de la Persecución Religiosa. Y del capítulo XIII hasta el XIX (p. 61-90) son memorias relativas a su familia y su infancia. Al final hay dos textos adicionales, como apéndices; uno es “Los Franciscanos de mi tiempo” (p. 91-94) y el otro se llama “Obispos que nacieron en Etzatlán” (p. 95-97). Hay, además, varias láminas con buenas fotos de personajes, incluida una del propio Navarrete el día de su ordenación sacerdotal en Estados Unidos en 1945.

Es un *divertimento* de Navarrete y no hay por qué esperar más de él. El autor comenta que sólo pasó unos días en Etzatlán indagando un poco la historia del lugar. Las distintas fuentes que encontró—apuntes bien escritos de un habitante del lugar, la crónica de los franciscanos de la parroquia, las narraciones de un anciano, etc.—determinaron la estructura asimétrica de la obra. No es el propósito aquí explayarse en su contenido y forma. Baste decir que para el tema de la Guerra Cristera tiene un capítulo con algunos datos interesantes. Se trata del capítulo XII: “La Persecución Religiosa en Etzatlán” y está en las páginas 56 a 60. Para escribirlo, Navarrete dice que se documenta en el manuscrito titulado “Recopilación de Datos para la Historia Particular del pueblo de Etzatlán y su Comprensión” de Manuel Félix Ramos, originario y vecino de Etzatlán. Tal manuscrito le fue facilitado por familiares del señor Ramos.

Este capítulo inicia con el cese del culto público en julio de 1926. Todavía en octubre de ese año hay grandes peregrinaciones para celebrar la nueva fiesta litúrgica dedicada a Cristo Rey. En ese mes, varios rancheros de las haciendas cercanas hacen una peregrinación a Etzatlán. Las autoridades disuelven la peregrinación y encarcelan a algunos de los dirigentes. Los otros peregrinos entonces deciden armarse y atacan el pueblo para liberar a sus

compañeros. Tal es el primer hecho de armas de la Guerra Cristera en Etzatlán consignado por Navarrete (p. 58-59).

Después la guerra se estabiliza. Navarrete la describe con grandes pinceladas generales y sólo se entretiene una vez más para contar una batalla de 1929. Los cristeros de Etzatlán reciben una invitación—que a la distancia parece sospechosa—de la gente de Ahualulco para una fiesta el sábado anterior al Domingo de Ramos. Los rebeldes beben más de la cuenta y al volver a Etzatlán se acuestan a dormir, dejando un solo vigía. El domingo por la mañana entra sorpresivamente el ejército federal al pueblo y se traba el combate. Los cristeros llevan la peor parte y mueren varios de ellos, incluido el cabecilla local Gregorio Rojas (p. 60). Hasta ahí las notas sobre la Cristiada.

III.6.- EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Jesuita Rebelde, el sexto libro del autor, es también de memorias, pero centradas en su trayectoria religiosa después de la Guerra Cristera. Dice Navarrete en el Preámbulo que esta obra “completa en cierto modo el ‘curriculum vitae’ de mis andanzas por el mundo con la narración de mis experiencias en la Compañía de Jesús, en la que estoy a punto de cumplir cuarenta años de vida religiosa” (p. 9). Y agrega más adelante que estas experiencias han sido ciertamente felices.

No haré una reseña general de *Jesuita rebelde*, por no tener una relación directa con el tema de la Guerra Cristera. Sin embargo, sí vale la pena hacer notar que puede ser una obra muy útil para los interesados en la historia del clero mexicano o de la Compañía de Jesús en el México de mediados del siglo XX. Estas memorias abarcan 45 años de la vida del autor: de 1927 a 1972. Inician durante la Guerra Cristera, cuando Navarrete sostiene un noviazgo con Luz María Machuca que muere a los pocos meses. Más tarde, el autor descubre su vocación e ingresa al noviciado de la Compañía de Jesús en octubre de 1933, que en ese entonces se encuentra en el exilio. Vienen los años de formación, los votos perpetuos, las primeras experiencias de trabajo como jesuita y la ordenación sacerdotal en Estados Unidos en julio de 1945. Vuelve a México en 1948 y aquí desempeña diversas actividades pastorales en

Ciudad de México, Torreón y Guadalajara. Luego comienza a publicar sus libros y eso coincide con la pérdida de gran parte de su vista. Estas memorias terminan en 1972 con una reflexión sobre los jesuitas de aquel presente.

Los apuntes relevantes para nuestro estudio son breves y se refieren tanto a la Guerra Cristera, como a los primeros libros del autor sobre el mismo tema. *Jesuita rebelde* comienza en 1927. Los dos primeros capítulos (p. 11 a 17) abordan el noviazgo de Navarrete con Luz María. Ambos jóvenes están convencidos de la justicia de la causa católica en la pugna contra el gobierno callista. Por las actividades rebeldes de Navarrete apenas se ven, de modo que la relación entre ambos es más bien epistolar. Intempestivamente, en octubre de 1928, Luz María muere a los 18 años de edad. Navarrete no dice cómo. Sólo menciona que él se entera en San Julián, Jalisco, unos días después de haber recibido una herida en una pierna, “peleando al lado del General Goroztieta” (p. 17)¹⁴⁰. El asunto de la guerra no vuelve a presentarse; uno sólo la recuerda cuando lee que a Navarrete lo apodaban “coronel” durante sus años de formación.

Es hasta muy avanzado el libro cuando reaparacen los antecedentes bélicos de Navarrete (p. 76-78). En los años cincuenta, el arzobispo de México, Luis María Martínez, lo nombra Asistente Nacional de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM). No le va bien en ese cargo, pero el asunto da pie para recordar sus años en dicha organización tras la Guerra Cristera. Después de los arreglos de 1929, dice, “se dio a entender que no eran gratos los antiguos acejotaemeros que hubieran tomado parte activa en la rebelión cristera. Lo sé porque fui uno de los afectados” (p.77). En 1941, la pugna entre la vieja y la nueva guardia de la ACJM continúa y no es sino hasta finales de esa década que “ya se han suavizado muchas asperezas” (p. 78). Estos comentarios, sin embargo, resultan más ilustrativos sobre el ambiente del activismo católico posterior a 1929, que sobre la Guerra Cristera misma.

Finalmente habla sobre sus libros. Dice que tras publicar “*Por Dios y por la patria*”, su primera obra en 1961, “de inmediato me acarició el aura del éxito” (p. 94). Y unas páginas más adelante tiene un comentario curioso sobre *Jesuita*

¹⁴⁰ Sic. Navarrete escribe “Gorostieta” en “*Por Dios...*” y *El voto...* Después cambia la ortografía y en toda su obra posterior a 1965 lo escribe con zeta. Ignoro por qué.

rebelde y su relación con Editorial Jus, la casa que le había publicado sus primeros cuatro libros:

Mediando el año de 1972 me decido a publicar el libro que tengo escrito desde hace dos años. Entonces fue el Lic. Salvador Abascal, Gerente a la sazón de la Editorial JUS quien puso como condición que le quitara un capítulo con juicios sobre la táctica de los jesuitas en materia de política y otras apreciaciones acerca de la labor de la Compañía en materia de educación. Ya para entonces había editado cuatro libros míos y aun llegó a decirme que le llevara todo lo que escribiera y sin reparo lo mandaría a la imprenta. (p. 113)

Sin embargo, al final se decide a sacar este libro en Guadalajara, como ya había hecho antes con *Etzatlán*. Eso le permitió sacar sin censura alguna sus comentarios sobre política y educación de los jesuitas.

III.7.- LA HISTORIA DE MÉXICO SEGÚN UN CRISTERO

El penúltimo¹⁴¹ libro publicado de Heriberto Navarrete es una especie de texto escolar de historia de México llamado *Lecciones de Historia de México*¹⁴². Por muchos motivos es un libro relevante, a pesar de lo modesto de su edición. Es quizá el primer libro de texto del que se tenga noticia que incorpora un capítulo específicamente dedicado a la Cristiada; y seguramente es, además, el primero y único escrito por un veterano del mismo movimiento¹⁴³. Por lo demás, aquí sí está presente una visión global y explícita de Navarrete sobre el significado nacional de la Cristiada y la Persecución Religiosa más allá de sus experiencias personales.

El libro no es un libro convencional. El ejemplar que consulté está en formato horizontal, de media hoja tamaño carta. Se ve que fue reproducido con mimeógrafo. En la portada lleva los datos señalados arriba (salvo que es la

¹⁴¹ El último habría sido *Nociones sobre la teoría de la historia*, publicado en 1977, según Jean Meyer y Juan José Doñán en *Antología...*, p. 176.

¹⁴² 1ª edición en mimeógrafo, Guadalajara, Instituto de Ciencias, 1972, 118 p.

¹⁴³ Una obra cercana podría ser la del Cngo. J. García Gutiérrez, *Historia de México*, dibujos de FESA, México, Buena Prensa, s.f., 520 p., que por el *Imprimatur* sabemos que fue de 1946. Esta otra síntesis de historia de México, decorada con dibujos tipo *comic*, y alguna vez utilizada como libro de texto de preparatoria, ya antes se había referido a la Persecución Religiosa y la Guerra Cristera en unas cuantas páginas. Pero, si bien Jesús García Gutiérrez fue en sus libros un arrebatado defensor de la causa católica, nunca peleó con las armas en la Guerra Cristera.

primera edición), de modo que es fácil deducir que Navarrete lo escribió y él mismo se encargó de imprimirlo para sus alumnos en el Instituto de Ciencias de Guadalajara en los inicios de los años setenta.

Cuenta con una “Explicación Previa” (en dos páginas no numeradas) en donde comienza por aclarar que “las siguientes notas para clase no son, desde luego, un libro de texto ni mucho menos”. Pretende ser más bien una “guía” del programa de Historia de México que oriente al alumno de quinto año de bachillerato “en su actividad de investigación”, sobre todo en ese momento en que el Instituto de Ciencias ensaya los métodos de “seminario” del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH). El programa al que Navarrete se refiere aborda la Revolución Mexicana, es decir, “de 1910 hasta nuestros días. Ya se ve que este último límite tiene que ser indeterminado”. Hasta ahí la Explicación Previa.

No haré aquí tampoco una reseña completa de este libro—o estas “notas”, si se prefieren los términos de Heriberto Navarrete. Pero para ubicar al lector en los temas de la Cristiada y la Persecución como los maneja el autor, describiré brevemente la estructura de la obra. Tras la Explicación Previa comienzan los trece capítulos del libro, el primero de los cuales se refiere a los “Precursores de la Revolución” (p. 1 a 8). En la prosa fluida y sintética de Navarrete se abordan los principales eventos políticos y militares de la segunda década del siglo XX hasta el capítulo X llamado “El triunfo completo de la Revolución” que narra a vuelo de pájaro la caída de Carranza, el interinato de Adolfo de la Huerta, el periodo presidencial de Álvaro Obregón, la Rebelión Delahuertista y el inicio del periodo presidencial de Plutarco Elías Calles (p. 78 a 85). Los últimos dos capítulos son el XII, titulado “De 1929 a 1970” (p. 98 a 111), y el XIII, “División de la familia mexicana” (p. 112-117).

El capítulo XI, en las páginas 86 a 97, lleva por título “La rebelión de los cristeros” y ofrece una panorámica conjunta de los dos temas señalados, es decir, Persecución y Cristiada. Comienza esta rápida panorámica en la suspensión del culto público como respuesta a la entrada en vigor de la Ley Calles el 31 de julio de 1926. Y apunta: “Fue la persecución. Sin ningún fundamento ni siquiera en las leyes draconianas de Calles, la policía y las fuerzas militares asesinaron más de 100 sacerdotes, sorprendidos ejerciendo

algún ministerio en riguroso privado. Los católicos vivieron días de verdaderas catacumbas.” (p. 86-87)

Las organizaciones católicas, continúa Navarrete, formaron entonces la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, la cual determinó en enero de 1927 que no quedaba otro recurso que el de la rebelión armada. Curiosamente, el autor acota que “en rigor la Liga nunca fue reconocida ni obedecida por las organizaciones que le dieron origen” (p. 87-88). Luego hace una evaluación de los alcances militares de la rebelión y afirma que el gobierno fue incapaz de reducir a los sublevados. En seguida viene otra afirmación interesante por sus resonancias historiográficas:

Es difícil hacer una evaluación justa del fenómeno cristero, entre otras razones porque al realizar los arreglos entre el gobierno de Portes Gil y el Episcopado Mexicano (1929) hubo un acuerdo, tal vez expreso mas en cierto modo tácito, según el cual era tema prohibido o por lo menos intolerado, el hablar o escribir sobre la persecución y su desenlace. Tanto las autoridades eclesiásticas como gubernamentales obligaban ejerciendo coacción moral a guardar silencio sobre triunfos y derrotas de ambos lados. Así durante treinta años, tiempo en que pasó una generación. La juventud de 1960 ignoraba el precio de sangre que pagaron los católicos para heredar a sus descendientes una tolerable situación con un mínimo de libertades para vivir su religión. (p. 88-89)

De la página 89 a la 92, Heriberto Navarrete se ocupa del General Enrique Gorostieta, a quien describe en términos elogiosos. La participación de este militar “de gran corazón” en la rebelión, dice, se debió en buena parte a su deseo de tomar revancha de los gobiernos revolucionarios por la destrucción “de su mundo juvenil” porfiriano y huertista (p. 91).

Luego comenta que hasta aquel presente no se ha logrado una buena síntesis histórica sobre tales acontecimientos. Y pasa a hacer un recuento de algunos de los libros más relevantes sobre los temas en cuestión. Entre los autores mencionados están Jesús Degollado, Luis Rivero del Val, Enrique Ochoa, Miguel Palomar y Vizcarra, Joaquín Blanco Gil, Antonio Gómez Robledo, Aquiles Moctezuma, Jorge Gram, Antonio Rius Facius y el propio Heriberto Navarrete.

El capítulo cierra con una “condensación cronológica” (realmente muy breve) sobre los principales hechos en torno a la Persecución y la Cristiada que ocupa las páginas 94 a 97. Sin embargo, el tema no acaba ahí. Retoma el asunto de la Guerra Cristera con la Rebelión Escobarista (en p. 98) y dice que

mientras Calles dominaba esta otra insurrección a principios de 1929, “las guerrillas de los cristeros se fortalecían”, lo cual orilló al gobierno a entablar conversaciones con los obispos. En cuanto a los temas posteriores que podríamos vincular a la Persecución Religiosa, Navarrete apunta entre las “partidas negativas” del gobierno del Presidente Lázaro Cárdenas los programas educativos y la tolerancia hacia los excesos del Secretario de Agricultura Tomás Garrido Canabal y sus secuaces (p. 100-102).

Hay que destacar que estas páginas, sobre todo las del capítulo XI son extraordinariamente sobrias. Uno detecta de inmediato los desequilibrios: mucha atención a la figura de Gorostieta (una cuarta parte de las páginas) también un gran espacio a la cronología y al balance militar de la guerra (una quinta parte de las páginas, respectivamente). Pero no pasan de eso: un sobrepeso cargado al lado de las armas. La intención apologética no se hace presente, salvo en el caso de la enumeración de obras que son todas de autores cristeros o pro-cristeros. La Cristiada se explica a partir de la Persecución, y ésta a través de los decretos del Presidente Calles. Pero tales explicaciones se dan por mera yuxtaposición; en medio no hay argumentaciones fogosas, ni diatribas. Y en vez de un lenguaje apasionado, nos encontramos más bien con las aclaraciones que nos advierten sobre la dificultad de ver estos eventos con claridad a falta de una historiografía serena (en páginas 88 y 93). Tal es pues, el contenido de este libro referente al ciclo Conflicto Iglesia-Estado, Persecución y Guerra Cristera.

V.- LA OBRA DE NAVARRETE :

VALORES Y PROBLEMAS

Este capítulo corresponde al análisis de las memorias de Heriberto Navarrete desde una perspectiva historiográfica. El propósito es presentar y detallar las virtudes de estas memorias; virtudes que se encuentran menos en el nivel de las explicaciones de los acontecimientos que en la espesura de las descripciones. A esto dedico los primeros dos apartados. Sin embargo, hace falta llevar el comentario más allá de la mera enunciación. De modo que en otros dos apartados discuto también en qué medida los intereses personales y la ideología de Navarrete pueden ocultar o desplazar tales virtudes.

V.1.- LOS DETALLES

El listado de los asuntos particulares sobre el Conflicto Iglesia-Estado y la Guerra Cristera que pueden entenderse con bastante amplitud a partir de los detalles que ofrece Navarrete en sus obras suma docenas de rubros. Respecto a los tiempos previos al rompimiento de 1926, debemos anotar la ACJM y organizaciones aledañas como la UP y la misma LNDLR; las repetidas experiencias carcelarias de los jóvenes acejotaemeros, sus enfrentamientos con sindicatos progobiernistas y sus manifestaciones; el periódico *Gladium* y su distribución, los congresos de la ACJM y sus jornadas sociales, el boicoteo económico de 1926, etc.

En cuanto al ejército cristero tenemos información sobre diversos elementos de vida cotidiana, tales como comida, (qué comían, quién preparaba los alimentos y cómo), tabaco, atención a heridos, animales (perros y caballos), costumbres religiosas y lenguaje (desde los cultos discursos de Gorostieta hasta las maldiciones de la tropa). Las cuestiones amorosas ocupan muchas más páginas de las que uno podría imaginarse: enamoramientos, amantes, visitas a novias, bodas. De las armas puede no haber muchos datos concretos, pero sí los hay sobre las formas de suministro de municiones: mujeres que las transportan escondidas bajo la ropa, adquisiciones clandestinas en las fábricas de la ciudad de México o compras a través de jefes federales corruptos.

A pesar de las quejas de Elena Sánchez Mora¹⁴⁴ en el sentido de que la mujer desempeña papeles menores en los relatos de la Guerra Cristera, aquí hay media docena de mujeres cuya participación es presentada con pormenores valiosísimos. Están las que aprovisionan, las que envían a sus hijos a la guerra, las que protegen a los cristeros que viajan de incógnito y las que hipotecan sus amores a favor o en contra de la causa. Y no faltan las que llegado el caso toman las armas, como Catalina Chacón, que encañona a dos policías de Guadalajara con una pistola automática cuando llegan a aprehenderla... y terminada la guerra se vuelve religiosa carmelita¹⁴⁵.

Lo mismo puede decirse de la presencia de los sacerdotes. En las memorias de Navarrete son mencionados y descritos los que viven en la clandestinidad urbana, como el mismo Miguel Agustín Pro; los curas rurales, con un pie en los pueblos y otro entre los cristeros; los obispos que son encarcelados, y también los sacerdotes combatientes de distinto rango (el Cura Carranza que no pasó de cabo, al igual que los padres Aristeo Pedroza y Reyes Vega, que fueron generales).

Pero para ejemplificar aún mejor la calidad y densidad del detalle con la que Heriberto Navarrete describe distintos asuntos en su obra, tomemos un solo ejemplo y observémoslo: la ligereza con la que los rebeldes pasan del escenario bélico al mundo civil y viceversa. Se trata de un tema de movilidad, como hay varios en estos libros. Navarrete da cuenta del movimiento particular de las columnas—la suya y la de otros jefes cristeros—y en ocasiones relata la forma en que varias columnas convergen para dar una batalla; también habla sobre sus viajes y los de otros personajes antes de la guerra y no falta la descripción del desplazamiento de pacíficos en medio de la guerra. Pero aquí hablamos del modo tan frecuente con que los cristeros de todos los rangos se dan sus escapadas a los pueblos y ciudades fuera del control rebelde. A continuación apuntamos los casos de esta movilidad citados por Navarrete.

Jesús García, “El Ciego”, asistente de Navarrete, iba de vez en cuando al pueblo de San Julián “a ganar algunos dinerillos”. Cortaba alfalfa que le

¹⁴⁴ *Op cit.*

¹⁴⁵ *En las Islas...*, p. 14-16.

vendía a otro soldado cristero; salía de San Julián por la noche y a la mañana siguiente ya estaba de vuelta en el regimiento¹⁴⁶.

Los heridos también se refugiaban en áreas pacíficas. El famoso jefe Lauro Rocha se fue a curar a Guadalajara¹⁴⁷. Por su parte, Chema Rodríguez, tras recibir una herida muy grave fue trasladado primero al rancho Agua Dulce y luego al “Hotel Palmitos”, una cueva en el cañón de Jalpa que funcionaba como hospital de los rebeldes; ambos sitios, en el corazón de Los Altos. Más tarde, por consejo del practicante que lo atendía, decidió trasladarse a Guadalajara junto con el Padre Casas:

Unos días después salen del campamento de Palmitos, en la mañana, rumbo de la barranca. Por allí pululaban muchos cristeros, de modo que en pleno día podía uno llegar hasta cerca del borde de la barranca. Se esperaba en el rancho de Los Garay, y en la noche pasaba el río por el vado, en el preciso sitio donde había antes del levantamiento un puente de piedra que dinamitó el gobierno.¹⁴⁸

Aunque este texto viene de la novela, la descripción del modo de llegada a Guadalajara es demasiado puntual como para ser fantasiosa. En la capital jalisciense, Chema fue a una casa particular de simpatizantes de los cristeros y ahí recibió tratamiento de manos del doctor Rigoberto Rincón. Días más tarde regresó a su regimiento¹⁴⁹.

El mismo Gorostieta también fue a Guadalajara, pero a conferenciar con el General Jesús Degollado, que comandaba a los cristeros de Colima y el sur de Jalisco¹⁵⁰. Más adelante, recibió en Poncitlán nada menos que a la señora Uribe, mejor conocida por su seudónimo de *señora Richaud*, la jefa de las Brigadas Femeninas *Santa Juana de Arco* que fueron las principales abastecedoras de municiones de los cristeros alteños¹⁵¹.

Otras tareas militares obligaban a los cristeros a entrar a los poblados controlados por el gobierno. El capítulo IX de *Los cristeros eran así...* lleva por título “De incógnito” precisamente porque ahí cuenta Navarrete como él y Lauro Rocha visitaron de esa manera Atotonilco el Alto para cerrar la compra de municiones con un general callista. El episodio está lleno de tensión, porque la

¹⁴⁶ *El voto...*, p. 16.

¹⁴⁷ “*Por Dios...*”, p. 152.

¹⁴⁸ *El voto...*, p. 85-88 y 97.

¹⁴⁹ *Ibid*, p. 104-105.

¹⁵⁰ “*Por Dios...*”, p. 197.

¹⁵¹ *Ibid*, p. 238.

amenaza de ser descubiertos se cernía a cada instante sobre ellos, pero al final no pasó nada¹⁵².

Para el capitán Jesús Márquez, las incursiones a territorio no cristero eran una especie de adictiva ruleta rusa. Cuenta Navarrete que “siempre estaba tramando contra los changos algún plan para darles un mal rato”. Y describe sus aventuras:

Iba Jesús a cenar con toda frecuencia a casa de sus amigos, ya en Zapotlanejo, ya en Tepatitlán, etc., muchas veces a casas que estaban a tres o cuatro cuadras de la plaza principal. Naturalmente que entraba a las poblaciones a pie, dejando su caballo en un corral de la orilla; iba envuelto en su cobija; pero con sus carrilleras fajadas y las pistolas listas. Y como decía él, ‘para calar sus nervios’ hasta pasaba por el cuartel de los changos y en alguna ocasión platicó con alguno de ellos comentando las hazañas del mentado Jesús Márquez.

Una de sus diversiones era estarse en el centro de los pueblos sin guarnición como Santa María de Gracia, Milpillas, San Cristóbal, etc., él solo. Si le avisaban que venía llegando al pueblo una fuerza del gobierno, esperaba en una callejuela atravesada, tras de la esquina, ya montado y alerta. Al llegar la avanzada a una cuadra de distancia, arrancaba su caballo sobre ellos como relámpago descargando su pistola y gritando:

¡Viva Cristo Rey, changos...!

Hasta que finalmente, en una de esas correrías, la velocidad no fue suficiente y lo mataron¹⁵³.

Que los cristeros murieran en los pueblos durante sus escapadas autorizadas era cosa de todos los días. Navarrete llega a afirmar que la mitad de las bajas cristeras “era resultado de las imprudencias o ninguna precaución de quienes iban a visitar a sus familiares. Ya en tránsito, o confiadamente durmiendo en sus casas, eran sorprendidos por las tropas del gobierno”¹⁵⁴. De este dato precisamente parte el relato sobre Gabino Álvarez, un teniente coronel cristero que fue capturado en su casa y al momento de ser fusilado pidió una jarra de agua que le arrojó en la cara al oficial callista. También aquí aparece un párrafo especialmente ilustrador de este tipo de situaciones:

Había sido por demás la repetida recomendación del Cuartel General para que los elementos en dispersión por legítimas causas, extremaran la vigilancia y tomaran toda precaución para evitar fatales sorpresas. Haciendo muchas veces alarde inconsiderado de valor y desestimando la actividad del

¹⁵² *Los cristeros eran así...*, p. 81-85.

¹⁵³ *Ibid*, p. 71-74.

¹⁵⁴ *Ibid*, p. 29. Otro de los que fueron sorprendidos en la tranquilidad del hogar fue el padre de Toñito, el cristero de Teocaltiche: *ibid.*, p. 99-100.

enemigo, los soldados se iban a sus casas o a cualquier rancho cercano, medio emboscaban el caballo entre matorrales, o simplemente detrás de una pared, y tranquilamente se acostaban a dormir. Una y otra vez nos llegaba la noticia: que a Fulano de Tal lo sorprendió en su casa el gobierno y lo mataron. En ocasiones alcanzaba el sorprendido a dejar el recuerdo de una página épica digna del corrido popular, como cuando sorprendieron al *Nixticuil* y se hizo fuerte en un cuarto hasta que se le acabó el parque. Y cuando al fin murió peleando, se había cobrado ya con las vidas de diez soldados federales.¹⁵⁵

Sin embargo, son las escapadas de corte romántico las que pueden parecer más espectaculares en este tema del fácil tránsito de los cristeros entre los escenarios bélicos y el mundo civil. Cuando el teniente Lupe Martín se casó con Mercedes, el asunto fue un escándalo en tres poblaciones: el Rancho de Santa María, donde vivía la novia y de donde salió el padre de ésta a poner la queja por el presunto robo de la muchacha; San Diego de Alejandría, donde había puesto su nueva casa Lupe Martín y en donde dejó a la flamante esposa, y San Julián, donde estaba acantonado el regimiento del general Miguel Hernández y a donde llevaron la denuncia contra el oficial. En el presente del relato, sólo había tropa rebelde en San Julián. Los jefes cristeros, que se tomaron muy en serio la acusación, sometieron a juicio a Lupe Martín. Ahí, tras confirmar que en realidad se había celebrado un matrimonio, sin la presencia del cura, pero legítima, Navarrete le preguntó: “¿No crees que cuando sepa el gobierno que Mercedes es tu mujer la podrían perjudicar?”. La sensata respuesta del acusado es reveladora: “El gobierno no tiene por qué saber. Hay más de veinte soldados de mi Regimiento que tienen en San Diego sus familias, y todos los levantados las tienen aquí en San Julián y en Arandas y en todos los pueblos. No pasa nada.”¹⁵⁶

Navarrete realizó también su propia expedición amorosa:

...a mediados de 1928, cuando tenía ya un año en el monte, decidí entrar de incógnito a Guadalajara, en parte para hablar con nuestros agentes que compraban parque para nosotros, y en parte por visitar a Luz María en el día de su santo¹⁵⁷.

Pasé la barranca y el río Lerma por el puente de Arcediano a medianoche. Nuestros agentes me tenían ya preparado un sitio para estar oculto en la ciudad. Llegué pues a casa de unas señoritas ya mayores que se apellidaban Ortega. No las conocía; pero desde que nos presentaron comenzaron a llamarme sobrino, y a mi vez las traté con mucha cordialidad y confianza llamándolas tías.

¹⁵⁵ *Ibid*, p. 30-31.

¹⁵⁶ *Ibid*, p. 40-45.

¹⁵⁷ Navarrete no explica aquí quien es esta Luz María, pero por la fecha y el nombre se trata de Luz María Machuca, la novia de la que habla más adelante en *Jesuita Rebelde*, p. 15-17.

Mi buen amigo Guillermo Gómez Arana fue, desde mi llegada, a ponerse a mis órdenes. Sin el menor asomo de temor se ofreció a ser intermediario para llevar a casa de las tías Ortega a cualquier persona que yo quisiera ver, y a desempeñar comisiones de cualquier tipo. Comía conmigo, tratando de facilitarme el arreglo de todos mis asuntos...¹⁵⁸

Sin embargo, Navarrete salía continuamente de casa de las tías. Sabía que había riesgo, pero aun así visitó a varios de sus amigos. También fue a la tienda *La Ciudad de México* donde compró un estuche de tocadiscos para regalárselo a Luz María. Fue al salir de ahí que vio a Firpo, su antiguo enemigo político... pero afortunadamente el asunto terminó bien, porque Firpo, a pesar de su militancia revolucionaria, se negó a delatarlo.

Todo este variado catálogo de escapadas de los cristeros nos revela entre líneas muchas cosas. Una es el carácter voluntario del combate cristero: los soldados van y vienen. En todos los casos mencionados regresan a pelear mientras están vivos. Navarrete no da cuenta de heridos que prolonguen artificialmente su convalecencia, rebeldes que encuentren irresistible la compañía de la familia o simples desertores. Otra más es la presencia de las tropas federales en Los Altos. Por más que consideremos la zona como el corazón de La Cristiada y por muchos que sean los regimientos rebeldes que pelean en la región, el gobierno *siempre* es una amenaza. Es difícil evaluar si Navarrete acierta en su estimación sobre la proporción de los rebeldes que mueren sorprendidos en sus pueblos; quizá exagera. Pero en todo caso sí se trata de un fenómeno muy recurrente que indica una gran movilidad del ejército federal—a pesar de su moral relativamente baja, su corrupción o cualquier otro defecto que podamos encontrarle. También indica que el gobierno contaba con sus informantes aun en las zonas rurales más desoladas.

Y algo más que también se entrevé por detrás del activo ir y venir de los cristeros es una organización de apoyo muy amplia. Casarse y poner casa nueva en un pueblo significa que el esposo confía en *todos* los amigos y familiares de ese pueblo. Evidentemente sabe que nadie irá a delatar a la mujer con el gobierno. Los cristeros que visitan pueblos y ranchos tienen siempre en ellos gente que los espera y los recibe. Y no sólo en los pueblos de destino final, sino también en los caminos. A su vez, la tan socorrida ruta cristera de Los Altos a Guadalajara denota una enorme estructura de espionaje, logística y

¹⁵⁸ *Los cristeros eran así...*, p. 58.

resguardo. Solamente entre Guadalajara y el pueblo de Zapotlanejo, puerta sudoccidental de Los Altos, hay 35 kilómetros incesantemente transitados y vigilados¹⁵⁹. Aparte hay que considerar los trayectos dentro de la ciudad y los de Zapotlanejo a los distintos rincones alteños. Y todavía debemos alargar las cuentas si las rutas son distintas. Para todo esto hace falta una extensa red de campesinos y gente del camino que informe sobre ubicación y movimiento de los soldados callistas; propietarios dispuestos a poner en riesgo ranchos y casas para albergar a los viajeros (como “las tías Ortega” de Navarrete), y colaboradores de todo tipo para dar de comer, llevar recados, conseguir donativos o curar heridos¹⁶⁰. De esta manera emergen los contornos de una muy ancha base social que da origen a la Cristiada y de la que los combatientes son apenas la punta más visible y conocida... Creemos que Navarrete no tenía intención de develarnos la estructura social del movimiento, pero, bien mirada su obra ¿no lo logra indirectamente a través de todos estos detalles?

V.2.- LOS PERSONAJES

En cuanto a personajes, las descripciones que ofrece Navarrete no son menos coloridas y numerosas. En los casos de Enrique Gorostieta, Anacleto González Flores y El Catorce, las pinceladas que ofrece el jesuita resultan especialmente densas. Son en cada caso cuantiosas las páginas que se refieren a distintos momentos de su vida militante, y también a la muerte violenta de los tres líderes. Posiblemente estas páginas no sean suficientes como para con ellas solas armarles una biografía, pero una cosa sí es segura: sin ellas no es posible para los historiadores de nuestros días entenderlos.

Otros muchos personajes aparecen en los libros de Navarrete ocupando menos páginas, pero en párrafos de valor concentrado que los retratan en instantes reveladores. Así, por ejemplo, los acejotaemeros convertidos en rebeldes Manuel Ontiveros, Miguel Gómez Loza, Lauro Rocha, Salvador Torres

¹⁵⁹ Esa es la cuenta actual, usando como referencia la autopista Guadalajara-Lagos de Moreno (80D).

¹⁶⁰ El doctor Rigoberto Rincón que curó a Chema Rodríguez en Guadalajara terminó “asesinado de la manera más vil por los partidarios del gobierno”, según lo explica Navarrete en la novela, p. 97.

González; los cristeros de origen rural como Jesús “El Ciego”, Jesús Márquez, “La Mama”, Manuel Ramírez y “El Nixticuil”; los compañeros de cárcel en México y las Islas Marías como León Ávalos, Salvador Álvarez, Perugino Vicenzo o “El Cura”, etcétera.

Para ilustrar lo valiosa que puede ser la información que ofrece Navarrete sobre los personajes de la Guerra Cristera, dirijamos la mirada hacia el campo enemigo. Ahí hay también multitud de figuras. En el trasfondo, como el adversario último, se distingue Plutarco Elías Calles, mencionado por Navarrete un par de veces. Y en un plano mucho más cercano aparece el enemigo colectivo de carne y hueso: los políticos locales, que cuando no son el propio gobernador de Jalisco, José Guadalupe Zuno, orbitan en torno a él; los policías y detectives que persiguen a los católicos de la Liga y que finalmente aprehenden a nuestro autor, y los ubicuos soldados federales de todos los rangos. De entrada vemos aquí un terreno muy poblado, de modo que tenemos que hacer una nueva selección.

Para un ejemplo más concreto tomemos a los generales federales. Lo interesante de su caso es que siendo personajes muy secundarios, llegan a recibir de parte de Navarrete descripciones reveladoras, utilísimas para quien quiera conocer la historia del ejército mexicano o, más en específico, la manera en que los jefes militares vieron la Rebelión Cristera. Desde luego, estas descripciones no son comunes para los catorce generales que son mencionados. Ciertamente, en casi la mitad de los casos se trata de jefes al mando de tropas que reprimen a los activistas católicos antes del inicio de la guerra o contra las que combaten los cristeros de Los Altos: Lázaro Cárdenas, Ferreira, Espiridión Rodríguez Escobar, Ávila Camacho, Garza¹⁶¹. Aquí no hay ni retrato ni comentario; los nombres de los generales se consignan, pero nada más. Eventualmente Navarrete agrega algunas líneas sobre la tropa, como en el caso del General Miguel Z. Martínez, “cuyo Regimiento, excepcionalmente entrenado en todos sentidos, era conocido entre nosotros como ‘el Regimiento

¹⁶¹ Los nombres aparecen así, incompletos. Lázaro Cárdenas en “*Por Dios...*”, p. 216-217; Ferreira en *ibid.*, p. 104-105; Espiridión Rodríguez en *ibid.*, p. 126; Ávila Camacho en *Los cristeros...*, p. 71; Garza en *El voto...*, p. 106.

de los Alazanes' y, para ser franco, era altamente respetado como 'gente de mucho cuidado'.¹⁶²

El general Aguirre Colorado sale a relucir porque su desplante inició los disturbios del Santuario de Guadalupe en Guadalajara a las horas de haberse suspendido el culto público en agosto de 1926. Cuenta Navarrete que sin saber quién era, la multitud que custodiaba el templo quería obligarlo a quitarse el sombrero y gritar "Viva Cristo Rey". El militar se negó y tras intentar salir de la turba a bordo de su vehículo, le llovieron piedras. Entonces se bajó y disparó su revolver "en varias direcciones". De inmediato, los católicos respondieron con otros tiros, así que el general trepó al auto y salió huyendo a toda prisa. Fue entonces que el general Ferreira jefe de operaciones en la ciudad, envió tropa a reprimir a los católicos¹⁶³.

El famoso Ministro de Guerra, Joaquín Amaro, tiene también una fugaz aparición en las memorias de Navarrete. Sobre el caso de Catalina Chacón, la mujer ya citada que conseguía armas y parque para los cristeros y que más tarde se hizo carmelita, cuenta que al final fue capturada por la policía en Guadalajara. La llevaron primero a la Jefatura de Operaciones y luego "hasta el Cuartel General, en donde Joaquín Amaro, a la sazón Ministro de Guerra, dirigía la campaña." El cuartel estaba cerca de Iruapuato, Guanajuato. Y concluye Navarrete: "Nunca quiso Catalina contarme sus experiencias de los días que estuvo prisionera de Amaro. Pero sí aseguró que el trato que le dieron fue comedido y respetuoso."¹⁶⁴

Navarrete sólo se entretiene en alabar las dotes militares de un general federal: Saturnino Cedillo. Al famoso líder de los agraristas potosinos que a principios de 1929 fue enviado a combatir a los cristeros alteños, le dedica un capítulo entero de "*Por Dios y por la patria*"¹⁶⁵. Aquí sí hay un retrato de cierta amplitud que inicia así:

El General Saturnino Cedillo había sido fogueado guerrillero que luchó un largo período contra gobiernos anteriores. Conocía las andanzas de los pequeños grupos rebeldes y todas las tricas del *coyote* que vive a salto de mata esperando su hora. Traía, entre sus más cercanos colaboradores, a tres hermanos, potosinos famosos por sus correrías de otros tiempos como

¹⁶² "*Por Dios...*", p. 235.

¹⁶³ *Ibid.*, p. 103-105.

¹⁶⁴ *En las Islas...*, p. 15-16.

¹⁶⁵ El XXXIII, "La Táctica de Cedillo", p. 233-241.

rebeldes en las Huastecas. Eran el General Carrera Torres y sus dos hermanos, uno Mayor y el otro Capitán. Además Cedillo comprendía más que muchos militares de su tiempo al pueblo de México. Convivía con el rancharo en su feudo de San Luis Potosí y sabía de sus capacidades y reacciones.

Su técnica para pacificar la región cambió completamente los procedimientos de anteriores jefes. En primer lugar, hizo sentir a todo el pueblo que él no odiaba a los Cristeros; que cumplía con su deber de militar y que creía en la posibilidad de una solución pacífica del problema religioso.¹⁶⁶

También suavizó sus procedimientos. Las tropas de Cedillo no depredaban ni hostilizaban a los pacíficos, “y ni siquiera ejecutaban a los cristeros cogidos con las armas en la mano o en plena lucha”. Cuenta Navarrete que incluso se dio el caso de un oficial cristero al que Cedillo trató con gran deferencia, le regaló cincuenta pesos, le devolvió su pistola y lo dejó en completa libertad, a cambio de la promesa de no volver a las filas cristeras. El oficial se encontró a Navarrete, le contó lo sucedido y le suplicó que le permitieran cumplir la palabra que había empeñado¹⁶⁷.

Y así como la política de Cedillo fue distinta, también lo fue su táctica contraguerrillera. A diferencia de otros generales que organizaban sus expediciones contra los cristeros alteños sobre la base de una o dos columnas lentas y numerosas, Cedillo enviaba múltiples grupitos de menos de un centenar de soldados, pero rápidos y bien comunicados entre sí. Estos grupos se mantenían más o menos cerca, de modo que si se entablaba combate, en unos cuantos minutos recibían refuerzos de todas partes. Esta táctica puso en serios aprietos, por primera vez en dos años, a los cristeros. “Hubo día en que hubimos de tirotearnos cuatro veces con los *changos*”, comenta Navarrete y concluye: “nosotros no dudábamos de que al fin y al cabo habríamos de superar la dura prueba, pero la verdad es que fue nuestra más difícil época.”¹⁶⁸

Otro general federal, Andrés Figueroa se encargó de darle fin a las aventuras bélicas de Heriberto Navarrete. Tras la firma de los acuerdos, éste y su amigo Mario Valdés gestionaron con él la entrega de las armas de todo el Regimiento San Miguel. Pero además, a él le debió Navarrete el consejo que seguramente le salvó la vida. Cuenta nuestro autor que le pidió al general permiso para portar pistola y que le comentó que pensaba quedarse a vivir en

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 234.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 236-237.

¹⁶⁸ *Idem.*

Guadalajara. El general Figueroa, le contestó que si insistía le daba el permiso, pero que para salvaguardar su vida, era mejor irse muy lejos. El riesgo no eran los militares, aclaró, sino los “politiquillos locales” que buscarían vengarse de Navarrete y al mismo tiempo hacer méritos ante el gobierno federal. Navarrete escuchó al general y se fue a vivir a México¹⁶⁹.

El recuento de los retratos de los generales en las memorias de Heriberto Navarrete no quedaría completo sin mencionar a los que aparecen en papeles menos marciales y más policiacos en el libro *En las Islas Marías*. Cuando Navarrete fue hecho prisionero, una de sus primeras entrevistas en la Inspección de Policía fue con el General Roberto Cruz, quien fue muy parco, le hizo un par de preguntas y al final le dijo que no le iba a pasar nada. Señala Navarrete que el General Cruz no lo mandó matar gracias que varias señoras que conocieron su caso intercedieron por él y sobornaron al militar¹⁷⁰.

Otro general al que conoció Navarrete fue a Jesús Palomera López, jefe de la Policía Montada de la Ciudad de México y encargado de la cuerda rumbo al archipiélago carcelario. Cuenta Navarrete que en la mañana del día del viaje “estuvimos muy entretenidos viendo al general tirar con carabina 30-30 a los tiburones que rodeaban el barco en pos de los desperdicios”. Luego, durante el desembarco, Navarrete tuvo la curiosa conversación citada al inicio de esta tesis, donde aquél le dijo que estaba preso por ser católico y el jefe militar le contestó que él también era católico y no estaba preso. Palomera López todavía agregó: “Tú has de ser de esos muchachos inquietos que tratan de conseguir ayuda de los gringos para derrocar al Gobierno. Pero son muy pocos ustedes. Y una revolución no se hace así”. Al final, el general le dijo que no parecía que iban a estar mucho tiempo y le deseó suerte.¹⁷¹

Finalmente está el general Barranco, al que Navarrete le dedica varios párrafos brillantes. El primero de esos párrafos es éste, que se refiere a la llegada a las islas:

La tónica del modo como se nos había de tratar la daba el general Barranco, ‘Director de la Colonia Penal, Gobernador del Archipiélago de las Marías, Jefe de la Guarnición Militar y Capitán del Puerto’, títulos que me hizo aprender de memoria un día que cometí el desacato de no quitarme el

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 268-270.

¹⁷⁰ *En las Islas...*, p. 23.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 57.

sombrero al cruzarnos en la calle. No disimulaba la aversión que nos tenía, muy semejante a la que ostentó su pariente o compadre Adalberto Tejeda, veracruzano como Barranco y, si no impíos de corazón, por lo menos rabiosos anticlericales en todas sus actitudes.¹⁷²

No pocas veces, el general Barranco enviaba a los prisioneros a la “cuadrilla relámpago”, la dura rutina de castigo dentro del penal. Y así lo hizo con León Ávalos una vez que éste le explicó al capataz que el jefe de la Liga era el licenciado Ceniceros, una persona muy culta y respetable; Barranco consideró que con esas palabras Ávalos estaba haciendo “propaganda religiosa”. No obstante, muy pronto le levantó el castigo¹⁷³.

El episodio ya mencionado de cuando despertó en la madrugada a los prisioneros católicos para que admiraran el panorama nocturno en las islas es también ocasión para mostrarnos el discurso anticatólico del general. Mientras veían el romper de las olas bajo la luz de la luna, Barranco les advirtió: “Ustedes vivirían felices si no se hubieran aliado con los curas para ayudarles a salirse con la suya. Pero ya ven, no lo van a conseguir. Los curas deberían estar aquí con ustedes. Ya verían cómo les iba conmigo”¹⁷⁴.

La aventura de las Islas Marías terminó cuando el general Barranco les anunció su retorno a tierra firme y para pagar el viaje, les prestó una “buena cantidad de dinero en efectivo sin firma de papel alguno”¹⁷⁵.

Nuestro interés al repasar aquí lo que menciona de los catorce generales es en primer lugar poner en evidencia la memoria caleidoscópica y la minuciosa capacidad descriptiva del autor. Navarrete no tenía como propósito principal escribir sobre los generales de la Revolución, pero necesariamente tienen que emerger en el relato al hablar de la Guerra Cristera y sus aventuras. Y al momento en que los generales emergen, no vemos retratos formales o perfiles biográficos bien armados, sino fragmentos luminosos y llenos de color de cada uno de ellos. Todos estos fragmentos son muy distintos entre sí, puesto que las circunstancias que les dan origen son también diversas (la cárcel, la guerra, el licenciamiento, etc.) y pertenecen a distintas

¹⁷² *Ibid.*, p 60-61. El autor se refiere al episodio en que Tejeda tuvo una áspera discusión con varios obispos antes de la guerra y que cita en la introducción del mismo libro, p. 5.

¹⁷³ *Ibid.*, p 67.

¹⁷⁴ *Ibid.*, p.70.

¹⁷⁵ *Ibid.*, p.87.

personalidades, pero cada uno nos dice mucho de quiénes éran y cómo pensaban estos generales, tanto a nivel individual como colectivo.

Este caso, además de ser ilustrativo en cuanto a la riqueza de las descripciones de Navarrete, resulta también muy sugerente por el tono. Es notable la amabilidad con la que el autor habla del enemigo. Los generales, lejos de tener carácter diabólico y defectos inagotables, resultan perfectamente humanos. Se mueven bajo el doble parámetro de su filiación revolucionaria y los sentimientos normales de cualquier persona. Y eventualmente son duros o groseros, pero suelen mostrar gestos bondadosos. Saturnino Cedillo aplica una política serena y responsable en Los Altos, y hasta le da cincuenta pesos al oficial cristero que deja en libertad; Andrés Figueroa le da un consejo que le salva la vida a Navarrete; Roberto Cruz puede no ser admirable, pero al menos le ofrece a Navarrete alguna frase de aliento; Palomera López le desea suerte y Barranco les presta dinero a los presos católicos... No dejan de ser adversarios, es sólo que no ocupan un lugar en estas páginas para demostrarnos por contraste la justicia de la causa cristera.

Y la amabilidad de Navarrete con el enemigo se extiende incluso a los generales que habrían avergonzado al gobierno callista. Dos casos de esta clase maneja Navarrete, uno de un general torpe y el otro de uno corrupto. Al primero lo conoció Navarrete en Tecolotlán cuando trabajaba como agente encubierto de la Liga en el suroeste de Jalisco a principios de 1927. Cuenta que se ganó su confianza al grado de que el militar le dio un paquete de correo para llevarlo a la capital del estado. Por supuesto, el general quedó burlado. “Hasta creo que entregamos en Guadalajara algunas cartas a los familiares; pero con los partes oficiales y requerimientos de más gente y elementos nos reímos con ganas”, escribe el jesuita¹⁷⁶. El otro es el ya mencionado general que vendía municiones a Lauro Rocha por medio del sacristán de Atotonilco el Alto. Pero, atención, Navarrete no dice sus nombres. Del segundo sólo aclara que era el “General Jefe del Setenta y cuatro Regimiento de caballería del gobierno”¹⁷⁷. Esta discreción adicional de Navarrete, aumenta sus bonos de credibilidad.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 11.

¹⁷⁷ *Los cristeros...*, p. 81.

V.3.- EL ASUNTO DE EL CATORCE, ¿MEMORIAS MENTIROsas?

En un ejercicio de valoración de la obra de Heriberto Navarrete, desde luego no se puede dejar de lado el problema de su veracidad. Y a este respecto hay un asunto en particular que genera muchas dudas: la muerte de Victoriano Ramírez, El Catorce. Es difícil resolver este acertijo a cabalidad, pero creo que si efectivamente hay un problema, es muy limitado y no afecta seriamente el balance general de la obra de Navarrete. A continuación expongo mis argumentos.

Hay que advertir en primer lugar que los indicios contra la versión del jesuita provienen de varias fuentes. Están las múltiples versiones populares que hasta el día de hoy se manejan en Los Altos y que señalan que la ejecución de El Catorce fue producto de la mala fe de uno o varios jefes y oficiales cristeros. Coinciden con esta especie varios historiadores. Jean Meyer fue el primero en refutar abiertamente los alegatos de Navarrete. Al referirse a *“Por Dios y por la patria”* y luego de alabar la buena memoria del religioso, el historiador francomexicano agrega, “[Navarrete] no falla más que al tratar de un tema, el de la muerte de Victoriano Ramírez ‘el 14’. Este capítulo parece más que nada una autojustificación”¹⁷⁸. Por su parte, Jim Tuck y Víctor Ceja también hablan de que, contra lo que dice Navarrete, hubo una conspiración muy mal intencionada para cegar la vida de El Catorce, si bien sus propios argumentos siguen en gran parte lo señalado por Meyer¹⁷⁹.

El mismo Navarrete, al tocar el tema, agrega advertencias que claramente revelan cuán añejas y socorridas son las impugnaciones contra su versión de los hechos:

Al llegar a San Julián nos encontramos perfilado un problema que poco después hubo de exigir la intervención violenta de los jefes. Me refiero a las nacientes dificultades entre el Coronel Victoriano Ramírez y el Mayor Mario G. Valdés. Como el epílogo de esta pugna fue el fusilamiento del Catorce, y el hecho tuvo alguna resonancia, me propongo hacer la historia de todo él, adelantando algunos sucesos, en bien de la unidad del ‘caso Victoriano’. Desgraciadamente hube de tomar parte muy activa en él y *esto ha de suscitar dudas sobre mi testimonio; pero esto no me retrae de aportarlo, atento siempre*

¹⁷⁸ *La Cristiada*, t. I, p 398.

¹⁷⁹ Jim, Tuck, *op. cit.*, y Víctor Ceja Reyes, *El Catorce y la guerra cristera*

*a decir la verdad objetiva, sabiendo de antemano que ha de discrepar de alguna otra versión interesada.*¹⁸⁰

Y más adelante, como preámbulo del episodio específico de la muerte del guerrillero, agrega: “Han corrido versiones falsas sobre el modo como fue ejecutado Victoriano. La verdad es ésta.”¹⁸¹

Elucidar la verdad de los hechos requeriría de una investigación paralela tan robusta como la de esta tesis, de modo que es una tarea fuera de mis alcances. Pero lo que sí puedo hacer ahora es esbozar la discusión tal como se ha presentado hasta el momento, para vislumbrar sus ramificaciones.

¿Qué dice Navarrete? El autor dedica cuatro capítulos de “*Por Dios...*” al tema. El primero de ellos es el XXVIII, titulado “El Catorce”¹⁸². Éste es más que nada un retrato, por cierto, genial, del cristero en cuestión a quien describe como “el tipo del guerrillero”, magnífico tirador, mujeriego (y sin el menor problema de conciencia como católico) y a la altura de su fama. El siguiente capítulo lleva como título: “Se acentúa la pugna entre Mario Valdés y El Catorce”¹⁸³. Ahí, Navarrete empieza por relatar los enfrentamientos suscitados entre el Coronel Ramírez (o sea, El Catorce) y el Mayor Valdés por la organización del regimiento que comandaban. A raíz de esos conflictos, el General Gorostieta ordenó relevar al Catorce y cuando el General Pedroza cumplió estas órdenes, vió en éste actitudes muy claras de insubordinación.

El tercer capítulo del ciclo se llama “*El Catorce atenta contra la vida de Mario Valdés*”¹⁸⁴ y se refiere a un encuentro que tuvieron El Catorce y Mario Valdés en San Miguel el Alto, luego de que éste hubiera reemplazado a aquél en el mando del regimiento. Los dos líderes cristeros se reunieron para cenar en una casa del pueblo, pero al salir, según el relato de Navarrete, un primo hermano del Catorce, con ayuda de éste, le disparó a Valdés y a sus escoltas. Valdés salió ileso, y El Catorce huyó. Enterado del caso, el General Pedroza decidió congelar todas las averiguaciones o acciones penales contra El Catorce, porque las tropas cristeras de Los Altos estaban por concentrarse en Tepatitlán. Simplemente ordenó al Catorce permanecer en San Julián.

¹⁸⁰ “*Por Dios...*”, p. 183. Las cursivas son mías.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 211.

¹⁸² *Ibid.*, p. 183-187.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 188-195.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 196-203. Este capítulo y el anterior llevan ambos el número XXIX, tanto en el texto principal como en el índice. Es una clara errata.

El último capítulo sobre el tema es el XXX y lleva por título “Epílogo de la disputa con *El Catorce*”¹⁸⁵. El Catorce desobedeció flagrantemente las órdenes del General Pedroza y se presentó en Tepatitlán con las demás tropas cristeras. Al verlo, Pedroza lo mandó apresar y le formó juicio en cuestión de horas (Navarrete mismo se encargó de detenerlo). Los jefes del Regimiento San Julián, el General Miguel Hernández y el Coronel Pérez Aldape, defendieron al Catorce, mientras que Navarrete y Valdés estuvieron en la parte acusadora. Los cargos fueron tres: intento de asesinato (del Coronel Valdés), malversación de fondos e insubordinación. Al final, el General Pedroza se reservó para sí la resolución final del caso, que fue una sentencia de muerte. Según Navarrete, El Catorce no murió en el paredón, porque en la mañana del día que siguió al juicio, cuando fueron por él para fusilarlo opuso resistencia, de modo que el teniente Refugio Cholico a cargo de la ejecución le disparó ahí mismo.

¿Qué dicen las versiones contrarias a la de Navarrete? Meyer, y con él Tuck y Ceja, coinciden con la secuencia de eventos planteada por Navarrete, pero divergen más bien en su interpretación: el origen de las disputas fueron sospechas y envidias, sobre todo de Valdés hacia El Catorce; el atentado de San Miguel el Alto no fue de El Catorce contra Valdés, sino al revés; El Catorce acudió a Tepatitlán no por insubordinación, sino para hablar con los jefes; en el juicio los cargos fueron infundados, etc. Tuck, además, habla de que El Catorce no murió baleado, sino apuñalado, lo cual confirma la perfidia de la ejecución¹⁸⁶.

El problema de toda esta discusión es que en realidad nadie se mueve sobre bases firmes y las fuentes se vuelven fantasmales. En el caso de la versión de Jean Meyer, el historiador atribuye el inicio del pleito entre Mario Valdés y El Catorce a un lío de faldas: Valdés y Navarrete cortejaban a dos hermanas de una amante del Catorce. Las hermanas estaban muy contrariadas y recurrieron al Catorce para quitarse de encima a los incómodos galanes. Esto es totalmente posible, pero el relato no tiene fuente¹⁸⁷. Meyer confirma la mala fe de Mario Valdés con otros datos. Señala que este oficial

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 204-212.

¹⁸⁶ Jim Tuck, *op. cit.*, p. 142-143.

¹⁸⁷ *La Cristiada*, T. III, p 222. La nota a pie de página más cercana es una cita de una entrevista que el historiador le hizo al General Miguel Z. Martínez y que ya no tiene que ver con ese asunto.

exigía préstamos forzosos a la población alteña, contra la opinión de El Catorce que se negaba a tales exacciones entre sus paisanos. Y por si fuera poco, al final de la guerra Valdés huyó con la caja del regimiento. Pero la fuente que aparece como referencia en *La Cristiada* es una entrevista a Heriberto Navarrete, quien jamás señaló en sus libros esa o alguna otra falta de Mario Valdés¹⁸⁸. Es posible que las referencias estén enredadas porque, como ya señalé antes en otro estudio, *La Cristiada* sufrió una seria desorganización de su estructura textual y su aparato crítico al ser traducida y publicada en México¹⁸⁹.

Los argumentos apenas pueden ser un poco más claros con Víctor Ceja o Jim Tuck. Tuck baraja una serie de posibilidades tanto en el origen de la disputa, como en los procedimientos y ejecución del Catorce. Cita y discute con bastante claridad las distintas versiones del asunto (todas ellas manejadas previamente por Meyer y Ceja), pero no llega a ninguna conclusión... de este modo, el título que le da a su capítulo viene muy a cuento "The El Catorce Affair"¹⁹⁰.

Por si esto no fuera suficiente, Navarrete ni lo vio todo, ni, quizás, lo supo todo. Como ya nos lo hizo ver Jim Tuck¹⁹¹, Navarrete no fue testigo presencial de dos hechos cruciales de esta tragedia: el atentado en San Miguel y la muerte del Catorce. En el primer caso, nos relata lo que su amigo y superior Mario Valdés le contó a la mañana siguiente del incidente¹⁹². En el segundo, también deja claro que se trata de algo que le platicaron: "En el momento que la puerta cedió, dicen que Victoriano dio un salto hacia fuera tratando de luchar contra Cholico, pero éste disparó sobre el Coronel, hiriéndolo de muerte en el pecho".¹⁹³

Sin versiones concluyentes podemos especular *ad infinitum* y aplicarle en nuestra imaginación cargos de culpabilidad o inocencia a todos los personajes involucrados y a todas las versiones manejadas hasta hoy. Pero el

¹⁸⁸ *Idem*. La nota a pie de página en cuestión es la número 68.

¹⁸⁹ Luis Romo Cedano, "La inquietante originalidad de *La Cristiada*", en Evelia Trejo y Álvaro Matute, editores, *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*, intr. de..., México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 389-402 (Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3).

¹⁹⁰ *Op. cit.* El capítulo entero ocupa las páginas 125-147.

¹⁹¹ *Idem*.

¹⁹² "Por Dios..." , p. 198.

¹⁹³ *Ibid.*, p. 212, la cursiva es mía.

problema que esto plantea nos deja sin parámetros claros para medir el efecto de una presunta falsedad. Así que recurramos a un ejercicio de imaginación y asumamos el peor escenario posible: que Heriberto Navarrete mintió amplia y deliberadamente y nos entregó un cuento, una “autojustificación”, como dice Meyer. Aun aquí el terreno del engaño queda muy acotado. Gran parte de los eventos narrados, como la destitución del Catorce, su detención y su juicio, así como las líneas generales de la cronología siguen en pie, como lo prueba el hecho de que los detractores los acepten tal cual los entrega nuestro autor. Los “hechos” manipulados con mala intención se reducen fundamentalmente a la actuación de Navarrete y de algunos otros jefes (sin duda Mario Valdés y quizá también Aristeo Pedroza, José Reyes Vega y Enrique Gorostieta) en torno a la caída y muerte del Catorce, además de algunos detalles como el modo en que El Catorce fue ejecutado. La mentira estaría, pues, muy focalizada en la interpretación de la tragedia.

¿Podemos entonces hablar de una mentira extendida? Definitivamente no. En apoyo a lo anterior, hay que considerar también que este asunto del Catorce es el único cuestionado por otros autores. Nadie pone en duda, digamos, la experiencia de los activistas católicos en las Islas Marías, la presencia de los obispos en la cárcel, las aventuras de Lauro Rocha o la muerte Gorostieta, tal como las relata Navarrete. Igualmente se trata del único asunto al que nuestro autor le otorga advertencias sobre su incredibilidad aparente. En vano buscará el lector comentarios semejantes en otra parte de sus seis libros autobiográficos.

La falsedad en el testimonio de Navarrete queda también descartada por el voto de confianza que le han otorgado los historiadores profesionales al citar sus obras, tanto más cuanto que citan el propio libro y los mismos capítulos sujetos a cuestionamiento. Además, son los acusadores –Meyer, Tuck y Ceja, entre otros—, quienes no tienen el menor empacho en recurrir reiteradamente a él¹⁹⁴.

Finalmente hay que decir que el problema, de ser real, no menoscaba el valor de los grandes aciertos de Navarrete, o sea, sus minuciosas descripciones de detalles y personajes. Nos movemos en niveles diferentes de

¹⁹⁴ *Vid supra*, II.1, “Trayectoria de una fuente”.

la obra como trabajo historiográfico. Mientras que el presunto problema de El Catorce se ubica en el nivel crítico y quizá en el etiológico, la fecundidad de las descripciones es un atributo de tipo heurístico y expresivo. En suma, pues, Navarrete es un autor fundamentalmente confiable.

V.4.- UNA MIRADA NÍTIDA

Hemos dejado atrás las aportaciones y la veracidad de la obra de Heriberto Navarrete. Queda pendiente una pregunta importante: ¿qué tan intensa es su carga ideológica? Desde luego, la pregunta es compleja y sus posibles respuestas podrían abarcar muchas más páginas de lo que la sensatez aconseja. Me conformo con abordar aquí dos vertientes que de algún modo ya han sido un tanto comentadas por historiadores y críticos literarios para otras obras sobre la Guerra Cristera. Una son las estrategias narrativas diseñadas para conducir al lector a determinadas valoraciones político-religiosas. La otra consiste en el cúmulo de razones explícitas que ofrece el autor sobre quiénes fueron los cristeros en general y cuáles los motivos de su lucha.

V.4.A.- Las estrategias narrativas según Arias Urrutia.

Si seguimos el análisis aplicado por Ángel Arias Urrutia a la novela de la Guerra Cristera en *Cruzados de novela*¹⁹⁵ definitivamente la obra de Heriberto Navarrete se compara favorablemente en lo que a carga ideológica se refiere. Es decir, se nos presenta como una obra muy desprovista de mensajes político-religiosos.

Arias Urrutia encuentra distintos elementos narrativos que sirven como vehículos ideológicos. Desde luego, el análisis de este crítico literario, por estar enfocado a novelas, no se presta enteramente para la obra de Heriberto Navarrete. Sería comparar peras con manzanas. La novela, por su estructura formal, admite elementos que las memorias, también por la suya, no pueden tener, y viceversa. Un ejemplo es la variedad posible de voces del narrador en

¹⁹⁵ *Op. cit. Vid supra*, II.3.D. “Ángel Arias Urrutia”.

una novela. Siguiendo a Arias Urrutia, en la novela existe la opción de que el narrador relate la historia desde fuera de la historia misma (*heterodiégesis*) o que sea un actor participante del relato (*homodiégesis*). La distinción no es un mero dato técnico. Arias Urrutia ve que en la novela de la Guerra Cristera muchos autores, sobre todo de los años más cercanos al trienio 1926-1929, recurren al narrador heterodiegético para poder inmiscuirse en la subjetividad de los actores y así mostrarnos emociones que tienen que ver con la justicia o injusticia del movimiento cristero y la Revolución. De este modo, nos orientan ideológicamente respecto al evento histórico (a favor o en contra de la Guerra Cristera).

La voz del narrador es el tipo de elemento literario analizado por Arias Urrutia que no es aplicable a las memorias porque estructuralmente éstas son siempre homodiegéticas. Sin embargo, el caso tiene una ramificación muy valiosa para nuestro tema. *El voto de Chema Rodríguez* sí es analizable desde esta perspectiva y de hecho Arias Urrutia lo analiza así. Este libro inicia como memoria, en donde Heriberto Navarrete narra cómo dos veces Chema Rodríguez le pidió encargarse de la ejecución de un par de prisioneros. El capítulo I, "Chema Rodríguez quiere fusilar callistas"¹⁹⁶, tiene un narrador homodiegético como el resto de las memorias del jesuita. Pero al final de ese capítulo, Navarrete cuenta como le pidió a Chema que relatara la historia que daba la razón de su interés por fusilar callistas, de modo que las últimas líneas de ese capítulo son: "entre cigarro y cigarro, con un espléndido panorama enfrente, panorama alteño lleno de luz, comenzó Chema su historia."¹⁹⁷ Gracias a tal artilugio, Navarrete desaparece en seguida como narrador homodiegético y la voz que a partir del capítulo II narra la obra es ya heterodiegética. Así, el libro que inicia como memoria, se transfigura en novela. Navarrete entonces se da el lujo de describirnos la subjetividad de Chema Rodríguez, el protagonista de la obra, y detallarnos la tormenta de emociones que lo embarga tras el asesinato de su padre. Lo interesante del caso, es que Navarrete se abstiene en gran medida de explicarnos la justicia de la Guerra Cristera a través del corazón del protagonista. En este híbrido de memoria-novela, donde por una vez Navarrete tiene la opción de explayarse a su gusto

¹⁹⁶ P. 9-19.

¹⁹⁷ *El voto...*, P. 19.

respecto a cómo los rancheros veían una tiranía odiosa que destruía la religión nacional, nos encontramos con muy pocos datos para armar una conciencia anticallista o en general antirrevolucionaria. Ciertamente, el lector que por vez primera se enfrenta a la literatura de tema cristero podrá ver aquí que el protagonista vive una lucha por aplacar su sed de venganza y ordenar sus sentimientos de acuerdo al propósito libertario y religioso de la guerra. Pero si comparamos a Chema Rodríguez con otros protagonistas de la novela Cristera, como Héctor en la novela homónima de Jorge Gram¹⁹⁸, Carmen en *La virgen de los cristeros*¹⁹⁹ o Felipe en *Los Cristeros*²⁰⁰, es un personaje totalmente impasible, que reflexiona bien poco sobre la bondad y maldad de los bandos en conflicto y vive su dolor interior en las antípodas de los problemas nacionales.

Mucho más aplicables a las memorias son otros elementos de análisis utilizados por Arias Urrutia donde el género literario no implica una barrera natural. Hay dos que me parecen especialmente relevantes y que a final de cuentas son las dos caras de un interés por recurrir a la historia de bronce como árbitro en la disputa ideológica: el concepto de “pueblo” y las lecciones de historia patria.

Arias Urrutia ve en la novela de la Guerra Cristera “de manera recurrente, el afán por reivindicar al propio partido (gobiernista-agrarista o cristero), como la expresión auténtica y espontánea del pueblo”²⁰¹. El crítico explica que el término “pueblo”, junto con otros sucedáneos, como “nación”, aparece como una suerte de invocación para vincular situaciones y personajes con el lado correcto de la historia mexicana y sus grandes temas de redención. Cuando el “pueblo” ve, siente o piensa algo, no hay equívoco posible: ahí está la verdad, la justicia y un sinfín de valores que inclinan la balanza en favor del mensaje que ahí se plantea. ¿Es tan recurrente en Navarrete la vinculación de la Cristiada al “pueblo” como en la novela de tema cristero? No. Ciertamente usa el concepto y con la misma intención que la novela, pero poquísimas veces. En los párrafos iniciales de sus memorias, escribe:

¹⁹⁸ Jorge Gram (Cango. Dr. David G. Ramírez), *Héctor. Novela histórica cristera*, México, Jus, 6ª edición, 1953, 301 p.

¹⁹⁹ Fernando Robles, *La virgen de los cristeros*, México, Editora de Periódicos, 1959, 287 p. (Populibros “La Prensa”, N° 37).

²⁰⁰ J. Guadalupe de Anda, *Los Cristeros. La Guerra Santa en los Altos*, México, Imprenta Mundial, 1937, 235 p.

²⁰¹ *Cruzados de novela...*, p. 184.

Entre el sufrido, entre el heroico clero, surgieron por todos los ámbitos del país figuras agigantadas de mártires de Cristo Rey; pero espigando en todas las capas sociales, *fue con ellos el pueblo, aportando su voto de anatema contra los tiranos, sabiendo de cierto que había de pagar su gallardía con sangre.*²⁰²

Y más adelante, en *El voto de Chema Rodríguez* ubica al sacerdote que oficia la misa de Cristo Rey, como oráculo o instrumento de la nación mexicana, mientras que a los fieles los identifica con el pueblo:

Después del evangelio, el sacerdote vuelto hacia el pueblo hace una breve homilía. El sacerdote es un joven de vibrante voz, *es un mexicano que siente en lo más hondo de su pecho la emoción de todos sus hijos y que al dirigirse a ellos interpreta un sentimiento nacional.* Pide a Dios con potente voz, que resuena en los ámbitos de aquel cielo abierto, y parece ser el centro en donde radica *el corazón de México*, parece ser el resonador de la voz de *todo un pueblo que pide justicia, libertad para practicar su fe, para amar a Dios y gritar a los cuatro vientos ese sagrado amor que condensa gratitud y anhelo de infinitas gracias del cielo. Ese pueblo que ha sido silenciado por la violencia, ese pueblo a quien se ha separado por la fuerza de las bayonetas de sus pastores*, está representado por aquel millar de campesinos alteños...²⁰³

De la mano de los conceptos de pueblo y nación suele ir lo que Arias Urrutia llama las “lecciones de historia patria”²⁰⁴, incursiones en el terreno histórico que no son requeridas por la trama, pero que aparecen ahí para señalar causas y culpas, subrayar intenciones o explicar situaciones adversas; todo, con la mira puesta en un mensaje ideológico muy claro. Este recurrir al pasado y extenderse en explicaciones de otras épocas también está presente en las memorias de Heriberto Navarrete. El primer capítulo de sus memorias, empieza de hecho con una frase contundente de este tipo: “La historia de todos los pueblos tiene sus páginas de oro, orgullo de una raza”²⁰⁵. En seguida viene el recuento de la gesta de los niños héroes de Chapultepec como punto de comparación de “otra juventud gloriosa”: la del México mártir de 1926. Y con un lenguaje tremendamente declamatorio—no hay mejor calificativo—continúa la explicación histórica. Navarrete habla del Porfiriato (“seis lustros de enervamiento asesino”) y la Revolución de 1914 (cuando “una tras otra desaparecieron todas las libertades”), para luego presentarnos el contraste de

²⁰² “*Por Dios...*”, p. 16. Las cursivas son mías.

²⁰³ *El voto...*, p. 37-38. Las cursivas también son mías.

²⁰⁴ *Cruzados de novela...*, p. 191.

²⁰⁵ “*Por Dios...*”, p. 15. Parte de estos párrafos iniciales es la primera invocación al pueblo que he citado.

los obispos (que “vigilaban de día y de noche el rebaño de Cristo”). En seguida se enfoca en Jalisco y presenta la pugna entre el gobernador Manuel Diéguez y Anacleto González Flores (“con su penacho levantado de pensador y líder cristiano”) hasta llegar a la fundación de la ACJM. Todo este ampuloso preámbulo de cuatro páginas finalmente aterriza en el primer episodio verdaderamente autobiográfico: cuando su madre lo lleva a la cárcel de Guadalajara para conocer al maestro Anacleto.

Como se puede ver, Navarrete también aplica las estrategias narrativas de orientación ideológica utilizadas inicialmente por la novela de la Guerra Cristera. Pero lo que es en verdad notable es que los casos citados son los únicos. No hay más. Navarrete renuncia a volver a usar estas estrategias. Un caso a este respecto resulta elocuente. Cuando el jesuita narra que en 1929 los cristeros alteños intentaron tomar Guadalajara, ensueña con la posibilidad de una entrada triunfal en la capital jalisciense:

Claro que hubiera sido un delicioso intermedio el pasear las banderas de los Cristeros por las calles de la Capital del movimiento, que no era otra cosa la sin par Guadalajara, *donde el 80 por ciento de los habitantes se hubieran vuelto locos de alegría.*²⁰⁶

Aquí, donde el relato hubiera permitido usar apropiadamente el concepto de “pueblo”—en su sentido literal y en sus connotaciones épicas—Navarrete prefirió usar una referencia estadística tan creíble, como fría.

Es decir, en las seiscientas páginas de memorias de Heriberto Navarrete solamente en dos ocasiones se aplica el término pueblo como concepto que reivindica al propio partido, y en una de ellas, ese uso forma parte de la única lección grandilocuente de historia patria. En vano buscará el lector otros párrafos donde Navarrete vuelva a expresarse con este tipo de lenguaje encendido. Véase, en cambio, las novelas ya mencionadas y se contarán por docenas las páginas donde estos recursos hacen acto de presencia.

²⁰⁶ *Ibid.*, p. 219. Las cursivas son mías.

V.4.B.- Los motivos del cristero: “los mismos rancheros de antes, con carabina”.

Pasando al terreno de lo más explícito, ¿qué dice Navarrete sobre la Guerra Cristera en general? En realidad, nada exorbitante. Me parece evidente que Navarrete no se esfuerza por convencer al lector de las bondades de la causa cristera, salvo quizá, en la lección ya mencionada de historia patria al inicio de *“Por Dios y por la patria”*. No es sólo que las explicaciones de Navarrete sean moderadas, sino que parece que en el fondo el jesuita considera superfluo recalcar las razones de la rebelión. Si acaso, insiste un poco como católico en que tomar las armas contra el gobierno fue un recurso doctrinalmente válido: “Fuimos a la montaña al frente de las huestes de la Unión Popular convencidos de que era un medio lícito de defensa. Nunca lo consideramos obligatorio y por eso no tengo empacho en decir que nuestra obediencia fue heroica.”²⁰⁷

En cuanto a cómo calificarla, no tiene duda: se trató de una guerra justa y de liberación. Ambas ideas las expone varias veces Navarrete, sobre todo en *El voto de Chema Rodríguez*:

Era el día de Cristo Rey, la solemnidad titular de los cristeros, que nunca perdieron el sentido de su movimiento de rebelión.

Ellos pudieron cometer excesos en la práctica de la guerra—no hay guerra sin excesos—; pero en la conciencia de todos estaba que aquella era una guerra de liberación; que la idea central era una idea católica; que era la voluntad de Dios el que los hombres de corazón bien puesto disputaran al gobierno el derecho de establecer un orden social adecuado. Si eran valientes los que atacaban la idea cristiana en México, más valientes los que la defendían.²⁰⁸

Aparte, no ignora Navarrete que más allá de las metas colectivas, cada quien obedece a circunstancias individuales. En el caso de *El voto de Chema Rodríguez*, como ya lo dije, la trama está construida precisamente sobre el conflicto que surge entre los motivos generales de la lucha y el rencor que anima al protagonista. Chema se vuelve cristero para tomar desquite de los federales que mataron a su padre, por más que el Padre Casas le dice, “no es

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 101. Véase también *Los cristeros...*, p. 33, y *El voto...* p. 63-64 y 96.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 20. Véase también p. 71 y 96. En *Los cristeros eran así...* en tres ocasiones se refiere a los cristeros como “libertadores”—p. 99, 101 y 102—, pero parece que este término lo toma prestado del Coronel Manuel Ramírez Oliva, que fue quien le contó los episodios de los cristeros en Teocaltiche, donde aparece la palabra.

ese el espíritu”²⁰⁹. No es el único caso de un rancharo que se vuelve cristero para vengarse del gobierno revolucionario: en Teocaltiche, Toñito, de quince años, también entra al ejército libertador para vengar al padre caído a manos de los soldados callistas²¹⁰.

Por su parte, los católicos urbanos sopesan la conveniencia de unirse a la acción armada. Unos, al oír noticias de los descalabros del movimiento rebelde, se abstienen. Otros, como Navarrete, siguen el consejo de su corazón inquieto: “Yo no me puedo quedar aquí cruzado de brazos”²¹¹.

En cualquier caso, sea Chema Rodríguez, sea Toñito o sea él mismo, Navarrete no idealiza (ni menosprecia) los motivos de la aventura cristera. Como lo había dicho David C. Bailey, describe a los cristeros como “hombres mortales”²¹², en verdad gente de carne y hueso. Sus reflexiones a este respecto son diáfanas. Tras relatar la conversación que tuvo con El Catorce, donde éste no mostró el menor remordimiento por desviarse de la doctrina y ser mujeriego, Navarrete apunta:

Por lo demás, Victoriano, como otros cabecillas, no le daban muchas vueltas en la mente a estas cosas. Vivirían su aventura de rebeldes haciendo grandes sacrificios, sin parar mientes en ello. Ni se curaban mucho (ni poco) de perfeccionar su vida privada por caminos de austeridad.

Si este juicio llegara a desazonar a quienes han idealizado un poquillo el tipo del ‘cristero’, lo sentiría, pero creo que es objetivo. Quizá la nota sublime habría que buscarla entre los conotados líderes intelectuales que militaban en el campo con plena conciencia del significado trascendental de aquella gloriosa aventura. Y ciertamente radicaba en el grupo de los directores civiles del movimiento, que en las ciudades exponían su vida no menos que los hombres armados en la montaña.

También incurriría en craso error quien sostuviera el extremo opuesto, es decir, que los rebeldes cristeros pertenecieron al tipo peyorativo del soldado libertino sin ley ni freno. No eran mejores ni peores, por regla general, de lo que eran cuando vivían como simples rancharos, antes de la persecución. Sólo habían adquirido unas pocas ideas más, en su contacto con los hombres de la ciudad, y en algún sentido, habían mejorado su condición al abrazar la aventura rebelde que en sí misma era capaz de infundir una mística político-religiosa.²¹³

Y ciertamente, esta idea, que se confirma con sus múltiples descripciones de cristeros particulares, también concuerda con otras

²⁰⁹ *El voto...*, p. 63.

²¹⁰ *Los cristeros...*, p. 99-102.

²¹¹ *En las Islas...*, p. 92.

²¹² David C. Bailey, *¡Viva Cristo Rey!...*, p. 315.

²¹³ “*Por Dios...*”, p. 187.

afirmaciones generales sobre los rebeldes. En una parte los describe como “gente sencilla pero inculta, llena de fanatismo, superstición, fobias y filias irrazonables”²¹⁴. En otra, en donde también se incluye a sí mismo, dice: “no pecamos de rezanderos ni mucho menos”²¹⁵. Su mejor frase, que bien vista, es toda una teoría social de la Cristiada, es ésta: “los mismos rancheros de antes, con carabina”²¹⁶. Quien espere encontrar aquí una apología rimbombante de los cristeros se llevará tremendo chasco.

²¹⁴ *Los cristeros...*, p. 13.

²¹⁵ *Ibid.*, p. 40.

²¹⁶ “*Por Dios...*”, p. 264.

VI.- CONCLUSIONES

VI.1.- UNA RELATIVA ECUANIMIDAD

Creo que con los ejercicios analíticos del capítulo anterior queda fuera de toda duda la riqueza de la información general de la obra de Heriberto Navarrete. Es interesante que estos libros merecen muy justamente el calificativo de memorias, en la medida en que su información no procede de ningún archivo, sino casi exclusivamente de los propios recuerdos del autor. La fecundidad de las descripciones que ofrece Navarrete es indiscutible. Quizá podamos poner en tela de juicio algún dato concreto, pero los colores son demasiado intensos como para que puedan engañarnos. Y lo mejor es que tal fecundidad y tal colorido cubren muy distintos ámbitos de la temática abordada por Navarrete: espacios geográficos y sociales, temporalidades, situaciones, etc. En resumen, creo, pues, que en esta riqueza informativa, la obra del jesuita supera por mucho al término medio de la novela de la Guerra Cristera, la cual, pese a sus pretensiones historiográficas, habitualmente entregó a los lectores sólo mundos de fantasía.

La obra de Navarrete también supera a la novela en otro renglón: el lastre ideológico resulta mucho menos oneroso. Creo que eso también queda demostrado con el análisis del capítulo previo. El lenguaje no está cargado de calificativos políticos, ni abundan las fórmulas o estrategias orientadoras. Al describir a los cristeros y señalar sus motivaciones, no vemos al publirrelacionista entregándonos una versión correcta y depurada del movimiento. Tampoco quiero decir con esto que Navarrete sea un cristero hablando *en contra* de la Guerra Cristera o sus protagonistas. Hay ciertamente una posición clara sobre los eventos; una posición que legitima la rebelión y ofrece sus razones de fondo. Pero Navarrete no insiste en ella: ni la repite hasta el cansancio, ni la proclama como una verdad absoluta y refulgente. Es decir, sí hay una tesis en esta obra, pero planteada de manera serena, nunca en los grados propagandísticos que nos permitan tildar las memorias de Navarrete como “literatura de tesis”.

La única parte de la obra de Navarrete que podríamos llamar así, sería quizá *El voto de Chema Rodríguez*. Ahí sí parece haber un diseño premeditado del texto para apuntalar una idea. Se nos presenta la Guerra Cristera como un movimiento de liberación frente a los crímenes del gobierno revolucionario,

pero el hincapié está en el protagonista del relato y su combate personal. O sea, la tesis que se plantea tiene menos que ver con la justicia de la causa cristera o los abusos del callismo que con el desafío del perdón.

Es claro que hay una agenda ideológica que organiza las memorias, selecciona y omite episodios y da estructura a la narración. De entrada, Navarrete la hace explícita en la Noticia Preliminar de *“Por Dios y por la patria”*²¹⁷. ¿Pero en dónde no la hay? Aquí, como en cualquier otra parte, la pregunta no es si existe o no tal agenda, sino más bien, hasta dónde esa agenda impone un mensaje en detrimento del relato, de su colorido, su coherencia y su integridad. Y creo que también ha sido evidenciado que esa agenda no le roba valor al relato.

El asunto del Catorce dirige nuestra atención sobre la posible interferencia de intereses personales en estas páginas. Pero dos cosas quedan claras a este respecto. Una es que de existir tales intereses, tienen una interferencia muy focalizada. La otra es que no son o no serían suficientes para restar fuerza al resto del relato: el retrato del Catorce hecho por Navarrete es uno de los mejores que uno pueda jamás encontrar en la literatura mexicana.

Es difícil hacer prosperar teorías conspiratorias en la obra de Heriberto Navarrete. No hay modo de ver en el jesuita a un defensor a ultranza de los cristeros cuando en sus páginas uno se encuentra comentarios con frecuencia desfavorables al bando rebelde, descripciones crudas de la guerra, abundantes detalles de generosidad en el enemigo y no pocos defectos entre simpatizantes y militantes de La Cristiada. Si lo que Navarrete pretendía era hacer una apología, definitivamente fracasó.

Finalmente, en este repaso del análisis realizado en el capítulo anterior, sólo basta agregar un comentario más. Si en términos generales el lastre ideológico es menor en la obra de Navarrete que en la novela de la Guerra Cristera, existe sin embargo una coincidencia entre ambas respecto a la trayectoria de este lastre. En *Cruzados de novela*²¹⁸, Ángel Arias Urrutia concluyó que en la novela de la Guerra Cristera la carga ideológica se aligeró al paso de los años. Es decir, conforme la guerra se fue alejando más y más en

²¹⁷ *“Por Dios...”*, p. 11-14.

²¹⁸ *Op. cit.*

el tiempo, las novelas perdieron cada vez más su interés didáctico-político (a favor o en contra del bando cristero):

El paso del tiempo marca una clara evolución en los textos: por un lado, disminuye el peso de lo histórico y la acción ficcional adquiere mayor autonomía; por otro, la comprensión del pasado se lleva a cabo desde un mayor distanciamiento, que se manifiesta en la atenuación de los juicios.²¹⁹

En el caso de Navarrete hay también una gran diferencia entre el autor que comienza a escribir sus memorias (exactamente) el 3 de octubre de 1939 y el veterano jesuita que termina de escribirlas treinta años más tarde. El de 1939 es un escritor apasionado que inicia su texto con la ya mencionada lección de historia patria enaltecedora de la gloriosa juventud acejotaemera. Su lenguaje mismo está todavía muy cerca de la oratoria a favor de la libertad religiosa y contra el gobierno cleróforo que seguramente el joven Navarrete desplegó en plazas y kioscos jaliscienses como miembro de la ACJM, la UP y el ejército cristero. Esas primeras páginas de *“Por Dios y por la patria”* todavía saben a arena. El autor de mediados de los años sesenta que escribió *En las Islas Marías y Los cristeros eran así...* ya está más interesado en las anécdotas que en los cómo y los por qué del movimiento. Y finalmente el que en 1972 escribe las *Lecciones de Historia de México* ve todo en la lejanía. Su listado de libros recomendables sobre el tema y su cronología parecen expresar su renuncia al entusiasmo y a todo mensaje doctrinal; incluso se atreve a afirmar que “es difícil hacer una evaluación justa del fenómeno cristero”²²⁰. Es decir, aunque en general resultó bastante sosegado en su tratamiento de la Guerra Cristera, Navarrete lo fue más al paso de los años.

VI.2.- TAREAS PENDIENTES: TRES PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS

El análisis hecho en esta tesis estuvo muy centrado en el propio discurso de Navarrete y si acaso tuvo como parámetro un tanto distante a la novela de la Guerra Cristera. Queda por hacerse otro análisis o, mejor dicho, otra serie de análisis que permitan vislumbrar la relación de la obra de Navarrete con otras

²¹⁹ *Op. cit.*, p. 236.

²²⁰ *Lecciones de historia de México*, p. 88.

familias literarias o historiográficas. Por ahora, tras este trabajo me quedan en el tintero algunas hipótesis a este respecto. Y aunque sólo son eso, hipótesis, vale la pena dejarlas asentadas a continuación como semillas de investigaciones futuras.

VI.2.A.- La memoria de la Guerra Cristera

¿Podemos extrapolar los hallazgos sobre Heriberto Navarrete a otras memorias de la Guerra Cristera? Parece que sí. Por lo menos hasta cierto punto, aunque ese cierto punto deja abierto un campo bastante amplio. De entrada, creo que este doble rasgo de gran riqueza informativa y bajo lastre ideológico está extendido a gran parte de estas memorias, sobre todo a aquellas escritas por combatientes. Desde luego hay que estudiar libro por libro y armar un *corpus* verdaderamente representativo, pero juzgando a vuelo de pájaro lenguaje y contenido de otras memorias, como las de Jesús Degollado Guízar, José G. Gutiérrez Gutiérrez y Ezequiel Mendoza todo parece indicar que sí, son recuentos muy ricos, todavía no plenamente explotados por los historiadores, y además desprovistos de ese lenguaje propagandístico y declamatorio tan frecuente en la novela y en las obras de clérigos y activistas católicos urbanos de los años veinte (pienso en Jesús García Gutiérrez o Antonio Rius Facius).

Sin embargo, hay diferencias importantes también dentro de las memorias de la Guerra Cristera y aun dentro de las memorias escritas por combatientes. A reserva de confirmarlo más adelante, creo que los libros de Heriberto Navarrete superan con creces a los demás en cuanto a la densidad de anécdotas curiosas y sentido del humor. Como sea, está pendiente este primer tema: el de las memorias, en plural, para conocer mejor sus relaciones entre sí y con otros géneros aledaños.

VI.2.B.- El pragmatismo político cristero

El término “pragmatismo político” fue acuñado por el historiador Álvaro Matute Aguirre en 1974 para referirse a la historiografía de distintos tipos y géneros derivada de la Revolución Mexicana.

El pragmatismo político... es la respuesta que da la revolución en materia historiográfica. Por una parte, son obviamente pragmáticos todos los autores de la primera historiografía de la propia revolución. Los civiles y militares que escriben memorias o historias no tienen otro propósito que el de convencer acerca de su versión de los hechos, la cual se puede demostrar con la experiencia vivida y con documentos de primera mano.²²¹

Y aunque el propio autor no está del todo conforme con el término²²² resulta útil para ubicar a la producción general resultante también del Conflicto Estado-Iglesia y la Guerra Cristera. Por supuesto, la obra de Heriberto Navarrete encaja aquí, pero lo que falta por hacer es ver las relaciones de ésta con el resto de la literatura pragmático-política de la Cristiada. He señalado que los parientes más cercanos de los libros de Navarrete son, primero, las memorias de otros combatientes y, después, las memorias de los no-combatientes (y las memorias noveladas). Pero también hace falta ver la relación de las memorias de Navarrete con su “familia extendida”, o sea, las historias institucionales, las biografías y compilaciones de documentos de aquellos años.

De paso señalo otro cuestionamiento que surge al momento de pensar la obra de Heriberto Navarrete como pragmático-política. La Revolución y la Guerra Cristera dejaron un espeso sedimento historiográfico (y literario) al que le damos este título. Y si dos casos hacen tendencia, entonces debemos preguntar, ¿es también pragmático-política la producción surgida del Cardenismo, del Avilacamachismo, del Alemanismo... o incluso, del movimiento del 68, de la guerrilla de los años setenta, del Desarrollo Estabilizador, etcétera? El asunto no es sólo extrapolar el término al resto del siglo XX, sino más bien pensar si la producción es semejante. A primera vista uno pensaría que sí: cada evento, cada periodo, cada presidencia dejan una secuela de memorias, compilaciones de documentos, historias parciales o generales, biografías, etc. Pero, ¿son comparables? Creo que en volumen ninguna será comparable a la historiografía pragmático-política de la Revolución, ¿pero lo son en cuanto a estructura? ¿hay un patrón presente a lo largo de todo el siglo? En todo caso es una pregunta que tendrá que hacerse el

²²¹ Alvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, p. 13 (Sep-Setentas, 126).

²²² Matute vuelve sobre el asunto en “La historiografía positivista y su herencia”, en Conrado Hernández, coordinador, *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*, México, El Colegio de Michoacán, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 63-90.

estudioso de la historiografía mexicana del siglo pasado y cuyos inicios de solución estarían en la comparación entre la historiografía relativa a los movimientos de 1910-1920 y la del movimiento cristero de 1926-1929.

VI.2.C.- La historiografía “conservadora”

Mencioné antes que el abogado e historiador Jaime del Arenal ubica a Heriberto Navarrete dentro de la historiografía “conservadora”, la historiografía de la derecha católica mexicana. El artículo donde lo hace me parece a la vez discutible y útil²²³. Del Arenal aplica el término “conservador” a una serie de historiadores mexicanos (o mejor dicho, mexicanistas) del siglo XX que además de ser beligerantemente católicos, tienen relación de parentesco intelectual-político con el partido conservador del siglo XIX, los historiadores conservadores del mismo siglo (Lucas Alamán, Niceto de Zamacois, etc.) y la teoría de la conjura judeomasónica para descristianizar a Occidente (México incluido). A este parentesco se suman otros rasgos como el hispanismo.

Este planteamiento me parece discutible por varios motivos. Primero porque no hay ningún elemento, además del catolicismo beligerante, que permita identificar a Navarrete como un historiador conservador: ni las referencias reiteradas a los historiadores conservadores, ni el tema del siglo XIX, ni la alusión a las conjuras judeomasónicas. Por otra parte, el calificativo se convierte en un paraguas muy ancho que cobija a demasiada gente, de modo que el jesuita queda dentro del mismo saco que José Vasconcelos, José Fuentes Mares, Carlos Pereyra, Salvador Abascal, Jesús García Gutiérrez, Emeterio Valverde Téllez y decenas de autores más con grandes diferencias entre sí aún considerando su relativo catolicismo común. Un tercer motivo para estar en desacuerdo con el término “conservador” es su tremenda connotación despectiva. Creo que en México, en política, en historiografía y en muchos otros ámbitos, este membrete descalifica casi automáticamente al personaje que lo lleva. Equivale a “retrógrado” en su significado y en su connotación. En fin, éste es un tema que podría llevarnos muchas páginas más.

Pero el punto que hay que rescatar aquí y por lo que considero valioso el artículo de Jaime del Arenal es el interés por establecer las relaciones entre

²²³ *Op. cit.*

Heriberto Navarrete y la historiografía ostensiblemente católica o católica militante del siglo XX (a la que hay que buscarle un nuevo nombre y otros rasgos comunes). Ahí sí Navarrete es cercano y comparable a otros muchos autores, además de los responsables de otras memorias de la Guerra Cristera y de la historiografía pragmático-política cristera. Digamos que es un tercer círculo familiar, aún más amplio que los otros dos, que hay que analizar. Y hay que analizarlo con cuidado, tomando en cuenta diferencias y matices, porque si hay diferencias entre autores de memorias de la Guerra Cristera, con mucha mayor razón las hay entre autores de distintas épocas, distintos orígenes y distintas temáticas, por mucho que todos ellos sean católicos.

Pensando en este gran ciclo de la historiografía católica militante del siglo XX encuentro puntos específicos que tienen que ver con Navarrete y que merecen nuestra atención en el futuro. Uno de ellos es la Editorial Jus, a la que no sólo le debemos los cuatro libros principales de Heriberto Navarrete, sino también una parte fundamental de lo que sabemos hoy, a principios del siglo XXI, sobre la Guerra Cristera en general. Sin embargo, nos falta un estudio respecto a su historia y sus publicaciones²²⁴. Otro más son los jesuitas historiadores y autores de memorias del siglo XX: Mariano Cuevas, José Bravo Ugarte, Heriberto Navarrete, José Gutiérrez Casillas, Rafael Martínez del Campo, Andrés Lara... ¿Se conocieron? ¿Se retroalimentaron? ¿Tuvieron coincidencias o divergencias?

Aparte, la historiografía y las instituciones católicas nos sugieren un tercer nivel en el mundo católico: el de los posibles lectores de Heriberto Navarrete. Está todavía por investigarse la recepción tanto de la obra del jesuita, como de las obras de prácticamente todos los demás autores de los tres círculos familiares mencionados. También está pendiente, creo, un gran mapa general de la cultura católica mexicana de mediados del siglo XX.

VI.3.- LA PARADOJA DE NAVARRETE

Decir que las memorias de Heriberto Navarrete son un tesoro de información sobre la Guerra Cristera y que carecen de un gran lastre

²²⁴ Jaime del Arenal hace algunos comentarios muy valiosos sobre ella en *Op. cit.*, p. 73-74.

ideológico, aunque es una conclusión correcta, no es una manera suficiente de caracterizarlas. Sería suficiente si sólo estuviéramos juzgándolas por su confiabilidad historiográfica. Pero las memorias de Heriberto Navarrete ofrecen también una visión de síntesis sobre la Guerra Cristera mucho más profunda de lo que la suma de sus datos sugiere.

Creo que al dejarnos sus recuerdos de la experiencia cristera, a la que él llama antes que nada una “aventura”, Navarrete buscó sobre todo contagiarnos sus entusiasmo en torno a ella. Justificarse a sí mismo, justificar el movimiento, explicar los alcances de la guerra y relatar sus vaivenes fueron tal vez propósitos del jesuita, pero propósitos secundarios. La suya es una visión romántica de la Cristiada, y romántica en el sentido decimonónico de la palabra, en donde los conceptos, las largas explicaciones y las teorías no alcanzan a darnos todo el sentido de esa lucha. Por eso Navarrete se preocupó poco por extenderse en párrafos muy sesudos y sí, en cambio, se entretuvo en ofrecernos anécdotas muy detalladas que muestren los destellos, la diversidad y el colorido de la guerra y sus protagonistas.

El suyo es un romanticismo elegante, donde el entusiasmo no se expresa con formas demagógicas o grandilocuentes. Llama mucho la atención la distancia que a lo largo de todas sus páginas mantiene Navarrete con todos los cristeros, jefes y tropa. Los campesinos armados de su bando no son motivo de elogios desmedidos, ni son llamados “pueblo”, “raíz nacional” o “México profundo” (aunque lo sean). Navarrete, que era culto y se sabía urbano, entendió que lo que los unía a todos era la fe y el propósito de pelear por ella. Jamás se equiparó con los rurales, ni estableció una falsa solidaridad con ellos o se regocijó con su rusticidad. Su modo de valorarlos a través de sus páginas fue describiéndolos tan puntualmente como le fue posible.

Rasgo también imprescindible de la visión romántica de Navarrete es su sentido del humor. Navarrete supo contar en forma divertida todo tipo de sucesos, aun aquellos que presentaban de manera más cruda las contradicciones de la guerra o las desgracias humanas. Una golpiza callejera en Guadalajara, la muerte de un compañero en batalla, las hazañas de un ladrón, el credo lascivo de un mujeriego los relató Navarrete con giros humorísticos formidables. Tristemente, su sentido del humor es garbanzo de a libra: no lo volveremos a encontrar en el resto de la literatura pragmático-

política de la Guerra Cristera, ni mucho menos en la académica del mismo tema.

En el fondo, la visión de Navarrete sobre la Guerra Cristera es épica. Sutilmente épica, puesto que logra sublimar a los cristeros por vía inversa. Los cristeros de Navarrete ríen, fuman, se enamoran y gritan; no pierden la menor oportunidad de insultar a los soldados callistas, y al verse superados en batalla huyen y tiran las cobijas. Viven atribulados por los siete pecados capitales: son codiciosos, orgullosos, envidiosos, lujuriosos... pero tienen fe. Y al hacerlos creíbles y humanizarlos, Navarrete logra la alquimia y los vuelve héroes.

BIBLIOGRAFÍA

LA OBRA DE HERIBERTO NAVARRETE, S.J.²²⁵

- “*Por Dios y por la patria*”. *Memorias de mi participación en la defensa de la libertad de conciencia y culto durante la Persecución Religiosa en México de 1926 a 1929*, México, Jus, 1961, 276 p. (Figuras y episodios de la historia de México 99).
- *El voto de Chema Rodríguez. Relato de ambiente cristero*, México, Jus, 1964, 117 p. (Colección Voces Nuevas 22).
- *En las Islas Marías*, México, Jus, 1965, 95 p.
- *Los cristeros eran así...*, México, Jus, 1968, 105 p. (Colección México Heroico 76).
- [NAVARRETE, Heriberto, S.J.,] *Etzatlán*, s.p.i., 97 p.
- *Jesuita rebelde*, Guadalajara, Ediciones Kérigma, 1972, 117 p.
- *Lecciones de Historia de México*, 1ª edición en mimeógrafo, Guadalajara, Instituto de Ciencias, 1972, 118 p.
- *Nociones sobre la teoría de la historia*, 1977...²²⁶
- *Jesuitas de mi tiempo*, 1981...²²⁷

OTRAS MEMORIAS DE LA GUERRA CRISTERA

BLANCO Ribera, Carlos, *Mi contribución a la epopeya cristera. Una época terrible y tormentosa*, Guadalajara, Asociación Pro-Cultura Occidental, 2002, 345 p.

DEGOLLADO Guízar, Jesús, *Memorias de Jesús Degollado Guízar, último general en jefe del Ejército Cristero*, México, Jus, 1957, 320 p.

ESTRADA, Antonio, *Rescoldo. Los últimos cristeros*, México, Jus, 1961, 231 p. (Colección Voces Nuevas N° 17).

GARCÍA, Severo, *El indio Gabriel (la matanza de San Carlos)*, prólogo de Luis Islas García, México, Jus, 1957, 61 p., (Colección Figuras y episodios de la historia de México, N° 45).

²²⁵ En toda su bibliografía, el nombre de Heriberto Navarrete siempre aparece así, sin su apellido materno, pero con las iniciales de la Compañía de Jesús.

²²⁶ La mencionan Jean Meyer y Juan José Doñán en *Antología del Cuento Cristero*, p. 176 con el año de edición de 1977, pero no apuntan otro dato y yo no pude encontrar este libro en la ciudad de México, ni siquiera en el Archivo de la Provincia de México de la Compañía de Jesús.

²²⁷ Obra inédita que tampoco vi. La menciona Manuel Acevez, *op. cit.*, p. 17. Ahí dice que fue un manuscrito. Yo creo que se quedó más bien en mecanuscrito.

GUÍZAR Ocegüera, José, *Episodios de la guerra cristera y... [recuerdos de un combatiente]*, prólogo de Carlos Alvear Acevedo, México, B. Costa-Amic, 1976, 174 p.

GUTIÉRREZ Gutiérrez, José G., *Mis recuerdos de la gesta cristera*, Primera parte, [Talleres Linotipográficos—J. Trinidad Elizondo G.], 1972, 137 p.; Segunda parte, [Editorial DELI], 1975, 197 p.; Tercera parte, [Impresiones Comerciales], 1976, 165 p.

LARA, J. Andrés, S.J., *Prisionero de callistas y cristeros*, prólogo de Manuel Ocampo, S.J., México, Jus, 1954, 117 p.

MENDOZA Barragán, Ezequiel, *Testimonio Cristero. Memorias del autor*, presentación de Jean Meyer, prólogo de Juan Landerreche Obregón, México, Jus, 1990, 427 p.

RIVERO del Val, Luis, *Entre las patas de los caballos (Diario de un Cristero)*, México, Editorial Jus, 1953, 301 p.

SANDOVAL Godoy, Luis, *La sangre llegó hasta el río*, Guadalajara, Edigonvill, 1990, 155 p.

SPECTATOR [seudónimo del padre Enrique Ochoa], *Los cristeros del volcán de Colima. Escenas de la lucha por la libertad religiosa en México, 1926-1929*, México, "Veritas", s.f. [1942], 376 pp.

URRUTIA Figueroa, Gonzalo, *Reminiscencias de la Persecución Religiosa en Calvillo, Aguascalientes, 1926-1929*, s.l., Instituto Cultural de Aguascalientes, Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias, s.f. [ca. 2000], 110 p.

VALDOVINOS, Jovita, *Una historia viviente*, Jalpa, Zacatecas, [ed. de la autora], 1990²²⁸.

NOVELAS DE LA GUERRA CRISTERA

DE ANDA, J. Guadalupe, *Los Cristeros. La Guerra Santa en los Altos*, México, Imprenta Mundial, 1937, 235 p.

GRAM, Jorge (Cango. Dr. David G. Ramírez), *Héctor. Novela histórica cristera*, México, Jus, 6ª edición, 1953, 301 p.

ROBLES, Fernando, *La virgen de los cristeros*, México, Editora de Periódicos, 1959, 287 p. (Populibros "La Prensa", N° 37).

²²⁸ No vi la obra, tomo los datos de Agustín Vaca, *op. cit.*

COMPILACIONES DE TESTIMONIOS BREVES DE LA GUERRA CRISTERA

ACEVEDO, Aurelio, editor, *David. Organo oficial de la legión de Cristo Rey*, 1ª edición facsimilar, México, EPPESA, 2000, 8 v.

MEYER, Jean, prefacio y edición, *El Coraje Cristero. Testimonios*, México, Fondo Nacional para Actividades Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana, 1981, (Colección Cultura Universitaria, N° 4,) 160 p.

OLIVERA De Bonfil, Alicia y Víctor Manuel Ruiz Naufal, editores, *Peoresnada: periodico cristero Julio de 1927 a abril de 1929*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2005, 284 p.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ABREU Gómez, Ermilo, "J. Guadalupe de Anda", en *Letras de México*, Año V, Vol. III, N° 15, 15 de abril de 1942, p. 6.

ACEVEZ Araiza, Manuel, S.J., "P. Heriberto Navarrete Flores, S.J.", en *Noticias de la Provincia de México*, N° 116, Noviembre de 1987, p. 13 y 15.

ARIAS Urrutia, Ángel,

- *Cruzados de novela: las novelas de la Guerra Cristera*, Pamplona, España, Universidad de Navarra, 2002, 246 p. (Anejos de Rilce N° 41).
- *Entre la cruz y la sospecha*, Madrid, Iberoamericana, 2005, 223 p.

AUB, Max, *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 143 p.

BAILEY, David C., *¡Viva Cristo Rey! The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico*, Austin, University of Texas Press, 1974, 346 p. (Texas Pan American Series s/n).

BRAVO Ugarte, José, "Historia Religiosa", en *Historia Mexicana*, v. 15, N° 2-3 (58-60), octubre 1965-marzo 1966, p. 379-398.

BRUSHWOOD, John S., *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, trad. de Francisco González Aramburo, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, 437 p.

CASTAÑÓN, Adolfo, *Arbitrario de Literatura Mexicana. Paseos I*, México, Vuelta, 1993, 607 p. (La reflexión s/n).

CEJA Reyes, Víctor,

- *Los cristeros, crónica de los que perdieron*, México, Grijalbo, 1981, 2 v.
- *El Catorce y la guerra cristera*, México, Universo, 1983, 190 p.

DEL ARENAL Fenochio, Jaime, “La otra historia’: la historiografía conservadora”, en Conrado Hernández, coordinador, *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*, México, El Colegio de Michoacán, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 63-90.

DESSAU, Adalbert, *La novela de la Revolución mexicana*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, 477 p. (Colección popular, N° 117).

DÍAZ, José, y Román Rodríguez, *El movimiento cristero. Sociedad y conflicto en Los Altos de Jalisco*, estudio introductorio “Los Altos de Jalisco: características generales” de Andrés Fábregas, México, Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Editorial Nueva Imagen, 1979, 243 p.

DOMÍNGUEZ Michael, Christopher, *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 2 v. (v. I, 1410 p.; v. II, 1393 p.).

DOMÍNGUEZ Michael, Christopher y José Luis Martínez, *La literatura mexicana del siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, 283 p., (Colección Cultura Contemporánea de México s/n).

DOOLEY, Francis Patrick, *Los cristeros, Calles y el catolicismo mexicano*, trad. de María Emilia Martínez Negrete Deffis, México, Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Divulgación, 1976, 216 p. (SepSetentas, # 307).

GAOS, José, “Notas sobre la historiografía”, en *Obras Completas*, T. XV *Discurso de filosofía, De antropología e historiografía y El siglo de esplendor en México*, Prólogo de Álvaro Matute, Coordinador de la edición Antonio Zirión Q., México, UNAM, 2009 (Nueva Biblioteca Mexicana), p. 353-372.

GARCÍA Gutiérrez, Cngo. J., *Historia de México*, dibujos de FESA, México, Buena Prensa, s. f. [1946], 520 p.

GELSKEY Beier, Frank León,

— *Las novelas cristeras de Jorge Gram*, tesis para obtener el título de Maestro en Artes (especializado en lengua y literatura españolas), Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela de Verano, 1957, 104 p.

— *Narraciones cristeras, después de Jorge Gram*, tesis para obtener el Grado de Doctor en Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1958, 115 p.

GONZÁLEZ, Manuel Pedro, *Trayectoria de la novela en México*, México, Ediciones Botas, 1951, 418 p.

GONZÁLEZ Navarro, Moisés,

— *Masones y cristeros en Jalisco*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2000, 115 p. (Jornadas 131).

- *Cristeros y agraristas en Jalisco*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos; v. 1, 2000, 347 p.; v. 2, 2001, 659 p.; v. 3, 2003, 402 p.; v. 4, 2003, 431 p.; y v. 5, 2003, 301 p.

GUERRA Manzo, Enrique, "Carlos Blanco Ribera, *Mi contribución a la epopeya cristera. Una época terrible y tormentosa*, Guadalajara, Asociación Pro-Cultura Occidental, 2002, 345 p.", en *Historia Mexicana*, v. 54, N° 4 (216), abril-junio 2005, p. 1250-1255.

HERNÁNDEZ Luna, Juan, "Dos novelas del neotomismo en México (la filosofía de los cristeros)", en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México*, tomo XXI, México, enero-junio de 1951, Núms. 41-42, p. 65-86

MARTÍNEZ, José Luis,

- *Literatura Mexicana. Siglo XX. 1910-1949*, México, Antigua Librería Robredo, 2 t.; T. I, *Primera Parte*, 1949, (Clásicos y modernos. Creación y crítica literaria, N° 3,) 360 p.; T. II, *Segunda Parte. Guías Bibliográficas*, 1950, (Clásicos y modernos. Creación y crítica literaria, N° 4,) 202 p.
- "La novela cristera", en *Estudios Jaliscienses*, N° 13, agosto de 1993, p. 60-67.

MATUTE, Álvaro,

- *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 208 p. (Sep-Setentas, 126).
- "La historiografía positivista y su herencia", en Conrado Hernández, coordinador, *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*, México, El Colegio de Michoacán, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 33-46.

MEYER, Jean, *La Cristiada*, trad. de Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo Veintiuno Editores, t. I, *La guerra de los cristeros*, 1973, 411 p.; t. II, *El conflicto entre la Iglesia y el Estado*, 1973, 411 p.; t. III, *Los cristeros*, 1974, 330 p.

MEYER, Jean, y Juan José Doñán, selección y prólogo, *Antología del cuento cristero*, Guadalajara, Secretaría de Cultura de Jalisco, 1993, 191 p. (Colección Novedad de la Patria S/N,).

NEGRETE, Marta Elena, *Enrique Gorostieta. Cristero Agnóstico*, presentación de Moisés González Navarro, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, Ediciones El Caballito, 1981, 190 p. (Fragua Mexicana N° 44).

OLIVERA Sedano, Alicia,

- *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y consecuencias*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1966, 292 p. (Serie Historia XVI).
- *La literatura cristera*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970, (Serie Historia XXIII,) 115 p. alcanzan tal amplitud.

PUENTE Lutteroth, María Alicia, *Movimiento cristero: una pluralidad desconocida*, México, Progreso, 2002, 208 p.

QUIRK, Robert E., *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1910-1929*, Bloomington (Indiana) and London, Indiana University Press, 1973, 276 p.

ROMO Cedano, Luis, "La inquietante originalidad de *La Cristiada*", en Evelia Trejo y Álvaro Matute, editores, *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*, intr. de..., México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, 589 p. (Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3), p. 389-402.

RUIZ Abreu, Álvaro, *La cristera, una literatura negada (1928-1992)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2003, 484 p.

SÁNCHEZ Mora, Elena, *Feminine Masks and National Culture in the Narrative of Mexico's Cristero Rebellion, 1930-1976*, a thesis submitted to the Faculty of the Graduate School of the University of Minnesota in partial fulfillment of the requirements for the Degree of Doctor of Philosophy, 1989, 260 p.

THIEBAUT, Guy, *La contre-révolution mexicaine à travers sa littérature*, Paris, L'Harmattan, 1997.

TREJO, Evelia, "El asunto religioso: tema de la historiografía contemporánea de México", *Fuentes Humanísticas*, Revista del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, año 7, Num. 12, I semestre de 1996, pp. 115-127.

TUCK, Jim, *The Holy War in Los Altos. A Regional Analysis of Mexico's Cristero Rebellion*, Tucson (Arizona), The University of Arizona Press, 1982, XI + 230 p.

VALENZUELA Rodarte, Alberto,

— *Historia de la literatura en México*, México, Jus, 1961, 623 p.

— *Historia de la literatura en México e Hispanoamérica*, México, Jus, 1967, 327 p.

— "Heriberto Navarrete, S.J.—*El Voto de Chema Rodríguez*.—Col. Voces Nuevas.—Edit. Jus.—México." en *Ábside, revista de cultura mejicana*, Méjico, v. XXIX, N° 4, 1965, octubre-diciembre, p. 483-484.

— "Mis recuerdos de la gesta cristera.—José Gutiérrez Gutiérrez.—Guadalajara, 1975.—Dos volúmenes, con 137 y 197 páginas de texto." En *Ábside, revista de cultura mejicana*, Méjico, v. XL, N° 1, 1976, enero-marzo, p. 82-87.

VACA, Agustín, *Los silencios de la historia: las cristeras*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 1998, 315 p.

VÁZQUEZ Parada, Lourdes Celina, *Testimonios sobre la revolución cristera: hacia una hermenéutica de la conciencia histórica*, México, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario del Norte, El Colegio de Jalisco, 2001, 306 p.

ARCHIVOS

Archivo Histórico de la Provincia de México de la Compañía de Jesús.

INDICE

I.- Introducción.....	5
II.- Los estudios sobre las memorias cristeras (o la falta de ellos).....	11
III.- De la milicia cristera a la milicia ignaciana: vida y obra de Heriberto Navarrete.....	26
IV.- Siete libros: reseñas y comentarios.....	37
V.- La obra de Navarrete: valores y problemas.....	62
VI.- Conclusiones.....	89
VII.- Bibliografía.....	99